

EJERCICIOS



2013





TEMARIO

PROEMIO.

TEMA 1:

Como Iglesia continuar la Obra de Cristo que vino al mundo para dar testimonio de la Verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido (cfr. GS 1–3).

EXPOSICIÓN PREMILIMINAR.

TEMA 2:

*Situación del ser humano en el mundo de hoy:
Esperanzas y temores del hombre actual
(cfr. GS 4–10).*

PRIMERA PARTE:

LA IGLESIA Y LA VOCACIÓN DEL HOMBRE.

TEMA 3:

*La Verdad sobre el Hombre: La Dignidad de la Persona Humana
(cfr. GS 11. 12–22).*

TEMA 4:

*La Comunidad Humana, índole comunitaria de la Vocación humana
según el Plan de Dios: Responsabilidad y participación
(cfr. GS 11. 23–32).*

TEMA 5:

*El Trabajo, actividad humana en el mundo:
progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo
(cfr. GS 11. 33–39).*

TEMA 6:

*La Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo:
Relación mutua de ayuda
(cfr. GS 11. 40–45).*

SEGUNDA PARTE:

ALGUNOS PROBLEMAS MÁS URGENTES.

TEMA 7:

La Verdad sobre el Matrimonio y la Familia:

*su carácter sagrado.
(cfr. GS 46. 47–52).*

TEMA 8:

*La situación de la Cultura en el mundo actual:
relación entre la Buena Nueva de Cristo y la Cultura actual
(cfr. GS 46. 53–62).*

TEMA 9:

*La Vida Económico–Social:
La actividad económico–social y el Reino de Cristo
(cfr. GS 46. 63–73).*

TEMA 10:

*La Vida en la Comunidad Política:
Responsabilidad y colaboración del cristiano en la vida pública
(cfr. GS 46. 73–76).*

TEMA 11:

*El fomento de la Paz y la Promoción de la Comunidad de los Pueblos
(cfr. GS 46. 77–93).*



TEMAS DESARROLLADOS



INTRODUCCIÓN

Para este año 2013 como estamos en la ETAPA DEL VER del “Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio de OALA” y en el año 2015 se van a cumplir los 50 años de la promulgación de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II, como Equipo de Animación Continental (EAC) junto al Padre Asistente General para América Latina, al Secretario General de OALA y a los Coordinadores de las zonas Norte, Centro y Sur, hemos querido fundamentar los temas del RETIRO 2013 teniendo como telón de fondo este Documento Conciliar.

Como el tiempo ha transcurrido, desde la promulgación de la *Gaudium et Spes*, los grandes temas que toca la Constitución Conciliar han sido actualizados, complementados y enriquecidos, por cada uno de los hermanos que los trabajó, con los Documentos de Aparecida, nuestra Regla y Constituciones, más los textos de San Agustín y otros autores actuales que profundizan estas temáticas.

Agradecemos a todos los hermanos que colaboraron en la confección de cada uno de los temas de los Ejercicios Espirituales 2013.

Estos once temas son para una semana de retiro, comenzando (como ya es costumbre en muchas de nuestras Circunscripciones de América Latina y El Caribe) el día Lunes al medio día y terminando el viernes, también por el medio día.

Se pueden, por lo tanto, distribuir de la siguiente manera:

- Lunes: Por la tarde: Tema 1.
- Martes: Por la mañana: Temas 2 y 3. Por la tarde: Tema 4.
- Miércoles: Por la mañana: Temas 5 y 6. Por la tarde: Tema 7.
- Jueves: Por la mañana: Temas 8 y 9. Por la tarde: Tema 10.
- Viernes: Por la mañana: Tema 11.

Deseándoles que el Señor acompañe con su Espíritu Santo a cada una de las Circunscripciones de Nuestra Orden de San Agustín presentes en los diferentes países de América Latina y el Caribe, les entregamos estos Ejercicios Espirituales como un aporte

que nos ayude a mirar quiénes somos en cuanto formamos parte de una Iglesia que está inserta con una misión específica en el mundo actual; Visión que nos permita redefinir nuestra presencia en este continente como Discípulos y Misioneros de Jesucristo, obreros de la construcción del Reino de Dios y testigos de un estilo de vida que busca la Santidad Comunitaria; todo esto con tal de que, “Todos tengamos vida abundante en Él”.

Que Nuestra Señora Madre del Buen Consejo, Nuestro Padre San Agustín y Nuestra Madre Santa Mónica, intercedan delante de Dios Padre, en nombre de Jesús, por todos y cada uno de nosotros.

EQUIPO DE ANIMACIÓN CONTINENTAL (EAC).

TEMA 1:

**COMO IGLESIA CONTINUAR LA OBRA DE CRISTO
QUE VINO AL MUNDO PARA DAR TESTIMONIO
DE LA VERDAD, PARA SALVAR Y NO PARA JUZGAR,
PARA SERVIR Y NO PARA SER SERVIDO**

(CFR. GS 1-3).

INTRODUCCIÓN

Creo que para nadie es una novedad que la Iglesia de Jesucristo, en el devenir de la historia, ha pasado por distintos y significativos procesos que le han llevado a asumir también distintos y significativos cambios. Es más, desde su mismo proceso fundacional hasta nuestros días, la Iglesia se ha visto grandemente desafiada, tanto por las distintas corrientes de pensamiento como por la forma en que la sociedad ha ido configurando su propia "personalidad". Muchas veces, incluso se ha visto "obligada" a entrar en diálogo con las distintas formas culturales y culturales que los hombres de cada época van asumiendo como forma de expresión de su identidad. En todo caso, ha sido gracias a este diálogo, aunque a veces obligado, como decimos, el que le ha valido la posibilidad de seguir presente en medio del mundo, tratando de cumplir fielmente el cometido de su divino fundador. Pero a este respecto, vale la pena que nos preguntemos: ¿Cuál fue y sigue siendo el cometido de Jesucristo?, ¿cuál fue su tarea en su paso por este mundo?, ¿por qué doctrina y práctica pastoral fue que llegó a dar su propia vida?

1. LO ESENCIAL DE LA MISIÓN DE JESÚS

Para Jesús, de acuerdo a lo que nos dice el Evangelio, su primera prioridad fue siempre anunciar la llegada del Reino de los Cielos: "Se ha cumplido el plazo. El Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en el Evangelio" (*Mc 1, 12-15*). La inminencia del Reino fue,

sin lugar a dudas, el contenido de su predicación, Reino eterno y universal, Reino de santidad y de gracia, Reino de justicia, de amor y de paz (*Cf. Prefacio de Cristo Rey*). Estas características o notas del Reino son las que en el ejercicio de su ministerio procuró poner siempre de relieve.

Es más, el Reino que "promocionaba" era una evidente crítica a los reinos de este mundo, en donde descubre presente una serie de notas que van en directa contraposición a las del Reino de los Cielos, notas con las que, con dolor y vergüenza debemos decirlo, incluso la Iglesia ha llegado a confraternizar: injusticia, intolerancia, discriminaciones solapadas, juicios y prejuicios de distinta índole. Estas formas de vida en las que la Iglesia lamentablemente se ha visto involucrada son un claro signo de los estados de comodidad, temor y resguardo de su imagen ante el mundo. Lamentablemente, incluso, las descalificaciones no han estado ausentes en su pedagogía.

Recordemos aquel episodio en el que los Apóstoles son descubiertos por el Señor en aquella vergonzosa discusión por los puestos o lugares que cada uno quería ocupar en el Reino de Dios, a lo que Jesús les dice con toda claridad: "Ustedes saben cómo se comportan los poderosos de este mundo, que son temidos y hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe ser así. El que quiera ser el primero, que se haga el último y el servidor de todos". Ante esta afirmación y deseo de Jesús, subyace otro valor o nota del Reino de Dios, y este es el "servicio". Jesús dio ejemplo a sus Apóstoles de cómo debían ellos vivir como ciudadanos del Reino ya en este mundo, cuando les dice: "Porque el Hijo del Hombre ha venido para servir y dar su vida en rescate por todos" (*Mc 10, 35*). Y en otro episodio: "Yo estoy entre ustedes como el que sirve" (*Lc 22, 27*).

2. LOS SIGNOS QUE HACEN PRESENTE EL REINO DE DIOS

Vemos, por lo tanto, que la predicación de Jesús no es de índole teórica, sino más bien práctica, fundamentada y apoyada por el ejemplo concreto de su vida.

Para Jesús resultan ser tremendamente importante los signos que hacen evidente la presencia del Reino de Dios. Esto es, precisamente, lo que Él trata de dejar en claro a aquellos que juzgaban que expulsaba a los espíritus impuros por el poder de Belzebú, a lo que Él responde, diciendo: "Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (*Mt 12, 28*); y este de la expulsión es un signo más de la presencia real del Reino de Dios, signo manifestado en la línea de otros más, como son los que se presentan en el ministerio del Mesías: "Cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos. Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro? Respondiendo Jesús, les dijo: Vayan y digan a Juan las cosas que oyen y ven. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el Evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí" (*Mt 11, 1-6*); todos estos son signos evidentes de la presencia del Reino de Dios en este mundo, Reino que se hace cada vez más evidente con la predicación y el ejercicio del ministerio de Jesús y que debe hacerse evidente también en la predicación y el ministerio de su Iglesia.

3. LA IGLESIA, CONTINUADORA DE LA MISIÓN DE JESÚS

Ahora bien, cuando los Apóstoles fueron enviados por Jesús con el fin de bautizar, suscitar la fe y guardar todo cuanto Él les había enseñado, tenía por objetivo hacer llegar a todo el mundo este mismo mensaje que ya decíamos: "El Reino de Dios se ha acercado. Crean en el Evangelio", es decir, en la Buena Noticia que implica que Dios se ha acercado al hombre para salvarlo y hacerlo partícipe de su misma vida divina. De esta tarea han sido hechos responsables los Apóstoles y sus sucesores de continuar la obra de Jesús en el mundo. Por lo tanto, la tarea que iniciaron los Apóstoles y que sus sucesores inmediatos procuraron llevar adelante, es la misma tarea que Jesús le encomienda al Cuerpo de su Iglesia, de tal manera que, lo que hizo y anunció la Cabeza, lo hagan y sigan anunciando los miembros vivos de su Cuerpo Místico.

Pero, ¿qué cosas, específicamente, hizo Jesús y, en consecuencia, debe seguir dando continuidad su Cuerpo, que es la Iglesia?

4. LAS PRIORIDADES DE JESÚS

Para Jesús siempre estuvieron en primer lugar los pobres y marginados. Tenemos el ejemplo de la Viuda de Naím, el endemoniado de Geraza, la Viuda del templo, el caso de Zaqueo, los diez leprosos, la mujer adúltera, el ciego que estaba junto a la piscina, entre otros muchos casos, todos presentados de forma concreta en los que Jesús no pasó de largo, sino que, compadecido, hizo algo en favor de cada uno de ellos, gracias a la fe que ellos tenían en Jesús. Para Jesús, las normas propias de la Ley, cuando se trataba de dar respuesta al grito desesperado de personas desvalidas, pasaba a segundo plano, sin desconocer el sentido de la Ley, pero eso sí dándole su verdadero sentido: "Pues, el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado" (Mc 2, 27).

En este sentido podemos afirmar que Jesús es el ser solidario por excelencia, pues, de muchísimas maneras demostró que el ser humano verdaderamente le importa. Para Él no bastan las palabras, pues no son suficientes; ciertamente, pueden llevar a tomar consciencia, sin embargo, quedan cortas ante el dolor concreto. Su "política" fue siempre la de la compasión, la solidaridad y la verdadera empatía.

La solidaridad de Jesús no tiene comparación, pues, con el acontecimiento de la encarnación fue capaz de ser uno de nosotros, siendo el Emmanuel, el Dios con nosotros, compadecido de nuestra suerte a tal punto que llega a asumir nuestra completa y compleja humanidad, *compartiendo en todo nuestra condición humana, menos en el pecado*.

La Iglesia, a lo largo de su historia, de distintas maneras ha tratado de ser fiel a este ejemplo dado por Jesús, sin embargo, no siempre ha tomado ni los mejores caminos ni las mejores decisiones para hacer eco del ejemplo de su Maestro. No obstante, no podemos poner en

tela de juicio su más profunda intensión, que ha sido poner todo su empeño en imitar a Jesús a pesar de sus propias deficiencias e incoherencias en dicho intento.

5. DESAFÍO DE LA IGLESIA DE HOY ANTE LA MISIÓN QUE JESÚS LE CONFÍO

Hoy por hoy, es casi pan de cada día escuchar fuertes críticas de parte de distintos sectores, incluso desde dentro de la misma Iglesia, respecto de la forma en que ésta entiende el mundo y, sobre todo, la forma en que ha asumido la voluntad salvífica de Dios, que quiere que "todos los hombres se salven". Ejemplo de su autocrítica y de la toma de consciencia que ha hecho la Iglesia respecto del modo en que debe asumir su misión en el mundo ha venido a ser el Concilio Vaticano II. En este sentido, es un gesto loable, por la humildad que implica hacerlo, el hecho de mirarse a sí misma con autocrítica y llegar a reconocer lo bueno y bello que hay en el mundo, abriéndose a la posibilidad del diálogo honesto con la cultura.

Fruto de este deseo de fidelidad a Jesús y su causa, vemos hoy a una Iglesia mucho más integrada en la cultura, dando pasos grandes, aunque todavía insuficientes, en el largo y difícil proceso de la inculturación. Significativa es a este respecto la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, en donde la Iglesia llega a cambiar la típica figura piramidal de su forma jerárquica, dando paso una visión mucho más integradora y participativa, aunque todavía con grandes desafíos. Ejemplo de ello es también esta Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, en donde vemos a una Iglesia que quiere hacerse solidaria con *los gozos y esperanzas, sufrimientos y angustias*, no de los hombres, sino de sus hijos. También es decidor en este mismo sentido el gran paso dado con la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, con la que la Iglesia reconoce lo bello de cada cultura, que puede llegar a ser incluso expresión de devoción y adoración a Dios mediante una liturgia más encarnada y enraizada en los distintos elementos de todos los pueblos. Vemos, por lo tanto, serios esfuerzos de la Iglesia por hacer patente el Reino de Dios mediante signos concretos que

hagan evidente su preocupación por sus hijos, sin embargo, insistimos, son todavía insuficientes.

La Iglesia tiene sentido en la medida en que es capaz de iluminar la realidad de todos y todo el hombre desde la fe, siendo signo *de la Verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servida, a ejemplo de su divino Maestro. Sin embargo, esta vocación para la que fue llamada la Iglesia, en los últimos años se ha visto gravemente afectada.*

Con gran dolor hemos visto los abusos que algunos miembros de la Iglesia han hecho en contra de sus propios hijos, de aquellos que no le pertenecen, sino que les han sido confiados y encomendados para encaminarlos a la salvación. Pecados como la pedofilia y otros tipos de abusos, han marcado y dañado fuerte y gravemente a toda la Iglesia. Estos hechos, sumados a los encubrimientos que algunos "dignatarios" han hecho de los victimarios, han traído consigo una baja validación en la palabra e imagen de la Iglesia.

Hoy vemos a muchos cristianos que temen o ven con desconfianza a aquellos que un día juraron o prometieron servir al pueblo de Dios a ellos encomendado. Este hecho es, sin lugar a dudas, un puñal en el corazón de toda la Iglesia y de Cristo mismo. Sin embargo, no podemos dejarnos llevar por la baja validación. Debemos seguir en la línea del arrepentimiento y la purificación. No podemos perder tiempo en auto-justificaciones, sino en un cambio de vida real, en una conversión seria y honesta delante de Dios y de su pueblo. Los esfuerzos por devolver el respeto a la dignidad de las víctimas debe ser sin cansancio y verdadero. Debemos, ciertamente, pedir perdón, pero un perdón basado en acciones concretas, siguiendo la pedagogía del mismo Jesús, palabras fundamentadas en obras que liberen.

6. UNA LUZ QUE ILUMINA A LOS QUE HABITAN EN TINIEBLAS: EL RESPLANDOR DE LA VERDAD.

Con este escenario, se hace difícil continuar con la tarea encomendada por Jesús, sin embargo, no podemos bajar los brazos y rendirnos. Debemos volver al Evangelio de la Vida, retomar nuestro compromiso con Jesús y su pueblo y utilizar el difícil momento que

vivimos como una vuelta a nuestras fuentes inspiradoras. Es, precisamente, lo que nos señala la Constitución *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación, volver a nuestras fuentes, a la Sagrada Escritura, que es la Palabra de Dios inspirada, y que tiene mucho que decir a la vida del hombre de hoy.

Ya lo hemos visto una y otra vez en la historia de la Iglesia, la crisis, cuando se asume con humildad y esperanza, puede resultar una ocasión propicia para volver al amor primero y salir fortalecidos y con un horizonte más claro. Debemos volver a poner la mirada en el tesoro de la Iglesia: en los pobres, enfermos y marginados; en las víctimas y también en los victimarios, pues, aunque no estemos de acuerdo con su pecado, sin embargo, Dios les sigue amando y permanece fiel a su voluntad salvífica, pues, según el decir de San Agustín, Dios detesta el pecado, pero ama profundamente al pecador. Por lo tanto, a pesar de los horrores cometidos por nuestros hermanos, no podemos dejarlos olvidados en el camino, al contrario, debemos hacernos cargo de ellos y volver a encaminarlos al plan de salvación que Dios les sigue ofreciendo.

Pienso que la Iglesia podrá reponerse de esta crisis de credibilidad y confianza en la medida en que vaya dejando de lado los discursos y tome parte en los problemas reales de sus hijos; sólo así podrá permanecer fiel a su vocación primera, que como hemos dicho, es ser la continuadora del plan de salvación proyectado desde antiguo por Dios en bien de todos sus hijos. Esta es la hora de nuestra purificación, de nuestra conversión para acoger, nosotros en primer lugar, la Buena Noticia del Reino de Dios; acogiéndolo con un corazón contrito y humillado, podrá llevarnos a descentrarnos de nosotros mismos para salir al encuentro del *hermano que se siente solo y desamparado*, al encuentro de aquellos que han sido vulnerados en sus derechos y en su dignidad de personas.

Nuestra tarea en el mundo consiste, según el decir del Concilio en dar *testimonio de la Verdad, de la verdad del amor de Dios por todos sus hijos; de la verdad de nuestra miseria e incoherencia; de la verdad de que Jesús es el único que puede darle sentido a nuestra existencia, la verdadera felicidad y la verdadera Vida; la Vida eterna. Nosotros somos solo continuadores y dispensadores de su multiforme gracia, pero en ningún caso podemos*

prescindir de Jesús ni ocupar su lugar. Somos sus ministros y representantes, pero no sus reemplazantes. No podemos seguir viviendo nuestro servicio con el deseo desordenado de que nos miren a nosotros, sino a Cristo vivo en nosotros.

La Iglesia está llamada a ser sacramento de Cristo, es decir, signo de la presencia real de la misericordia de Aquel que nos ha amado hasta el extremo de dar incluso su vida por nosotros. Por lo tanto, he ahí nuestra tarea esencial, ser ministros y portadores de la ternura y misericordia de Dios, que ha sido capaz de compadecerse de todos de forma real, mediante la encarnación de su Hijo, manifestando al mundo su amor infinito, el cual no disminuye en los más mínimo, a pesar de nuestros pecados.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. ¿Qué signos del Reino de Dios estamos llamados a poner de manifiesto para que Jesús sea aceptado por nuestra predicación y práctica pastoral?
2. ¿Qué signos de muerte, presentes en nuestra forma de ejercer el ministerio, estamos llamados a extirpar de nuestras comunidades?
3. ¿Qué desafíos nos presenta hoy el mundo para ser más fieles al encargo de Jesús?
4. ¿Cómo podemos enfrentar de mejor manera la actual crisis de credibilidad de la Iglesia sin olvidar nuestra vocación esencial?

TEMA 2:

**SITUACIÓN DEL SER HUMANO EN EL MUNDO DE HOY:
ESPERANZAS Y TEMORES DEL HOMBRE ACTUAL
(cfr. GS, I, 4–10).**

El Temario de los Ejercicios Espirituales de este año, ha sido programado en el contexto del 50° Aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II, el 11 de Octubre de 1962. El Papa, Benedicto XVI, con su Motu proprio “Porta Fidei”, ha proclamado como “AÑO DE LA FE” el comprendido entre el 11 de Octubre 2012 y 24 de Noviembre 2013. Es un apremio cruzar el umbral de la Puerta la Fe, que no es simple “creencia en Dios”, sino comunión con Él; dejar plasmar el propio corazón con su Palabra Revelada y anunciarla con el propio testimonio de vida. En otras palabras este Año es una llamada a la revitalización de nuestra Fe Cristiana, en el mismo espíritu del Concilio Vaticano II a una nueva revitalización de la Fe Cristiana, en la etapa histórica en que nos encontramos.

La Historia Cristiana, en efecto, ha pasado por repetidos altibajos: Etapas de gran vitalidad de la Fe, en las que ha sido verdadera Luz, Sal y Fermento del mundo en que vivimos; y etapas de decadencia, relajación o simple formalismo rutinario en mayorías, que se dejan fácilmente arrastrar por los vientos que más soplan. El Concilio Vaticano II fue un evento determinante de esa revitalización, seguido, en el Continente Latinoamericano de cinco Conferencias Episcopales sucesivas, enfáticas en la renovación, frente a los crecientes desafíos de la Secularidad: Rio de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007). Este proceso histórico nos plantea serios interrogantes. “*Somos caminantes, peregrinos en ruta*”, declara San Agustín (Serm. 169, 15,18). ¿Avanzamos o nos hemos estancado? ¿Ascendemos o estamos en caída? ¿Vivimos hoy, en la Iglesia Global, una etapa de alta vitalidad o de franca decadencia?. Preguntas que necesitamos referir, concretamente, a nuestra propia vida agustiniana.

1.- SIGNOS DE LOS TIEMPOS, SIGNOS DEL ESPÍRITU

Nuestros Ejercicios de este año quieren inspirarse, particularmente, en el Documento “Gaudium et Spes”, proclamado al final del Concilio (1965). Parte de la convicción de que necesitamos, en primer lugar, conocer el mundo en que vivimos: Discernir serenamente luces y sombras; valores y corrupciones; avances esperanzadores y retrocesos inquietantes. Y declara:

"Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza"(Gaudium et Spes, 4).

Frente a los desafíos de la modernidad, el Vaticano II reconoce que también la Iglesia necesita evolucionar, en algún modo, en la comprensión y vivencia de las Verdades y Valores de su Fe: *"La Tradición Apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo. Es decir, crece en la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas... "La Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad"* (Dei Verbum 8). Este reconocimiento implicó la confesión de la Iglesia de sus pasadas limitaciones en el conocimiento y formulación de la Verdad y los Valores evangélicos que anuncia, y el hecho de que las mismas sociedades laicas, o laicistas, se le adelantaron, a veces, en determinados aspectos de la Verdad y los Valores. Ejemplo patente de este hecho, es la superación, en el Vaticano II, de viejos conceptos del Magisterio de la Iglesia. A modo de ejemplo:

► Pío IX.- En el Syllabus, XV: <i>"Entre los principales errores de nuestra época está éste: "Todo hombre es libre de abrazar y profesar la religión que, guiado por la luz de su razón, juzgue verdadera"</i>	El Vaticano II, <i>Gaudium et Spes</i>, 17.- <i>"La dignidad de la persona humana requiere... que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal, y no bajo la presión de un ciego impulso interior, o de la mera coacción externa".</i>
► Gregorio XVI, -en 1832.- En la "Inmortale Dei, 42, condena la libertad de cultos y de conciencia. Y más tarde también León XIII (Libertas, 37).	Vaticano II, en "Dignitatis Humanae",2: <i>"Este Concilio Vaticano declara que la persona humana tiene derecho a la libertad religiosa... No se obligue a nadie a obrar contra su conciencia".</i>

► Pío XI.- Casti Connubii, 45.- <i>Muchos (maestros del error) se atreven a decir con mayor audacia que es una indignidad la servidumbre de un cónyuge para con el otro; que son iguales los derechos de ambos cónyuges, defendiendo presuntuosísimamente que por violarse estos derechos..., se debe llegar a conseguir una cierta “emancipación de la mujer”.</i>	Vaticano II, Gaudium et Spes, 29.- <i>“La mujer, allí donde todavía no lo ha logrado, reclama la igualdad de derecho y de hecho con el hombre” (nº 9). “Es lamentable que los derechos fundamentales de la persona no estén todavía protegidos en la forma debida en todas partes. Así cuando se niega a la mujer el derecho de escoger libremente esposo..., o se le impide tener acceso a una educación y a una cultura iguales a las que se conceden al hombre” (nº 29).</i>
--	--

En consecuencia, la Iglesia está llamada a una constante transformación: Ante nuevas oscuridades, nuevas luces; a nuevos problemas nuevas soluciones, a nuevos desafíos, nuevas respuestas. La Iglesia está llamada a encarnarse en cada una de las culturas; promoviendo y aplaudiendo sus valores y esclareciendo sus errores y corrupciones. Pero queda siempre en pie la cuestión de nuestra verdadera misión en el mundo: ¿“Secularizar” nuestra Fe Religiosa, o “Evangelizar” el Mundo Secular?

2.- EL SER HUMANO EN EL MUNDO DE HOY. ESPERANZAS Y TEMORES

Es un tema que el Vaticano II analiza detalladamente en los números 4-10 de la Gaudium et Spes: La situación del Ser humano en el mundo de la década de los '60. Breve síntesis:

- El mundo se encuentra en un nuevo período de su historia, caracterizado por **cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero (=Globalización).**

Estos profundos implican una verdadera metamorfosis social y cultural y, por ello, una “crisis de crecimiento, que afecta especialmente a la vida religiosa.

- **El Hombre ha aumentado admirablemente su Poder y Creatividad.** Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Pero, al mismo tiempo, aumenta la pobreza, miseria e ignorancia de muchedumbres. Se habla de “Libertad”, pero surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica.

- **Se aplaude el progreso en los Valores de la Temporalidad;** pero preocupa a muchos la marginación progresiva de los “**Valores Permanentes**”, y muchos se interrogan, entre angustias y esperanzas, sobre el rumbo de la actual evolución del mundo.

- **El espíritu científico modifica profundamente el ambiente cultural** y las maneras de pensar. La técnica con sus avances está transformando la faz de la tierra e intenta ya la conquista de los espacios interplanetarios. La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva, de la que surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis.

- **La cultura rural y familiar** va quedando relegada, absorbida por la cultura Industrial y Económica, que promueven la “Cultura de la Opulencia”. Una cultura que pone sus más acariciadas esperanzas en el disfrute del dinero, el poder y la riqueza, fuente de los más gratos placeres. Por ello, pueblos rurales y los en vías de desarrollo, aspiran a obtener para sí las ventajas de la industrialización y de la urbanización

- **Cambios psicológicos, morales y religiosos.-** Este rumbo de cosas, más y más generalizado, se confronta con las instituciones, leyes, y maneras de pensar y de sentir, heredadas del pasado. Las nuevas condiciones ejercen influjo también sobre la vida religiosa; la negación de Dios y de la Religión se presenta no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo; y muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión.

- **Profundos desequilibrios y confrontaciones.-** Esta acelerada mutación del mundo y de la vida, suscita repetidos conflictos y confrontaciones: Desequilibrio entre la inteligencia práctica moderna y una forma de conocimiento teórico; entre el afán por la

eficacia práctica y las exigencias de la conciencia moral, y no pocas veces entre las condiciones de la vida colectiva y a las exigencias de un pensamiento personal.

- **Nacen también grandes discrepancias raciales y sociales** de todo género. Discrepancias entre los países ricos, los menos ricos y los pobres. Discrepancias, por último, entre las instituciones internacionales, nacidas de la aspiración de los pueblos a la paz. Todo ello alimenta la mutua desconfianza y la hostilidad, los conflictos y las desgracias, de los que el hombre es, a la vez, causa y víctima.

- **Sin embargo, ante la actual evolución del mundo**, son cada día más numerosos los que se plantean las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?.

3.- EL MUNDO Y EL HOMBRE A LOS 50 AÑOS DE DISTANCIA DEL VATICANO II

Leyendo el análisis de la *Gaudium et Spes*, podemos comentar: ¡Eso es exactamente lo que sigue ocurriendo en los inicios de nuestro Siglo XXI! Pero quienes hemos vivido ambas épocas, no podemos pasar por alto el aumento progresivo de la problematización humana, ante el imperio de las nuevas ideologías:

- **Se ha deteriorado más y más el sentido democrático original**, que proclamaba el poder del pueblo y el servicio de sus gobernantes; el derecho a la libertad de conciencia y de religión, y a la educación familiar. Hoy se imponen las ideologías gobernantes con o sin el pueblo; se acosa o se ignora la libertad de conciencia; y se secuestra la educación familiar para atenerse solamente a la educación estatal.

- **Han aumentado las confrontaciones** sociales, políticas, ideológicas y económicas, y también las guerras destructivas.

- **La riqueza mundial ha ido quedando concentrada en manos de cada vez menos** : Según estadísticas de la ONU, el 20% de la población mundial acumula el 85% de la

riqueza que produce el planeta. Lo que significa que el 80% de los habitantes de la tierra ha de contentarse con el 15% de los bienes de que dispone el mundo

- **Se ha acrecentado el respeto y valoración de la vida humana.-** En las democracias iniciales se respetó incluso la vida de los delincuentes y asesinos. Hoy se atenta legalmente contra vidas inocentes, como la de los niños por nacer, por el aborto a voluntad; la de los enfermos y viejos por la eutanasia; la de todo ciudadano que lo desee, por el “suicidio asistido”.

- **Se ha acosado progresivamente a la Familia por todos sus costados:** Por el divorcio a voluntad, que deja a los hijos sin calor de hogar; por la equiparación del matrimonio de homosexuales y lesbianas con el matrimonio varón-mujer; por la “identidad de género”, ignorando toda diferencia; por los derechos intocables de niños y adolescentes, al margen o en contra de sus padres.

- **Se ha acrecentado la inseguridad ambiental,** obligando a los ciudadanos a construirse “Cárcel por Casa”, con gruesas rejas, muros o cercas espinosas, doble cerradura, perros y alarmas, para protegerse de los delincuentes de la calle.

- **Y, por fin, se ha hecho sonar la alarma de alerta:** Estamos destruyendo la morada en que vivimos, con la contaminación ambiental y el desequilibrio ecológico, fruto de intereses egocentrados, que rompen la unidad de la Creación y de la Vida.

4.- EL APOORTE DE LA FE CRISTIANA A LOS PROBLEMAS DEL MUNDO ACTUAL

Jesucristo nos confió la misión de ser “LUZ- SAL- FERMENTO” del mundo en que vivimos, abriendo camino a los Valores que verdaderamente nos “humanizan”, y desenmascarando lo que nos degrada. Lo que sólo se logra con el diseño de las correctas coordenadas de nuestra existencia, que responden a las grandes cuestiones: ¿Quién es realmente el hombre? ¿Cómo está naturalmente diseñado? ¿De dónde viene, para qué está y cuál es su destino? Para encontrar las respuestas convincentes, el ser humano necesita superar su inmanencia y trascenderse a sí mismo hasta las Fuentes reales de su Existencia: Dios Mismo. Nunca acabaremos de entendernos a nosotros mismos, si desconocemos al Dios que nos creó. Concretemos:

A) Creados “a imagen y semejanza” del Dios, “Uno y Trino”. La Palabra Revelada define a Dios, con tres notas esenciales:

- **Fuerza Creadora y Fuente de la Vida**, que llamamos “PADRE”.
- **Inteligencia y Conciencia iluminadoras**, que llamamos “HIJO”.
- **Amor Unificante**, que llamamos “ESPÍRITU SANTO”.

Y, al crear al ser humano, Dios hace de él una pequeña copia literal de sí mismo:

- **Dotado de una Creatividad Transformadora** admirable.
- **Con una Inteligencia y Conciencia iluminadoras** de lo correcto e incorrecto; lo justo y lo Injusto; lo verdadero y lo ficticio.
- **Y con una capacidad de Amar**, que rige y orienta tanto su inteligencia como su creatividad.

Y he aquí la raíz de los problemas humanos: En Dios la Creatividad, la Inteligencia y el Amor son inseparables. Dios es una Creatividad inteligente y amorosa; una Inteligencia amorosa y creativa; un Amor inteligente y creativo. En Dios se conjugan la Diversidad con la Unidad, hasta constituir un solo Dios Verdadero. En el hombre, en cambio, esas tres cualidades esenciales, se fragmentan: Su Inteligencia y creatividad se orientan a los propios intereses y apetencias; y su Amor se fragmenta en “amores-isla”, selectivos e interesados, cuando no en odios y confrontaciones.

En esta medida, el hombre deja de ser “humano” para gobernarse por el dinamismo “animal”, que San Agustín expresa diciendo: “El Cuerpo, u “hombre exterior”, con sus instintos, apetencias y emociones, es lo que tenemos en común con los animales” (De Trin. XII,I,1.). *“El misterio de la Trinidad –declara el Documento de Aparecida–, es la fuente, el modelo y la meta del misterio de la Iglesia: “Un pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, llamada en Cristo “como un sacramento, o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (Aparecida, 155).*

B) Unidad y Fragmentos.-

Una de las torpezas más repetidas en la historia humana, es la miopía para ver y comprender la Realidad Global. Es la tendencia de cada individuo, grupo, partido, o asociación a reducir el mundo y la Realidad, a la “isla” de sus propios amores, verdades, intereses y aspiraciones. Todo lo demás se clasifica en indiferencia u oposición. De este modo, hemos roto la Humanidad en pedazos enfrentados: Individuo y Sociedad, Varón y Mujer; Ricos y Pobres; Blancos y Negros; Señores y Siervos; Valiosos e Inútiles, etc-

De aquí surgen las inacabables confrontaciones y violencias en la vida humana. Así los constata también el Documento de Aparecida:

“También se ha hecho difícil percibir la unidad de todos los fragmentos dispersos que resultan de la información que recolectamos. Es frecuente que algunos quieran mirar la realidad unilateralmente, desde la información económica, otros, desde la información política o científica, otros, desde el entretenimiento y el espectáculo. Sin embargo, ninguno de estos criterios parciales logra proponernos un significado coherente para todo lo que existe. Cuando las personas perciben esta fragmentación y limitación, suelen sentirse frustradas, ansiosas, angustiadas”. (Aparecida, 36).

La historia de la Humanidad cuenta muchos miles de años; en ella hemos evolucionado, admirablemente, en muchas cosas. Varios autores subrayan, sin embargo, que parece habernos estancado, si no retrocedido, en la “**evolución de la conciencia**”. Somos más o menos conscientes de las “realidades-isla”, en que se centran nuestros intereses y aspiraciones, pero no de la Realidad Global de la que forman parte inseparable.

Jesucristo superó decididamente viejas fragmentaciones, que ocasionaron repetidas violencias: Entre justos y pecadores; creyentes y paganos; hijos leales y pródigos; ovejas fieles y ovejas perdidas. Y, para entenderlo, San Pablo explica que “todos formamos un mismo Cuerpo”. El cuerpo humano está integrado de diversidad de órganos, venas y arterias, y millones de células y neuronas. Pero la salud de cada miembro se beneficia de la salud del cuerpo, y la enfermedad de cada miembro, enferma en algún modo a todo el cuerpo.

- **1º.-El Universo es una «Unidad Armónica»**, e interdependiente en sus diversidades, de tal modo que no es posible alterar una parte, sin que, en alguna forma, repercuta en el Todo.
- **2º.-La Naturaleza y la Vida, en el planeta tierra, es asimismo una «Unidad Armónica»**, en la gran diversidad de sus expresiones, y toda alteración parcial, repercute en algún modo en la Totalidad. (=Ecología).
- **3º.- La Humanidad es UNA e interdependiente, en su ingente diversidad.** *“Todos necesitamos de los demás para ser nosotros mismos”*, afirma San Agustín. La calidad humana de cada individuo enriquece o empobrece a la Humanidad entera.

Unidad y diversidades han de armonizarse entre sí, como las voces e instrumentos de un coro, se armonizan en una misma y bella canción, en la simbología de Agustín. Jesucristo resumió todos los mandamientos, leyes y normas, en uno solo: APRENDER A AMAR. A Dios, nuestra Fuente sobre todas las cosas, y a nuestros semejantes como a nosotros mismos. Y El mismo testimonió y apremió a una FRATERNIDAD UNIVERSAL, sin discriminaciones. Es el designo y Gran Sueño de Dios, Autor de la Humanidad: Instituir una Gran Familia de hijos, en su Hijo Jesucristo (cfr. Ef. 3,6).

La resistencia humana a hacer realidad este Gran Sueño, la atribuye San Agustín a la calidad de nuestra mirada: Tendemos a ver y definir a los demás solamente por “**calificativos**”: El amigo y el enemigo; el agradable y el repulsivo; el pacífico y el violento..., mientras somos ciegos para el “**sustantivo**”: “El Hombre”; cada ser humano es un hermano mío; con idéntico origen, dignidad u destino; con la misma aspiración de felicidad, y similares debilidades (cfr. De Vera Rel. 46, 89, 90; De Trin. VIII,III,4.).

5.- EL DESAFÍO FUNDAMENTAL DE LA IGLESIA EN NUESTRO TIEMPO

Jesucristo lo definió radicalmente: *“Ustedes son la sal de la tierra. Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve sino para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. Ustedes son la luz del mundo... No se enciende una lámpara para ponerla bajo un celemin, sino sobre el candelero para que alumbre a todos...”* (Mt. 5, 13-14).

Significa que el problema más serio de la Fe Cristiana en nuestro tiempo, no son los enemigos de la misma; las ideologías laicistas y ateas; los que luchan para erradicarla del horizonte humano. Los enemigos más eficientes para acabar con ella son los falsos cristianos: Los que “se llaman”, pero no lo son; los que creen, pero no viven su fe; los que la profesan en el templo, pero no fuera del mismo; los cristianos de simple “cáscara”, pero no de corazón. San Agustín lo expresaba con sus tres categorías de seres humanos:

- 1) Los pecadores.-** Lo somos todos; incluidos los santos: Unos más y otros menos.
- 2) Los impíos.-** Malvados y corruptos a conciencia; centrados en sus propios intereses egoístas, a costa de lo que sea y de quien sea; renegadores de Dios.
- 3) Los apáticos.-** Los que no son ni fríos, ni calientes, sino tibios.

Y concluye: Aspiremos a ser simplemente “pecadores”; pero nunca impíos, y menos apáticos. (Cfr. Martin Luther King apuntaba a lo mismo cuando declaró: *“Para que triunfe el mal en el mundo, sólo hace falta una cosa: ¡El silencio de los buenos!”*

En nuestro mundo moderno, hay algo que ha llamado muchas y repetidas veces la atención: En los países de larga tradición cristiana, siguen siendo mayoría los que hoy siguen confesándose cristianos. Pero ante las modernas ideologías y leyes laicistas que atentan abiertamente contra los valores fundamentales de la fe cristiana, se ha constatado una total pasividad de los fieles cristianos. Sólo cuando el rumbo de la Economía ha entrado en crisis, y sienten amenazado su bolsillo, han elevado sus protestas, y se han unido a manifestaciones de reclamo.

Arrastramos, quizá, todavía la vieja tradición en la que la Iglesia Jerárquica adquirió notable poder sobre el rumbo de los pueblos y sus leyes, y el compromiso social y eclesial del laicado cristiano fue quedando notablemente relegado. Hoy es la Iglesia Jerárquica la que ha sido relegada de toda interferencia en el rumbo de la secularidad, y son los laicos

cristianos, que viven su Fe en el mundo y sus instituciones, los llamados a llevar a cabo su compromiso evangelizador en la sociedad, la familia, la economía, la política y demás.

Fue uno de los temas relevantes del Vaticano II, y énfasis prioritario de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Aparecida: La misión de los laicos cristianos, *“hombres de la Iglesia en el corazón del mundo, y hombres del mundo en el corazón de la Iglesia”*. Esta Conferencia declara abiertamente:

“Constatamos el escaso acompañamiento dado a los fieles laicos en sus tareas de servicio a la sociedad, particularmente cuando asumen responsabilidades en las diversas estructuras del orden temporal. Percibimos una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones, un énfasis en el ritualismo, sin el conveniente itinerario formativo” (Discurso Inaugural, c).

El Documento de Aparecida dinamizó, por ello, una **“Misión Continental”** con objetivos específicos:

- **Revitalizar la Fe Cristiana y la misión en toda la Iglesia de AL:** *“-¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo”* (Aparec. 548).
- **Despertar y avivar el compromiso del laicado cristiano.-** *“Llevar la luz del Evangelio a la vida pública, cultural, económica y política”* (Discurso Inaug. 4)
- **Brindar a nuestros laicos una formación más sólida en las Verdades de la Fe y los Valores del Evangelio.-** *“Para cumplir su misión con responsabilidad personal, los laicos necesitan una sólida formación doctrinal, pastoral, espiritual y un adecuado acompañamiento para dar testimonio de Cristo y de los valores del Reino en el ámbito de la vida social, económica, política y cultural”* (Aparec.212).
- **Promover los movimientos y comunidades laicales.-** *“La renovación de las parroquias, al inicio del tercer milenio, exige reformular sus estructuras, para que sea una red de comunidades y grupos, capaces de articularse logrando que sus miembros se sientan y sean realmente discípulos y misioneros de Jesucristo en comunión”*(Aparec. 172).

6.- AGUSTINOS EN EL SIGLO XXI

Y nosotros, Agustinos, ¿QUÉ?.- No podemos caer en la trampa de esperar a que el Mundo cambie, para mejorar también nosotros. Necesitamos, por el contrario, la experiencia de un “Nuevo Pentecostés”, para contagiarlo al Mundo.

Además de discípulos y seguidores de Jesucristo, somos herederos de una rica y vital espiritualidad de nuestro eminente Fundador y Padre de la Iglesia, San Agustín de Hipona. Una espiritualidad enfática en:

- **La Comunidad amistosa y fraterna**, “*para vivir unánimes, con un alma solo y un solo corazón orientados hacia Dios*” (Regla, I,3).
- **La Interioridad**, que fundamenta nuestra existencia, no en simples exterioridades, sino en la calidad del corazón. Porque “en el hombre interior mora la verdad” ((La Verd. Rel. 39,72).
- **La Libertad bajo la gracia**.- Que nos impulsa a asumir nuestros compromisos, “*Como enamorados de la belleza espiritual..., no como siervos bajo la ley, sino como personas libres movidas por la gracia*” (Regla, 8,48).

En la vivencia transparente de estos valores, radica la fuerza de nuestra misión evangelizadora. En la Orden, y específicamente en AL, hemos reconocido un declive notable en nuestra vitalidad cristiana y agustiniana:

- = No pocas comunidades, han quedado reducidas a un grupo de “colegas” que comparten la misma pensión. Las aspiraciones, satisfacciones e intereses de cada uno ¡están fuera!
- = Se ha acrecentado el número de religiosos que han abandonado la vida agustiniana, por no encontrarles ya sentido para la propia vida.
- = No faltan quienes aguantan el camino emprendido, pero a todas luces “secularizados”; más críticos de las sombras de la Iglesia, que de las nuevas ideologías y rumbos laicistas.
- = Se ha debilitado la atracción por nuestro seguimiento, con alarmante crisis de vocaciones, que muchos ven como el signo de nuestra decadencia final.

Emprendimos un largo proyecto de “Revitalización de la Orden en AL”. Y pretendemos mantenerlo. Nos urge tomarlo en serio, y, nuevamente, no esperemos a que la Orden se revitalice: ¡EMPECEMOS TÚ Y YO! Más bien, aquí sí vale el criterio: ¡PRIMERO YO!

INTERROGANTES PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1.-Jesucristo oró al Padre por sus seguidores: *“Ellos están en el mundo, pero no son del mundo”* (cfr. Jn.17, 11,14,16).- ¿Cómo armonizar estar en el mundo sin ser “mundanos”? Nuestro mundo presenta muchas oscuridades; ¿Y los creyentes?

2.- Jesús declara: *“Ustedes son la sal de la tierra...; ustedes son la luz del mundo”* (Mt. 5, 13-14). ¿En qué medida, en la Fe Cristiana global, la sal se ha vuelto sosa, y la luz no alcanza a alumbrar?

3.- San Pablo apremia: *“Venzan el mal a fuerza de bien”* (Rom.12,11). ¿En qué aspectos el compromiso cristiano –también de los laicos- necesita revitalizarse en los binomios Fe Cristiana y Sociedad; Fe Cristiano y Culturas; Fe Cristiana y Política; Fe Cristiana y Economía?

4.- San Agustín amonesta a sus comunidades: *“Lo primero para lo que os habéis congregado en comunidad es para vivir unánimes, con un alma sola y un solo corazón hacia Dios”* (Regla, 1). ¿A qué distancia nos encontramos actualmente de esta meta? ¿Ascensión, estancamiento o decadencia? ¿Por qué?



TEMA 3:

LA VERDAD SOBRE EL HOMBRE: LA DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

(CFR. GS 11. 12 – 22).

EL SER HUMANO, IMAGEN DE DIOS

*Vamos a introducirnos en el significado y las consecuencias de una afirmación que hace la fe cristiana, y que otorga a toda acción humana una trascendencia única: **el ser humano, todo ser humano, es imagen de Dios.***

1. DIGNIDAD ÚNICA DEL SER HUMANO

La moral cristiana no comienza poniendo frente al creyente la exigencia absoluta de la Ley moral, sino apelando a Dios, Creador y Salvador, y a su amor por el ser humano.

Dios ha creado al ser humano a su imagen. **El ser humano es la “imagen de Dios”** (cf. Gn 1,26-27). ¿Qué quiere decir esta expresión, clave en la moral cristiana? Significa, por lo pronto, que el ser humano es el representante, el “**visir**” de Dios en la creación: hace presente al Creador en el resto de su obra creada. Como **alter ego** (su otro yo) de Dios, y por delegación suya, preside y ejerce su señorío sobre el resto de la creación.

Pero el ser humano no tiene un dominio absoluto sobre el mundo; ha de ejercer su señorío, sometido a su Dios y Señor: ante él deberá responder de su gestión. El ser humano ha de ejercer su señorío sobre los demás seres creados inferiores, cuidándolos, tutelándolos y no explotándolos.

El ser humano dispondrá sobre los seres inferiores a él (incluso sobre los animales), pero no sobre el ser humano mismo; éste queda protegido por una ley sagrada (Gn 9,5-6) que lo hace inviolable: todo atentado contra la imagen de Dios será vindicado por el propio Dios.

a. La dignidad del ser humano

Lo que fundamentalmente le hace al ser humano, *ser humano* y le distingue de las demás cosas, es **ser imagen de Dios**. Dentro del universo, ser imagen de Dios le da al ser humano un puesto y una dignidad únicos e incomparables:

- No es el ser humano una cosa más entre las demás de este mundo; como su ‘otro yo’; en la creación está el ser humano en relación inmediata con Dios.
- A su vez, Dios se ve reflejado en su “*imagen*”, el ser humano: éste se alza como un ‘tú’, que puede y debe responder de sí mismo y su gestión al amor y a los requerimientos de Dios.

El ser humano está llamado a entrar en un diálogo con su Dios y Señor. El ser humano es el ‘tú’ para Dios en este mundo. Todo ser humano, cada ser humano, es algo único, irrepetible e insustituible.

Sin duda, el ser humano como representante de Dios, no es autónomo, depende de su Creador; pero tal relación de dependencia es precisamente la base de la excepcional dignidad del ser humano. Porque depende, como su representante, sólo de Dios, él lo quiere como fin, no como medio. Todo ser humano, cada ser humano, es querido y afirmado inmediatamente por Dios de una manera única: “*el ser humano es la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma*” (cf. GS 24).

Santo **Tomás de Aquino** enseña que la ordenación del ser humano a Dios no es la de un medio a un fin, sino la de un fin a otro fin superior, a Dios mismo (Sto. Tomás de Aquino, C. Gent. 3,112). **J. Maritain** distinguió acertadamente entre *individuo*, que es el ser cuya finalidad es reproducirse y continuar la especie, y *persona* que es el individuo que tiene un

fin en sí mismo, anterior e independiente del de la especie, debido a su componente espiritual e inmortal.

Por consiguiente, ningún ser humano puede estar en función de nada, ni de la producción, ni de la raza, ni de la nación, ni de la clase, ni del Estado, ni de la sociedad.

Ningún ser humano puede ni debe “utilizar” a otro simplemente como medio o instrumento para conseguir sus propios fines. ***El ser humano, cada ser humano, tiene valor por sí mismo: Es persona.*** El ser humano no es ‘algo’, es ‘alguien’, expresa S. Agustín en su antropología.

b. Cada ser humano, imagen de Dios

El ser humano es “imagen de Dios” y, por consiguiente, Dios es el ***Tú*** del ser humano y, a su vez, el ser humano es el ***Tú*** de Dios en este mundo.

Ahora bien, si todo ser humano, cada ser humano, es lo que yo soy, es decir imagen de Dios, “el otro” no puede ser para mí una cosa, sino una persona, un Tú para Dios, por quien Dios está seriamente interesado. Antes de que yo piense en “el otro” o lo aborde, es una persona, es un Tú. No soy yo quien le hace persona porque le trato y reconozco como persona. Y mucho menos le hace persona el Código civil cuando le declara tal.

De que todo ser humano, cada ser humano, sea “imagen de Dios” hemos de sacar otra consecuencia no menos importante: ***cada ser humano se comporta respecto a Dios según se comporta respecto a su semejante.*** Quien desprecia, menosprecia o rechaza a la “imagen de Dios” en este mundo, desprecia, menosprecia o rechaza a Dios mismo.

Nuestra relación con Dios pasa por aquél que acá hace presente para nosotros a Dios, el otro: *“Si alguno dice: Yo amo a Dios y odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve”* (1 Jn 4,20).

2. LA UNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

“El ser humano no es ángel ni bestia, y la desdicha hace que el que quiere hacer el ángel, hace la bestia” (Pascal, Pensamientos, n 329).

El ser humano no es ni un ángel caído y atrapado en un cuerpo, ni es un animal simplemente evolucionado: **“El ser humano es uno en alma y cuerpo”** (GS 14).

El Concilio Vaticano II, en los números 14-15 de la Constitución *Gaudium et Spes*, nos enseña el carácter unitario de la persona humana:

- *“Por su condición corporal reúne en sí los elementos del mundo material, de tal modo que por medio del ser humano, éstos alcanzan su cima y elevan su voz para la libre alabanza del Creador”. “El cuerpo (del ser humano) es bueno y digno de honor, ya que ha sido creado por Dios y ha de resucitar el último día... la propia dignidad del ser humano pide que glorifique a Dios en su cuerpo y no permita que esté al servicio de las inclinaciones depravadas de su corazón”.*
- *Como alma espiritual, el ser humano “se reconoce superior a las cosas corporales y no se considera sólo una partícula de la naturaleza... pues, en su interioridad, es superior al universo entero y está abierto a Dios”.*

El cuerpo no es un añadido a la persona humana. La persona humana comparte con su cuerpo la dignidad o degradación de éste. No se puede tratar el cuerpo como un simple instrumento de goce exclusivo, como si se tratase de una prótesis añadida al Yo.

Por otra parte, en nuestros tiempos hemos pasado del desprecio del cuerpo en épocas pasadas a su sacralización. Pero no nos engañemos, este recuperado aprecio del cuerpo no glorifica el cuerpo en cuanto tal, sino los cuerpos bellos, jóvenes y sanos de la **“beautiful people”**. Entre las condiciones del cuerpo, resalta unas y elimina otras. Se crea una imagen ideal del cuerpo, objeto de culto: *“No se acepta el cuerpo en sus límites; se le finge atemporal,*

aséptico, atlético, ilimitadamente joven, inmarcesiblemente bello, invulnerablemente sano” (J. L. Ruiz De la Peña, *La imagen de Dios*, 138).

Esta rehabilitación reductora del cuerpo tiene como origen la creencia de que el ser humano es sólo cuerpo.

3. LA COMUNIÓN INTERPERSONAL

Dios no creó al ser humano solitario: desde el principio *“los creó hombre y mujer”* (Gn 1,27). Esta asociación constituye la primera forma de comunión entre personas. Pues el ser humano es, por su íntima naturaleza, un ser social y *“no puede vivir y desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás”* (GS 12).

No hay ser humano sin comunidad. El ser humano no puede ser humano solo, encerrado en sí mismo y ocupado consigo mismo: necesita, precisamente para serlo, estar en relación a otro semejante. La relación a otro y a otros no es un añadido a cada persona humana ya constituida.

Sólo abierto a un Tú personal, el ser humano se encuentra a sí mismo como un yo personal. Y *“hay que poder decir verdaderamente ‘Yo’ para poder experimentar el misterio del ‘Tú’ en toda su verdad”* (Büber). La relación interpersonal del Yo-Tú lleva consigo que podamos decir: “nosotros”.

La expresión “el otro”, cuando se dice de un ser humano, no quiere decir simplemente “otro ejemplar” de la especie humana. Por muy alejado que esté de mí “el otro” no puede serme indiferente a mí como persona.

Varón y Mujer

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó” (Gn. 1,27; 2,18-24).

El ser humano es un ser sexuado. Lo que llamamos “el ser humano”, eso no existe; la vida humana toma cuerpo en dos realidades somáticas y psicofísicas muy diferenciadas: varones y mujeres. Esta diferencia lleva consigo correspondientes modos diferentes de estar en el mundo y de relación interhumana.

Los dos sexos son iguales en dignidad y se complementan mutuamente. Sobre la polaridad complementaria de los sexos está fundado el matrimonio. Dios mismo es el autor del matrimonio. La íntima comunidad de vida y amor conyugal se inicia por un consentimiento personal irrevocable de los esposos. El hombre y la mujer, por la alianza conyugal, “*Ta no son dos, sino una sola carne*” (Mt 19,6). Por su naturaleza, esta comunidad de vida y amor conyugal está ordenada a la procreación y educación de los hijos (cf. GS 48).

4. EL PENSAMIENTO DE SAN AGUSTIN

Hombre soy, entre los hombres vivo, y nada de lo humano me es ajeno (San Agustín). Nada hay de verdaderamente humano que no tenga resonancia en el corazón de la Iglesia; pues, el gozo y la esperanza, la angustia y la tristeza de los hombres y mujeres de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también, gozo y esperanza, tristeza y angustia de los seguidores de Jesucristo (**Concilio Vaticano II. Gaudium et Spes n. 1**).

El cristiano debe y tiene que ser un profundo descubridor de lo humano; sólo así podrá comprender la grandeza del misterio de la **ENCARNACION** que ha elevado a su grado máximo la dignidad de la persona humana... ¿Qué soy yo, pues, Dios mío? ¿Cuál es mi naturaleza) (**San Agustín. Confesiones X,17,26**).

Sólo desde una profunda experiencia humana se puede levantar el edificio de la dignificación y salvación de la persona, fruto del misterio de la Encarnación del **VERBO** de Dios.

La **FE CRISTIANA** se hace una doble pregunta: *¿Quién es el Dios revelado en Jesucristo?...* *¿Quién es el hombre destinatario de esta revelación?* Esto porque el cristiano cree en un Dios salvador del hombre. La revelación de Dios es revelación al hombre real, situado. El Dios bíblico, del cristiano, es un **Dios hecho Hombre**.

Para reflexionar

¿Me quiero bien? ... ¿Valoro lo que soy? ¿Amo la vida que se me ha regalado? ... ¿Voy orgulloso por el camino de la vida mostrando lo que soy y puedo? ... ¿Soy un agradecido de mí mismo?

5. PRINCIPIOS BASICOS DE ANTROPOLOGIA EN SAN AGUSTIN

En toda relación humana hay una determinada antropología subyacente consciente o inconsciente. Es decir, un modo particular de ver y valorar a la persona en el contexto del mundo y de la vida.

Nadie comprende a otro si no se comprende a sí mismo. **Agustín propone el camino de la interioridad**. Agustín descubre, desde la experiencia de conocimiento de sí mismo que:

1. la **persona** es intrínsecamente trinitaria, al modo del Dios trinitario (Padre-Hijo-Espíritu); la persona lleva en sí la huella de Dios.
2. la persona comprende la realidad en la medida en que ama, y sólo es posible amar lo que **ES**, comprendiendo su significado y valor.
3. la persona resulta ser **“capaz de Dios”**, y participa de las mismas cualidades de Dios. La persona es portadora de valores eternos, y su valor esencial no radica tanto en lo que está siendo, cuanto en lo que está capacitada para ser.
4. la persona merece y necesita una absoluta confianza. **La nobleza y dignidad de la persona se degradan por el pecado, pero no se anulan: detrás del mal hay siempre un bien en juego.**

La persona es un ser vocacionado esencialmente al amor de comunión, que define su valor y dignidad. La vocación y capacidad de amar entroncan a la persona con lo divino.

Para Agustín, la persona humana no se ajusta a la categoría de objeto. La persona es un misterio, un sujeto. La persona no es “algo”, es “alguien”. El hombre y la mujer no son “cosas”, son “personas”.

PARA REFLEXIONAR

¿Qué imagen tienes de ti mismo? ¿Qué imagen manejas de los otros? ¿Quién eres tú para ti?

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, N. 1702

“La imagen divina está presente en todo hombre. Resplandece en la comunión de las personas a semejanza de la unión de las personas divinas entre sí”.

CONCLUSIÓN

Por ser imagen de Dios, cada ser humano tiene una dignidad única, es único e insustituible, no puede estar en función de nada: no puede ser utilizado como medio o instrumento.

LA PALABRA NOS GUÍA

Génesis 1,27-31; 2,18-24

Mateo 25,31-46

1 Juan 4,20-21

LA IGLESIA NOS DICE

Catecismo de la Iglesia Católica 1700-1729

Gaudium et Spes 12

PARA ORAR

Mateo 5,3-12

Referencia Bibliográfica

LADARIA, Luis F. Antropología Teológica. UPCM. Madrid, 1987. Universidad Gregoriana Editrice. Roma, 1987.

LORDA, J.L. Antropología. Del Concilio Vaticano II a Juan Pablo II. Palabra. Madrid, 1996.

JUAN PABLO II. Hombre y Mujer. Teología del Cuerpo. Palabra. Madrid, 1995.

SPICQ, C. Dios y el Hombre en el Nuevo Testamento. Secretariado Trinitario. Salamanca, 1979.

CONCILIO VATICANO II. Constitución Pastoral “Gaudium et Spes”. Especialmente, la I Parte.

PONCE, M. El Misterio del Hombre. Herder. Barcelona, 1997.

VON BALTHASAR, U. Imagen y Semejanza de Dios. Excursus III, en Teodramática. Encuentro. Madrid, 1996.

SAYES, J.A. Antropología del Hombre Caído. BAC. Madrid, 1991.



TEMA 4:

LA COMUNIDAD HUMANA, ÍNDOLE COMUNITARIA DE LA VOCACIÓN HUMANA SEGÚN EL PLAN DE DIOS: RESPONSABILIDAD Y PARTICIPACIÓN (CFR. GS 11. 23-32).

Continuamos reflexionando la *Gaudium et Spes*, documento luminoso que recoge los interrogantes y las aspiraciones más profundas de la humanidad. La Iglesia profesa que en Cristo, muerto y resucitado por todos, se encuentra la clave, el centro y el fin de toda la historia humana. El Concilio proclama que el pueblo de Dios, movido por la fe y conducido por el Espíritu del Señor, se esfuerza en discernir en los acontecimientos del universo los signos verdaderos de la presencia y planes de Dios. A la luz de la fe el concilio pretende emitir juicio sobre los valores que hoy se estiman en alto grado y relacionarlos con la Revelación, fuente de donde proceden. Estos valores son buenos, pero la corrupción del hombre, hace que estos se desvíen de su recto orden y necesiten, por tanto, purificación y reordenación. En este diálogo creatural y humanitario es donde quedará patente la misión de la Iglesia, como misión religiosa y, por lo mismo sumamente humana. “La fe lo ilumina todo” (Benedicto XVI).

Toda comunidad humana es el resultado de la con-unión llevada a cabo por personas con identidad propia, con alteridad (distinción) reconocida y relación permanente. Esta relación que es conquista humana, antes es obra de Dios y expresión de su amor a favor de los hombres. Estas características son las que constituyen la verdadera comunidad humana y cristiana. Teniendo en cuenta lo referido anteriormente, los apartados a reflexionar serán los siguientes:

- I. La persona como valor absoluto.
- II. La persona como ser esencialmente sociable.
- III. Las interdependencias mutuas (personalidad, sociabilidad) para el bien común.
- IV. La familia.
- V. La comunidad político-social y el bien común.
- VI. Responsabilidad y participación.
- VII. El Verbo encarnado y la solidaridad humana.

I. LA PERSONA COMO VALOR ABSOLUTO.

Si es cierto que nadie puede lucir de ser humano sin relación, no es menos cierto que ninguna relación se sostiene sin el ser humano dignamente constituido. Tres son las relaciones constitutivas de la persona humana:

- **Relación con Dios:** Primera y fundamental. Mediante ella, Dios entra en la auto-comprensión del hombre. Dios pasa a ser el Tú del hombre. De tal encuentro (Dios-hombre) surge el ser humano. Pero, a su vez, el hombre es el Tú de Dios. Es criatura suya, hecha a su imagen y semejanza y reflejado en ella, hasta tal punto que, en un momento de la Historia, hubo un ser humano, Jesucristo, que irradió la gloria de Dios. Desde esta concepción, la persona pasa a ser valor absoluto. De este ser llamado a ser el Tú de Dios deriva la dignidad del ser humano. Cada hombre y todo hombre es alguien único, irrepetible, insustituible. Dios lo ha creado en sí mismo, porque lo quiere como fin y no como medio, lo que hace del hombre concreto, singular, un valor absoluto. El hombre es valor absoluto porque Dios se toma al hombre absolutamente: Es un ser para Dios. Este ser para Dios es la raíz de la personalidad del hombre y, consiguientemente, el secreto de su inviolable dignidad y valor, que no puede ser puesto en función de nada: ni de la producción, ni de la clase social, ni del Estado, ni de la religión, ni de la sociedad. La relación con Dios es el único motivo de su absolutez, habida cuenta de su finitud ontológica. Si fuera un ser en sí mismo y para sí mismo esta dignidad sería un bien efímero y perecedero. Cristo confirmó definitivamente el valor absoluto de la persona humana. El precio de cualquier ser humano es la vida del Dios encarnado.

La apertura trascendental a Dios se actúa, de hecho y necesariamente, en el diálogo con el tú hermano. La única garantía, prueba apodíctica de que yo respondo a Dios, y me comunico con Él en el amor es la relación interpersonal creada (1 Jn 4, 20-21). Quien no acepta el diálogo con la imagen de Dios, no acepta a Dios aunque lo confiese explícitamente. En el amor personal al tú personal creado se cumple la ley y los profetas. Cada hombre es lo que yo soy: una persona, no un objeto, antes de que yo me dirija a él, él es ya un tú, alguien a quien el mismo Dios se ha dirigido y le ha constituido como persona. Este encuentro con Dios es el que posibilita el encuentro interpersonal. Si Dios no estuviera salvaguardando esa dignidad, sería el amor propio (egoísmo, egolatría, manipulación humana...) quien impondría su ley hiriendo directamente su dignidad hasta convertirle en objeto. Esto no lo quiere Dios. Ver un hombre como persona es mirarlo, admirarlo, en su hondura original, como único e imagen viviente de Dios: Es un acto de fe. Y desconocerlo, despreciarlo, codificarlo, utilizarlo, manipularlo para otros fines es incredulidad e injusticia. El que es incapaz de esta relación de amistad es incapaz de religión. Toda religión es religación, con el absoluto. El cristianismo consiste en hacer del semejante un prójimo, y del prójimo un hermano. La Iglesia se dirige al Padre por Jesucristo nuestro Señor, por el hombre Cristo Jesús único mediador entre Dios y los hombres.

El carácter ineludible de Dios es necesario para la auto-comprensión del hombre. De tal encuentro surge el ser humano: Criatura suya en la que se refleja la gloria de Dios. De hecho Dios crea al hombre responsable (Capaz de respuestas), sujeto de diálogo personal, ser correspondiente (capaz de responder del propio yo). Dios es el fundamento de las relaciones yo-tu como relaciones interpersonales.

II. LA PERSONA COMO SER ESENCIALMENTE SOCIABLE

- **Relación con el tú (sociabilidad):** El ser personal es ser social. La persona es ser relacional, constitutivamente abierto al diálogo con un tú en el que se encuentra así mismo como yo. La relación al Tú divino, de la que ya hemos hablado, se realiza en la mediación

del tu humano, imagen de Dios. Esto quiere decir que la persona es relación y tiene un carácter social. A este carácter nos queremos referir ahora.

Las primeras etapas de la vida humana exigen de tal forma la comunidad, que sin ella esa vida no consigue realizarse humanamente. Son los demás los que imprimen la peculiar configuración a lo humano, del niño. Sin esta impronta no despliega las virtualidades específicas de su condición natural. La educación es esencialmente receptiva, el ser humano va madurando como persona en la adopción de ideas, valores, costumbres que le comunica el grupo social. Nadie comienza su historia personal desde cero, hay un ineludible punto de partida que es la historia de los demás. La libertad humana es libertad situada.

Esta influencia del medio social sobre el individuo no cesa con la llegada de éste a la edad adulta. Sigue siendo incapaz de atender por sí solo a todas sus necesidades, debe insertarse en la sociedad quiéralo o no. El sistema social del que forma parte, el grupo, es el que le integra en un ecosistema natural. La simbiosis hombre- naturaleza tiene su punto de articulación en la sociedad, no en el ser humano aislado. La sociedad es factor ineludible de socialización del individuo. Está en la génesis del desarrollo y de la consolidación de su ser.

La sociedad del sujeto humano es no solo receptiva sino oblativa. El hombre no solo recibe de la sociedad, sino que tiene la sagrada obligación de colaborar y enriquecer a la sociedad. El valor de su personalidad se medirá por su capacidad de influir en el medio social. La sociedad humana es un organismo vivo, evolutivo, este flujo de la sociedad al individuo y del individuo a la sociedad es lo que garantiza simultáneamente la vitalidad del uno y la permanente eficacia configuradora de la otra. El hombre en cuanto ser social no puede parasitar por la sociedad. Ha de participar activamente en ella, renovándola y actualizándola permanentemente, mediante compromisos activos, competentes y participativos.

Este carácter social viene dado por Dios. Dios creó al hombre como ser sociable. Los dos relatos de la creación se hacen eco del carácter social del ser humano. En el Antiguo Testamento son innumerables los textos que acreditan este carácter social, hasta tal punto que podemos llegar a conclusiones tan claras como reveladoras. La historia del individuo

se identifica con la de la comunidad y ésta por su parte es encarnada como totalidad en cada individuo.

Israel se concibe así mismo como una alianza con YHWH. Es el pueblo el que ha sido elegido por Dios. Los bienes salvíficos alcanzan a cada uno en la medida en que pertenecen al pueblo y están unidos a él por el vínculo de la solidaridad. La comunidad no es para Israel la simple adición accidental de unidades en singulares. Es un organismo interlocutor de Dios, depositario de las promesas: Abraham, David, Samuel, profetas, funcionan como personalidades corporativas. Se mantiene la perspectiva salvífica comunitaria.

El Nuevo Testamento prolonga la antropología salvífica del Antiguo Testamento. También la comunidad es mediadora de la salvación. Sólo que ahora es el nuevo Israel que es la Iglesia, el cuerpo de Cristo en el que somos insertados por el Bautismo haciéndonos así los beneficiarios del don salvífico que es la vida nueva del resucitado.

Pero el Nuevo Testamento, además de la sociabilidad, contiene además una relación trascendental: También Dios es un ser comunitario. Esta revelación arroja una nueva luz sobre la sociabilidad humana: La analogía divina. El ser social del hombre es un nuevo aspecto de ser imagen de Dios. Así se confirma que el ser humano no es concebible sino dentro del contexto de la comunidad interpersonal.

Con la doctrina de la Trinidad, la comprensión cristiana de la sociedad humana rebasa el peligro que acecha al personalismo dialógico. Dios no es solo el yo solitario del Padre, ni el yo-tu del padre –Hijo, es el nosotros del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. De modo análogo el hombre no es relación solitaria con el yo, ni el idílico yo-tu de la revelación intimista de la pareja, que parece bastarse a sí misma. Es el nosotros de su ser social el que le une en la comunidad divina de la Trinidad y en la comunión solidaria de la humanidad entera. El nosotros trinitario, el hecho de que también Dios existe como ser social es el supuesto previo del nosotros interhumano. No se da la salvación aisladamente porque no se da el ser humano químicamente puro y la salvación se ajusta a la peculiar contextura de los destinatarios. Si el pecado afecta a todos y separa, la gracia une a todos y restaura.

III. INTERDEPENDENCIAS MUTUAS (PERSONA HUMANA-SOCIEDAD) PARA EL BIEN COMÚN.

La *Gaudium et Spes* en su número 25 supone esta concepción cristiana del ser humano, a la que hemos aludido a las paginas anteriores. Por eso el desarrollo personal del ser humano y el crecimiento de la propia sociedad se condicionan mutuamente de tal manera que el origen, sujeto y fin de toda institución social es la persona. Pero la persona humana, por su misma naturaleza tiene completa necesidad de la vida social para el desarrollo de sus facultades por el trato de unos con otros, ayuda mutua, diálogo social, convivencia, etc. Esta interrelación mutua es básica para responder a su vocación. Es decir, es necesaria la interdependencia entre la persona humana y la sociedad para el bien común.

En consecuencia, todo grupo social ha de tener en cuenta las necesidades y los legítimos deseos de otros grupos y el bien común de la humanidad y de toda la familia cristiana. Debe tener en cuenta la excelsa dignidad de la persona humana, sus deberes y derechos como inviolables y universales. Todo cuanto necesite para llevar una vida digna, alimento, vestido, habitación, elegir libremente el estado de vida, fundar una familia, derecho a la educación, al trabajo, a la fama, respeto, debida información, libertad de conciencia, protección de la vida privada y justa, libertad, incluso en el campo religioso, debe ser reconocido.

Este orden social se ha de fundamentar en la verdad, justicia, amor, libertad. Para conseguir esto se debe renovar las mentes y favorecer profundas modificaciones en la sociedad. El Espíritu está presente en esta evolución. El evangelio ha excitado y sigue excitando en el corazón del hombre una irrefrenable exigencia de dignidad. (Cfr. G.S, 26).

Además debe conceder respeto a los adversarios desde la caballerosidad y caridad, desde la distinción entre el error y el hombre que yerre. Solo Dios es juez y examinador de los corazones. El precepto del amor llega también a los enemigos (Mt 5,43-44; Cfr. G.S, 28).

La Iglesia defiende la igualdad esencial entre todos los hombres, y lo fundamenta en que todos los hombres dotados de alma racional, creados a imagen de Dios, tienen una misma

naturaleza y un mismo origen, redimidos por Cristo gozan de una misma vocación y destino divinos.

Aunque no sean iguales en capacidad física, en cualidades intelectuales y morales, deben evitarse toda clase de discriminación en los derechos fundamentales de las personas. Y aunque entre los hombres existan razonables formas de diversidad, la igualdad y dignidad de las personas pide que se vaya llegando a un más humano y equitativo nivel de vida.

Todas las instituciones públicas y privadas deben esforzarse por servir de ayuda a la dignidad y al fin del hombre. (Cfr. G.S, 29). De igual manera, la Iglesia defiende la superación de la ética meramente individualista. Es deber de ética y justicia social el contribuir al bien común según la propia capacidad, las necesidades de los demás, el preocuparse por las necesidades de la sociedad, apreciar las leyes y las ordenanzas sociales, contribuir con justicia y sin fraudes, apreciar las reglamentaciones de la vida social, entre otras (Cfr. G.S, 30).

Se espera que sea para todos como algo inviolable considerar y observar las relaciones sociales como uno de los deberes del hombre de hoy de modo que se produzcan hombres verdaderamente nuevos y artífices de una nueva humanidad, con la necesaria ayuda de la divina gracia.

Presentadas ya las múltiples interdependencias mutuas de la persona humana con el grupo social en el que vive, en el número 27 de la *Gaudium et Spes* se citan algunas consecuencias prácticas más urgentes por parte de la sociedad: Respeto a la persona humana, sentirse absolutamente prójimos de cualquier otro hombre y condena de cualquier asalto a la dignidad humana (homicidios, genocidios, aborto, eutanasia, suicidio voluntario), así como cualquier violación de la integridad humana (torturas corporales o mentales, coacción mental) o lo que ofende a la dignidad humana (condiciones infrahumanas de vida, detenciones arbitrarias, deportaciones, esclavitud, prostitución, trata de blancas y de jóvenes, condiciones ignominiosas de trabajos). Esto afecta a la civilización humana y ofende al Creador: *“cuando hicisteis a uno de estos mis mínimos hermanos, a mí me lo hicisteis”* (Mt 25, 40).

El Concilio señala, a su vez, algunos vínculos que son necesarios para el desarrollo del hombre: La familia y la comunidad política como respuesta más inmediata a su naturaleza profunda. Vamos a dedicar unas sencillas consideraciones sobre la familia postergando para el siguiente apartado algunas consideraciones de la comunidad política en relación con el bien común.

IV. LA FAMILIA

Suena a tópico pero es verdad. La crisis ha llegado no solo a las personas sino también a las instituciones. La familia se ha visto seriamente afectada no solo en cuanto a su vivencia concreta sino, y sobre todo, a su paradigma cristiano y social. Siendo esto cierto y, obviando las múltiples aristas del tema, nos vamos a fijar en los siguientes puntos como desafíos concretos y aportes iluminativos que pueden traducirse en líneas operativas de acción. Según esto, creemos que ha llegado la hora de:

a) Optar por la familia como lo primero y lo principal. Creemos y optamos por la familia como:

- Institución permanente y estable, fiable y necesaria. En ella se aprende a saber vivir y a ser feliz.
- Santuario de la Vida: la familia transmite y protege la vida como misión que se recibe, testifica y eterniza en los hijos.
- Comunidad de relaciones: la relación especial de los padres con sus hijos acentúa la propia identidad personal, el sentido de pertenencia, la conciencia de solidaridad comunitaria, el rico mundo de los valores y de la transcendencia. Para nosotros los creyentes cristianos y católicos es, además, el cenáculo de amor donde se aprende a amar, sufrir, vivir y morir como Dios nos ama, sufre, vive y muere: por Cristo en el Espíritu que se dona por amor a favor de su esposa, la Iglesia, y familia: el Pueblo de Dios. Por ser comunidad de relaciones inmediatas afectivas y de convivencia, y además, comunidad primera y principal transmisora de valores.

- Comunidad formadora de la persona: en la familia nacemos y en la familia nos formamos como personas.
- Primera experiencia de la vida comunitaria: en la familia se aprende a vivir en comunidad.
- Agente de transformación y desarrollo de la sociedad: la familia es la célula primera y vital de la sociedad: “sociedad doméstica”.
- Agente de transformación y desarrollo de la Iglesia: la familia es la Iglesia en casa, donde se comparte la mesa, la oración familiar, el buen ejemplo, las relaciones comunitarias y fraternas, y la caridad con los más necesitados: Iglesia doméstica.

b) Es necesario recuperar una nueva cultura de la familia. Sin familia no hay futuro para la humanidad. Atentar contra la familia es atentar contra la sociedad sana, integradora, servidora, y fecunda para el bien común. Esto es especialmente importante. Interesa, sobre todo a los jóvenes para que puedan “aprender los valores que dan el sentido a la existencia. Por eso tienen el derecho de exigir esa comunidad de vida y de amor que Dios ha querido para el hombre y la mujer”. (Benedicto XVI. Audiencia General 6 Junio de 2012). La familia es, además, comunidad de vida y amor. “Si la sociedad distrae su atención de la familia, va contra sí misma pues debilita la cohesión, la serenidad y su futuro. Por eso, urge recuperar una nueva cultura de la familia, en donde la familia natural sea percibida como el núcleo generador de lo humano y de vivir juntos. Por eso, es única e inigualable” (Cardenal Bagnasco, Arzobispo de Milán, VII encuentro mundial de las familias)

c) Es necesario centrarse en la misión de la familia. La misión de la familia es servir a la vida, cuidarla y desarrollarla. A pesar de la desvalorización procreativa es necesario afirmar que, desde su antropología, el amor conyugal postula fecundidad. Esta apertura a la vida no implica cualquier transmisión de ella. El hijo no debe ser un “accidente biológico”. La humanidad sobrevive y se multiplica por medio de la vida, pero para que ocurra en forma digna del ser humano la procreación debe ser responsable. Esto implica la decisión de los esposos de dar vida como expresión del amor conyugal, decisión asumida en forma discernida y voluntaria, tomando en consideración las necesidades y posibilidades del propio matrimonio, de los hijos tenidos o por tener, de la sociedad y de la

propia Iglesia Católica. Esta responsabilidad en la procreación encierra una tarea educativa para los padres que lleve a plenitud esa vida iniciada en el encuentro sexual. La Iglesia Católica postula un sí a la vida y a su plenitud.

Nada hace al hombre y a la mujer más humanos que el amor. Amor de los padres que sueñan con esperanza y engendran con amor a sus hijos y que guardan inquietos su llegada y los acogen con cariño y los cuidan. El suyo es un amor abnegado y fiel en medio de un mundo, con frecuencia, calculador y hedonista. La familia no es la suma de los egoísmos que se agrandan con la llegada de los hijos. Es el resultado de una entrega incondicional y gozosa. La familia es una comunidad que se desarrolla en el “seno de un hogar”. Y “hogar” significa espacio abierto a la ternura, a las preocupaciones compartidas, a la alegría vivida en común, a la intimidad conyugal en una expresión privilegiada de esa comunión. Es importante resaltar el poder profundamente humano de la casa en sentido de hogar – comunidad. La persona que no goza de ella es como un extranjero en la tierra. El niño que no tiene hogar es un vagabundo con su soledad acuestas. Y si no es a base de un serio trabajo personal y ayudado por otros miembros de la familia llegará a ser un marginado y desintegrado de la sociedad.

La familia, en cuanto a comunidad, es un ámbito de acogida por el cariño y la caridad afectiva. Es el único lugar donde las personas son amadas por sí mismas en cuanto a personas, no por lo que producen o por los papeles que desempeñan. Descubre así su función social, el misterio de su intimidad como persona, el hecho de ser único e intransferible, el alto precio de su vida. En una palabra, descubre la dignidad de su ser persona. Como consecuencia de todo esto podemos concluir que la familia, humaniza porque acoge, porque acepta a cada miembro como es, porque lo quiere y lo valora.

d) Urge por lo tanto apoyar, defender, proteger y evangelizar a la familia como lo que es: escuela natural de valores consistentes, que garanticen hombres y mujeres de bien. Fundamento insustituible de una sociedad sana y viva. La familia es la mejor escuela que existe. Hay muchas escuelas buenas, pero ninguna como una buena y normal familia. La familia es garantía de alto calibre social, moral, religioso y valórico. No olvidemos que no se enseña lo que se sabe o dice. Se enseña lo que se es. Los más altos valores humanos

difícilmente los vivirá la sociedad si antes no se han vivido en la propia célula familiar. Precisamente en la actualidad si algo necesita la sociedad es riqueza valórica. Y la familia es insustituible en este servicio. Sin familia consistente no habrá sociedades consistentes, estables, sanas y esperanzadoras. Serán sociedades inconsistentes, enfermizas y deprimidas. Estarán condenadas a moverse por intereses, no por valores. Serán sociedades interesadas, egoístas y excluyentes.

V. COMUNIDAD POLÍTICO- SOCIAL Y BIEN COMÚN

En su sentido primero se llamó comunidad a aquella organización o sistema conducente al cuidado de la polis, de la ciudadanía, es decir, de los ciudadanos. Hoy, simplificando los conceptos, se suele entender por comunidad política a aquella organización o sistema que garantiza la realización de cada persona y el bien común de todos.

Por supuesto que hay muchas definiciones sobre la comunidad política, sus funciones, sus métodos, su finalidad. Pero hemos preferido esta por lo sencilla y clara y que mejor nos va a servir para iluminar el cometido que se nos ha confiado: la comunidad social y el bien común desde el plan de Dios.

No tratamos de la comunidad política como partidos políticos ni de concreciones partidistas en el desarrollo o ejercicios del servicio a la comunidad. Una comunidad político-social está sólidamente fundada cuando tiende a la promoción integral de la persona y del bien común. La persona humana, de dimensión social ineludible, constitutivamente sociable, es el fundamento y el fin de la convivencia común. Hasta tal punto esto es verdad que no encuentra su plena realización hasta que no supere la lógica de la necesidad para proyectarse en la lógica de la gratuidad y del don. Esta gratuidad y donación responde con mayor plenitud a su esencia y vocación comunitarias.

Según esto la comunidad social:

- a) Deriva de la naturaleza de las personas, cuya conciencia descubre y mana al observar estrictamente el orden inscrito por Dios en todas sus creaturas.
- b) Es una realidad connatural a los hombres (género humano).

- c) Existe para obtener un fin de otra manera inalcanzable: el crecimiento más pleno de cada uno de sus miembros, llamados a colaborar establemente para realizar el bien común bajo el impulso de su natural inclinación hacia la verdad y el bien.
- d) Encuentra, en referencia a la colectividad, su auténtica dimensión: ella es, y debe ser en realidad, la unidad orgánica y organizadora del pueblo. Este vive de la plenitud de vida de los hombres que la componen, cada uno de los cuales es una persona consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones, conservando una insuprimible autonomía en su existencia personal y en los fines que como persona percibe.
- e) La visión cristiana de la sociedad humana y el precepto evangélico de la caridad iluminan a los cristianos y a la sociedad en general; dan el significado más profundo a la convivencia política y otorgan la máxima importancia al valor de la comunidad ya sea como modelo organizativo de la convivencia, ya sea como estilo de la vida cotidiana. Partiendo de que Dios es comunidad y familia, valores tales como la amistad, la fraternidad, el compartir, la comunión y la participación juegan un papel importante en la vida social, política y económica de una nación. Lo que implica desapego a las propias ideas para aceptar la opinión de los demás, y entrar así en un diálogo para buscar juntos el Bien Común; lo que implica desinterés, desapego de los bienes materiales para reconocer las necesidades de los demás.

VI. RESPONSABILIDAD Y PARTICIPACIÓN

El objetivo fundamental de toda verdadera comunidad es la protección, defensa y promoción de los valores humanos.

En la época actual se considera que el bien común consiste principalmente en la defensa de los derechos y deberes de la persona humana. Estos constituyen una norma objetiva que es el fundamento del derecho positivo y que no puede ser ignorada por la comunidad política porque la persona es, desde un punto de vista ontológico y como finalidad, anterior a aquella: por lo tanto, el derecho positivo debe garantizar la satisfacción de las exigencias humanas fundamentales.

Esto significa que la comunidad debe garantizar la posibilidad real de los derechos humanos y del cumplimiento pleno de los respectivos deberes. La plena realización del bien común requiere que la comunidad desarrolle, en el ámbito de los derechos humanos, una doble y complementaria acción de defensa y protección. Toda comunidad necesita una autoridad reguladora aunque pueden darse diferentes modos por los que se constituya y rija. Esta autoridad es necesaria en razón de las tareas que se le asignan y debe ser un componente positivo e insustituible de la comunidad.

Esta autoridad, dada por Dios para el servicio de todos, debe:

- a. Garantizar la vida ordenada y recta de la comunidad sin suplantando la libre actividad de las personas y de los grupos, sino disciplinándola y orientándola hacia la realización del bien común respetando y tutelando la independencia de los sujetos individuales y sociales.
- b. Tener en cuenta la libertad de los individuos y de los grupos orientando esta libertad a respetar y defender la independencia de las personas y grupos para lograr el bien común.
- c. Ejercitarse dentro de la moralidad, del orden jurídico legalmente constituido y orientarse al bien común.
- d. Residir en última instancia en el pueblo que constituye la comunidad política.
- e. Debe reconocer y respetar los valores humanos y morales.
- f. Corresponderse con la dignidad de la persona humana y lo que la recta razón requiera.
- g. Servir a las personas evitando la tentación de buscar el prestigio o el beneficio personal: corrupción, involución, presión injusta, manipulación etc.
- h. Garantizar la libertad, la justicia y el respeto de pensamiento, de acción, de vida, de religión, de cultura, etnia y color.

A su vez los componentes de la comunidad social deben tener en cuenta que en el pueblo reside la soberanía social que, delegada a través de sus legítimos representantes, se actúa, renueva y ejecuta, para el servicio de la colectividad. Estos deben, por tanto, contribuir mediante la participación activa, en responsabilidades colectivas, que mejoren las relaciones, el crecimiento, los valores ético-morales y trascendentes de la comunidad.

Valores como responsabilidad y participación, tolerancia y solidaridad, conocimiento y libertad, igualdad y pluralismo, trascendencia y fe, tradición cultural y progreso, justicia y caridad, reconciliación y paz; son valores necesarios para una convivencia social armónica,

coherente y en mutuo apoyo. En todo esto tiene mucho que aportar hoy el Maestro de Nazaret y la Iglesia como institución, que continúa con la Misión de edificar su proyecto de vida social, lo que Él llamó el Reino de Dios.

Para que esto se lleve a feliz término, es fundamental que los ciudadanos tengan personal y comunitariamente una vida digna. Por lo tanto, no a la pobreza extrema o crítica, a la tiranía, a la incultura, a la marginación, o a la exclusión. Sino que tengan una vida digna que favorezca la educación en valores (ciudadanía educada), la dimensión social de la participación activa y la convivencia armónica y plural. Estos tres aspectos son dimensiones esenciales de la democracia.

Esto no se va a dar si no hay colaboraciones paralelas de otros ámbitos. Es una tarea de corresponsabilidad que implica a la familia, a las instancias culturales, económicas y de gobierno, entre otras, en la tarea educativa y en la competencia de formar, proteger, estimular personas y comunidades comprometidas con el bien común.

La educación en valores debe ser, además, un modo de conciliar el pluralismo (ligado a derechos individuales) y la reciente realidad multicultural en nuestra sociedad (vínculos culturales). En la visión cristiana de la vida es necesario favorecer la educación en los valores cristianos (excelente oportunidad para ponerlo en práctica durante este año de la fe).

Nuestro cristianismo en general es inculto en cuanto a lo que concierne a la fe evangélica y eclesial. Como fruto de ello, se remansa más en pietismos, utilitarismos piadosos y ritualidades bonitas, pero carentes del alma que legitima y expresan esas devociones; y que muchas veces, ocultan la vivencia del acontecimiento creyente revelado en Cristo. Acontecimiento ejecutado por él, dejado como legado a su discipulado y vivido por éste en honda experiencia contemplativo creyente. Operado mediante la caridad solidaria y la entrega de la vida por amor al hombre como hiciera Jesucristo, Señor nuestro, rey de los corazones de los hombres y de las sociedades.

Por tanto, y a esto nos referimos, es tarea de todo discípulo del Señor trabajar por una sociedad más justa, más humana, más creyente, más solidaria, más conciliadora y esperanzada. Gastar su vida en el Proyecto que predicó Jesús y por el cual entregó su vida: El Reino de Dios.

VII. EL VERBO ENCARNADO Y LA SOLIDARIDAD HUMANA

El capítulo II de la *Gaudium et Spes*, cuya reflexión se encomendó a nosotros, termina recogiendo el destino Cristológico de toda auténtica antropología, teología y espiritualidad cristiana: el misterio del Verbo encarnado (GS 22, 1). Es decir, la fe cristiana no cuenta con una definición abstracta de la realidad humana, sino concreta por la que Dios optó. Lo que el hombre es se nos explica en la realidad concreta de Cristo, quien, “siendo imagen de Dios”, es también “hombre perfecto” no ya en el sentido moral, sino ontológico: “Quiso santificar y salvar a los hombres, no individualmente y aislados entre sí, sino constituidos en un pueblo. Ya desde el antiguo Testamento Dios escogió personalmente a los hombres, no solo en cuanto individuos, sino como pertenecientes a una determinada comunidad y los llamó “su pueblo” (Ex 3, 7-12) con el que firmó un pacto en el Sinaí (Ex 24, 1-8). Esta índole comunitaria se perfecciona y consuma en la obra de Jesucristo. Quien se encarna y se hace partícipe de la vida social humana. Revela el amor del Padre y la excelsa vocación del hombre, santifica las relaciones humanas y se somete voluntariamente a las leyes de su patria. Quiso llevar una vida idéntica a la de cualquier ser humano de su tiempo y de su región. Encarga claramente a los hijos de Dios que se comporten entre sí como hermanos, que sean “una misma cosa” Él mismo como redentor fue redentor de todos dando la vida en la cruz por todos. A sus apóstoles manda predicar a todas las gentes el mensaje evangélico para que todo el género humano se convirtiera en familia de Dios en la que la plenitud de la ley fuera el amor. Primogénito entre muchos hermanos constituye, por el don de su Espíritu, una nueva comunidad fraternal que se realiza entre todos los que le aceptan a Él por la fe y por la caridad. En este cuerpo suyo, que es la Iglesia, todos, miembros los unos de los otros, deben ayudarse mutuamente según la variedad de sus dones o carismas. Esta solidaridad deberá ir siempre en aumento hasta la parusía final (Cfr. GS, 22).

La existencia de Jesús fue una existencia totalmente orientada y vivida para los otros, especialmente para el OTRO (Dios). Jesús estaba absolutamente abierto a todos sin discriminar a nadie, especialmente a los más descalificados desde el punto de vista religioso y social. (Mc 2, 15-17). El amor a los enemigos que el predicó (Mt 5, 44) lo vivió personalmente, perdonando a quienes lo habían levantado en la cruz (Lc 23, 34). No poseía esquemas prefabricados. Era liberal frente a la ley, pero exigente y riguroso en relación a las exigencias del amor. Su muerte fue la consecuencia de su fidelidad a la misión y a los hombres, a los que amó hasta el extremo (Jn 13, 1). Jesús fue un ser vacío de sí mismo. Por eso pudo estar lleno de los otros y su ser fue constantemente un ser para los otros, especialmente para el OTRO a quien llama Abba Padre. Su intimidad con el Padre era tan profunda que Juan pone en boca de Jesús estas palabras: “El Padre y yo somos una sola cosa” (Jn 10, 30) saliendo de sí es como el hombre permanece más profundamente en sí. Por eso fue el hombre por excelencia “ecce homo”. Su radical humanidad la obtuvo mediante la entrega de sí mismo por amor a su Padre, a los demás y para los demás con los que se identifica.

Del modo de ser Jesús para los demás deducimos cuál es el verdadero ser y existir del hombre: Total apertura al mundo, al otro, a Dios. Cuanto más sale de sí y se relaciona, más crece en sí mismo y más humano se hace. Cuanto más está en el otro, más está en sí mismo y más yo se hace. Cuanto más estaba Jesús en Dios, más estaba Dios en Él. Cuanto más estaba el hombre-Jesús en Dios, más se divinizaba. Cuanto más estaba Dios en Jesús, más se humanizaba. Por eso podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que Jesús es el paradigma de hombre para todo hombre. Jesús es el hombre capaz de humanizar a todos los hombres y enseñarles el camino de la paz y la alegría, la solidaridad y la entrega de la vida por el hombre: Jesús, verdaderamente hombre y verdaderamente Dios. Todo y todos deben ser pensados y actuados a partir de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

“Cuanto más firme y amorosa sea nuestra unión con Dios, tanto más sublime y feliz será; y cuanto más sujetos estemos a Él, más libres seremos” (De las costumbres de la Iglesia Católica, I parte, cap. 12, 21).

TEMA 5:

EL TRABAJO, ACTIVIDAD HUMANA EN EL MUNDO: PROGRESO TEMPORAL Y CRECIMIENTO DEL REINO DE CRISTO (CFR. GS 11. 33 – 39).

LA ACTIVIDAD HUMANA EN EL MUNDO

Al celebrar los 50 años de la apertura del Vaticano II y analizando los documentos que en sus tres años de duración se promulgaron, descubrimos en sus páginas el gran don del Espíritu para su Iglesia que desea ser Madre y Maestra de las gentes, acompañando al hombre en su caminar hacia Dios. El presente trabajo trata de dar algunas luces sobre la comprensión de la actividad humana en el mundo tratando de especificar ¿cuál es su valor?, el uso que a ella atribuimos y el fin al cuál tiende.

El presente artículo estará dividido en dos partes. En la primera abordaremos el tema de la actividad humana en el mundo desde la palabra de Dios y en la segunda trataremos de desvelar una espiritualidad del trabajo a la luz de *Gaudium et Spes* y de *Laborem Exercens*.

1. LA ACTIVIDAD HUMANA EN EL MUNDO

El capítulo III de la constitución pastoral *Gaudium et Spes*¹ nos presenta el Tema de la Actividad Humana, la cual se comprende como “Todo aquel esfuerzo humano, ya sea por medio de su trabajo o de su ingenio, por perfeccionar su vida y la de sus hermanos.

¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), *constitución pastoral de la Iglesia sobre el mundo contemporáneo*, AAS 58 (1966) 1052 - 1057

Cooperando así con la obra creadora de Dios”. Frente al mundo que se vivía hace 50 años y en el que actualmente vivimos; donde las ciencias y la técnica se perfeccionan cada día, y a veces, sin tener encuenta el valor y la dignidad del propio hombre. La Iglesia se propone iluminar el saber humano con la luz de la fe, ayudando al hombre a cumplir el proyecto que Dios ya había planificado para él desde un principio.

1.1. El valor de la actividad humana:

Dios desde el mismo instante de la creación tiene en mente al hombre como Señor de lo creado. Esta realidad esbozada ya al principio del Génesis posee una doble dimensión. Por un lado el señorío del hombre como algo querido por Dios y por otro, la responsabilidad que el hombre posee como administrador de la creación confiada por Dios, de la cual deberá dar cuenta a su creador a ejemplo de la parábola del Rey y los administradores (Mt 25, 14 – 30)

1.2. La Creación del Hombre: origen de la Actividad Humana.

Haciendo un análisis del texto del Génesis 1, 26 – 28 ² podemos descubrir una doble visión sobre el trabajo. Por un lado, una visión positiva entendida en primer lugar como un mandamiento del Creador: habiendo colocado (Dios) al hombre en un jardín, le da el poder sobre la tierra y, en segundo lugar como *imago Dei*, lo hace copartícipe de su obra creadora; y la otra negativa por la cual el trabajo aparece como fatiga y pena impuesta al hombre al rechazar el plan de Dios en su vida.³

Esta actividad humana, nace en el momento mismo de nuestra creación, posee algunas dimensiones específicas que van configurando el deseo de Dios para el hombre y revelan el rol que el trabajo tiene tanto en Dios como en el hombre.

² Relato Sacerdotal (P) de la creación del hombre y la mujer está formado por: La intención divina es expresada en el “hagamos al hombre”, revelado no como una orden, sino el anuncio de un propósito (1, 26); “El hombre es imagen y semejanza de Dios”, y rápidamente dice macho y hembra los creo. “La sexualidad es un aspecto integrante” de esta semejanza que el hombre tiene con Dios (1, 27b); El aspecto que sobresalta es aquello de la fecundidad, siendo coherente “la bendición divina” en la multiplicación de la especie (1, 28); Toda la creación en su conjunto, no solo sus componentes, es declarada “buena”. Porque solo con el hombre cobra el obrar de Dios su record de bondad; ahora todo está excelentemente hecho (1, 29-31).

³ MATTAL, GIUSEPPE, *Problemi etici della vita economica, in Corso di morale* (Goffi Tullo – Piana Giannino), Koinonia Etica della vita sociale, Editrice Queriniana, Italia. 1991Pág 460

1.2.1. Dimensión divina del trabajo:

Como nos dice Karl Rahner en su tratado sobre la Trinidad, “podemos llegar a conocer la Trinidad Inmanente por la acción de la Trinidad Económica”⁴. Partiendo de este presupuesto podemos afirmar que el trabajo creador de Dios Padre, exprime como una magnífica analogía, al mismo Dios y a su vez, el trabajo creador del hombre, comprendido en la doble dimensión: como obra plasmada de las manos de Dios y como copartícipe de su creación, *exprime la semejanza divina*. Es el hombre y la mujer en el mundo: epifanía, continuidad y renovación del plan de Dios sobre su creación por medio del trabajo.

El trabajo recibe desde un principio esta dimensión divina. Es el lugar donde el hombre expresa su vocación y actualiza su unidad con Dios.

“El hombre tiene que imitar a Dios tanto trabajando como descansando, dado que Dios mismo ha querido presentarle la propia obra creadora bajo la forma *del trabajo y del reposo*. Por lo tanto, el trabajo humano no sólo exige el descanso cada «siete días», sino que además no puede consistir en el mero ejercicio de las fuerzas humanas en una acción exterior; debe dejar un espacio interior, donde el hombre, convirtiéndose cada vez más en lo que por voluntad divina tiene que ser, se va preparando a aquel «descanso» *que el Señor reserva a sus siervos y amigos*.”⁵

1.2.2. Dimensión Social del trabajo

Luego del acto creador, del hombre y la mujer por este “*Hagamos*” (Gen 1, 26) expresa la magnificencia Divina. Dios da al hombre su primer mandato: “y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra” (Gen 1, 26). Este mandato se vuelve a repetir como parte de la bendición matrimonial sobre la primera pareja humana: “Sed

⁴ RAHNER, KARL, *La Trinità*, Collana: Biblioteca di teologia, Editrice Quereniana, Italia 2008 (4)

⁵ GIOVANNI PAOLO II, *Laborem exercens*: AAS 73 (1981) 577-647, n° 7

fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra." (Gen 1, 27).

Este mandato, expresa en palabras bíblicas, no solo la soberanía del hombre⁶, sino su deber y responsabilidad ética sobre lo creado. El hombre es a la vez soberano y administrador de lo creado. En la primera se encuentra su grandeza en la segunda se encuentra su condena: grandeza al ser el primero de la creación; condena al tener que presentar cuentas a Dios por sus decisiones y acciones sobre la creación encomendada a sus manos.

1.2.3. La dimensión valórica del trabajo

En el trabajo, como lo expresa "*Laborem Exercens*", se debe distinguir su dimensión objetiva de su dimensión subjetiva. Como dimensión objetiva se comprende el trabajo realizado en sí, sus procesos, mecanismos, sus objetos y fines, mientras que la dimensión subjetiva del trabajo comprende: "Al sujeto que realiza el trabajo. Todo trabajo es realizado por una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo."⁷ Y es en este punto donde el trabajo recibe su valor ético. Desde el texto bíblico este valor es comprendido desde la perspectiva del dominio (el Hagamos Divino) "Ese dominio se refiere en cierto sentido a la dimensión subjetiva más que a la objetiva: esta dimensión condiciona la misma esencia ética del trabajo".⁸

Esta distinción que puede resultar puramente académica, posee un valor ético profundo. Ya que para nosotros cristianos, nos recuerda Juan Pablo II, el trabajo humano "desde el punto de vista objetivo, no pueda o no deba ser de algún modo valorizado y cualificado. Quiere decir solamente que el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto. A esto va unida inmediatamente una consecuencia muy importante de

⁶ Hoy quedamos atónitos frente a la cantidad de descubrimientos y adelantos científicos por los cuales el hombre no solo ha podido desentrañar los secretos de la materia subatómica, sino que además se perfila a descubrir los secretos de todo el universo: los adelantos en ingeniería genética, en física atómica, en agricultura y en ingeniería, han dado al hombre un bienestar jamás pensado, pero a la vez la desconexión que se da entre fe y conocimiento o entre comprensión de que él es hombre y hasta donde la ciencia puede llegar sin lesionar la integridad del hombre y del mundo son hoy un debate candente.

⁷ GIOVANNI PAOLO II, *Laborem exercens*, n° 6

⁸ Idem., n° 6

naturaleza ética: es cierto que el hombre está destinado y llamado al trabajo; pero, ante todo, el trabajo está «en función del hombre» y no el hombre «en función del trabajo».”⁹ Por ello el trabajo prende su valor no por la cantidad de bienes o por su importancia social, sino más bien su importancia se mide con “el metro de la dignidad del sujeto mismo del trabajo, es decir, el hombre que lo realiza”¹⁰

1.2.4. La dimensión cósmica del trabajo

El trabajo se presenta ante el hombre como mandato, elección y responsabilidad. Esta dimensión ético – religiosa del trabajo, que ya hemos esbozado, se presenta en el texto bíblico del Génesis, asumiendo la caída del hombre, por el pecado. Este hecho cambia, radicalmente, no solo el plan divino sobre el trabajo, sino que pone sobre los hombros de esta humanidad caída un yugo difícil de llevar. Los textos del Antiguo Testamento están llenos de expresiones donde confirman esta sentencia: dolor y llanto por el trabajo (Jer 31, 16); el hombre suspira como esclavo por descanso y por su salario (Job 7, 1-2); el trabajo forzado impuesto por el rey David (2 Sam 12, 31); el trabajo amarga la vida de los cautivos y reduce a servidumbre (Ex 1, 13 – 14.) el trabajo ayuda a no estar ocioso y es señal de castigo (Eclesiástico 33, 25 – 29); y en especial el texto de Eclesiastés 2, 22 – 23 donde dice:

Pues ¿qué le queda a aquel hombre de toda su fatiga y esfuerzo con que se fatigó bajo el sol? Pues todos sus días son dolor, y su oficio, penar; y ni aun de noche su corazón descansa. También esto es vanidad.

La figura de Dios en el Antiguo Testamento es presentada como el salvador de la esclavitud, Él es quien libra de la opresión, mientras el trabajo del hombre es presentado como una obra incompleta y con falta de sentido: “Solo la bendición de Dios porta al cumplimiento y la verdadera felicidad del hombre”¹¹. Por ello el pueblo de Israel festeja con gloria la primera alianza y las promesas de Yahvé: una tierra libre de trabajos duros y esclavizantes; una tierra donde mana leche y miel (Ex 3, 17; 33, 3); una tierra que será la

⁹ Idem., n° 6

¹⁰ Idem., n° 6

¹¹ GIUSEPPE MATTAL, *Problemi etici della vita economica, in Corso di morale* (Goffi Tullo – Piana Giannino), Koinonia Etica della vita sociale, Editrice Quereniana, Italia. 1991Pág 461

aliada del hombre en un trabajo paradisiaco acompañado por el mismo Yahvé, Dios de su pueblo (Ez 36, 27 – 37).

¡Oh, todos los sedientos, id por agua, y los que no tenéis plata, venid, comprad y comed, sin plata, y sin pagar, vino y leche! (Is 55, 1)

1.3. El uso de las cosas terrenas:

Toda actividad humana “procede del hombre y se ordena al hombre”, esta sencilla frase expresa con toda la fuerza el plan de Dios en la Creación. El hombre con su trabajo no solo busca satisfacer sus necesidades y las de su familia, sino que ayuda al progreso de toda la humanidad, cumpliendo así su vocación.

Toda actividad humana realiza una triple finalidad que debe gobernar todo su quehacer:

1. Modificar el cosmos, adaptándolo a su propia necesidad;
2. Modificar contemporáneamente a sí mismo, creciendo en humanidad;
3. Modificar el cosmos y a sí mismo con la finalidad suprema de servir a sus hermanos en la caridad.¹²

Por ello existe un “*propositum Dei*” al cual el hombre, individual y colectivamente, trata de responder. Esta finalidad no debe ser eliminada a la hora de presentar una reflexión sobre el trabajo.

Si bien hoy en día la reflexión ecológica nos plantea preguntas urgentes que debemos responder, debido a una larga historia de abusos de nuestros propios recursos y de nuestra propia tierra, no debemos de olvidar que el hombre es a la vez administrador, de donde le viene su responsabilidad y Señor de dónde le viene su autoridad. Tratar de congeniar estos dos puntos es el camino necesario a la hora de hablar de una economía eco–sustentable donde el hombre trabajador como la propia naturaleza no sufran, sino que se vean beneficiados.

¹² MARCIANO VIDAL, *Manuale di Etica Teológica*, Editore Cittadella, Italia 1994.

El trabajo humano debe ir de la mano del progreso en humanidad. Todos los descubrimientos científicos y técnicos deben ir orientados en esta vía. Por ello toda técnica o investigación que dañe o lesione la integralidad del hombre, a saber: clonación, crio Génesis, investigación de fármacos en humanos, técnicas de guerra, técnicas de manipulación publicitaria, etc. Van en contra del real poder del hombre sobre la creación. Este es el verdadero sentido del señorío del hombre sobre lo creador: progresar por medio de su razón a la luz de la fe creciendo en humanidad, tanto a nivel intelectual, espiritual o físico.

“El trabajo es un bien del hombre. Si este bien comporta el signo de un «bonum arduum», según la terminología de Santo Tomás; esto no quita que, en cuanto tal, sea un bien del hombre. Y es no sólo un bien «útil» o «para disfrutar», sino un bien «digno», es decir, que corresponde a la dignidad del hombre, un bien que expresa esta dignidad y la aumenta. Queriendo precisar mejor el significado ético del trabajo, se debe tener presente ante todo esta verdad. El trabajo es un bien del hombre —es un bien de su humanidad—, porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en un cierto sentido «se hace más hombre».”¹³

Todo este progreso en humanidad debe ir de la mano con un aumento de la fraternidad, por medio de la caridad. Hoy en día seguimos contemplando como en algunos países del mundo las desigualdades sociales y económicas provocan guerras y hambre, siendo siempre los más pobres aquellos que más sufren. Nuestro trabajo dentro del plan de Dios tiene una finalidad diversa. Mi trabajo debe comprenderse dentro de la solidaridad y fraternidad para con mis hermanos especialmente más necesitados.

“Todo esto hace que el hombre concilie su más profunda identidad humana con la pertenencia a la nación y entienda también su trabajo como incremento del bien común elaborado juntamente con sus compatriotas, dándose así cuenta de que por este camino el

¹³ GIOVANNI PAOLO II, *Laborem exercens*, n° 9

trabajo sirve para multiplicar el patrimonio de toda la familia humana, de todos los hombres que viven en el mundo¹⁴”.

En Nuestra Regla de Nuestro Padre San Agustín nos habla sobre esta dimensión social del trabajo y lo expresa como signo de perfección de aquello que han dejado todo y desean servir con su trabajo a sus hermanos. En ella leemos:

“que ninguno trabaje en nada para sí mismo, sino que todos sus trabajos se realicen para el bien de la Comunidad, con mayor cuidado y prontitud de ánimo que si cada uno lo hiciese para sí. Porque la caridad, de la que está escrito que no “busca los propios intereses” (1 Cor 13, 5), se entiende así: que antepone las cosas de la Comunidad a las propias y no las propias a las comunes. Por consiguiente, conocerán que han adelantado en la perfección tanto más cuanto mejor cuiden lo que es común que lo que es propio; de tal modo que, en todas las cosas que utiliza la necesidad transitoria, sobresalga la caridad, que permanece.¹⁵

1.4. El fin de los esfuerzos humanos:

La autonomía de la realidad temporal quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco. Y no que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras.

2. ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO

Analizar la espiritualidad del trabajo es alcanzar el verdadero significado que en Dios posee toda actividad humana.

El trabajo debe ser vivido como participación en la obra del Creador. Esta realidad implica una dimensión profunda que el texto de Laborem Excersens llama *el primer Evangelio del*

¹⁴ Idem. N° 9.

¹⁵ Regla de San Agustín V, 31.

Trabajo: “Ella demuestra, en efecto, en qué consiste su dignidad; enseña que el hombre, trabajando, debe imitar a Dios, su Creador, porque lleva consigo —él solo— el elemento singular de la semejanza con Él. El hombre tiene que imitar a Dios tanto trabajando como descansando, dado que Dios mismo ha querido presentarle la propia obra creadora bajo la forma *del trabajo y del reposo*”¹⁶

El trabajador Cristiano encuentra en Cristo “el auténtico hombre de trabajo”. Jesús se presenta ante las autoridades de Israel como el hijo del carpintero (Mc 6, 2-3) y no solo eso tiene una mirada de amor por el trabajo. Su anuncio del evangelio es presentado como verdadero trabajo que merece una paga (Lc 10, 7).

La vida del trabajo alcanza su sentido profundo si es experimentado a la luz de la cruz y de la resurrección. Todo trabajo se encuentra unido a la fatiga. Esta fatiga, es expresada en forma dolorosa en el Génesis:

"Maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan." (Gen 3, 17 – 18) Este dolor unido al trabajo señala el camino de la vida humana sobre la tierra y constituye *el anuncio de la muerte*¹⁷: hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás.

Ahora bien, Cristo con su trabajo fatigoso y doloroso hasta la muerte, y una muerte en Cruz (Fil 2, 6-8), nos abre las puertas de la salvación. Aquello que habíamos perdido por la desobediencia del primer Adán con la obediencia del segundo Adán lo hemos recuperado (1 Cor 15, 21 – 28). Este sufrimiento nos recuerda san Pablo en la carta a los Colosenses ayuda a nuestra salvación y a completar lo que falta a la pasión de Cristo: Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 24).

Este misterio que solo se comprende a la luz de la Cruz y de la resurrección dan a la condición actual de la humanidad, ofrecen al cristiano y a cada hombre, que ha sido

¹⁶ GIOVANNI PAOLO II, *Laborem exercens*, n° 25

¹⁷ Idem., N° 25

llamado a seguir a Cristo, la posibilidad de participar en el amor a la obra que Cristo ha venido a realizar. Esta obra de salvación se ha realizado a través del sufrimiento y de la muerte de cruz. Soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad. Se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar.¹⁸

Cristo «sufriendo la muerte por todos nosotros, pecadores, nos enseña con su ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hombros de los que buscan la paz y la justicia»; pero, al mismo tiempo, «constituido Señor *por su resurrección*, Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre... purificando y robusteciendo también, con ese deseo, aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta *hacer más llevadera su propia vida* y someter la tierra a este fin»¹⁹

¹⁸ GIOVANNI PAOLO II, *Laborem exercens*, n° 27

¹⁹ Ídem., N° 27

TEMA 6:

LA MISIÓN DE LA IGLESIA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO: RELACIÓN MUTUA DE AYUDA (CFR. GS 11. 40 – 45).

En diversas ocasiones, Juan Pablo II y Benedicto XVI se han referido al Concilio Vaticano II como *el mayor don del Señor a la Iglesia contemporánea*. Una apreciación compartida por los mejores teólogos, historiadores y pastores de nuestro tiempo, que insisten en subrayar la importancia del acontecimiento histórico del Vaticano II, en el desafío aún pendiente de su plena puesta en práctica, y en el peligro de una involución que coloque de nuevo a la Iglesia en la situación y la mentalidad “preconciliar”. Afirmaciones que se fundamentan sin duda en las peculiares características del Concilio que convocara Juan XXIII:

- Es el primer Concilio que en la historia de la Iglesia se convoca para su propia *renovación*, mirando a su conversión y no a su defensa frente a las herejías o enemigos a condenar: un concilio no polémico y defensivo, sino eclesiológico y pastoral
- Desde la *vuelta a las fuentes*, realiza una verdadera revolución de la eclesiología. Presenta a la iglesia como Pueblo de Dios y sacramento universal de salvación, subrayando su dimensión histórica y misionera (LG)
- Consagra un nuevo *método teológico-pastoral*, interdisciplinar, con recurso a las ciencias humanas, que destaca la relación entre fe y praxis cristiana, mediante el esquema ver – juzgar – actuar.
- Acepta el reto del *diálogo con el mundo* (“Del anatema al diálogo” se titulaba un conocido libro de la época conciliar...). La Iglesia no se concibe fuera o sobre el mundo, sino dentro de él y para él: quiere conocer y compartir sus angustias y esperanzas, para ofrecerle el servicio de la evangelización (GS)

IGLESIA – MUNDO

Este último punto reviste sin duda una especial importancia y es central para nuestro tema, porque marca un cambio de mentalidad en la forma de entender la relación, tan conflictiva a través de la historia, entre la Iglesia y el mundo. Así lo explica el teólogo dominicano español Jesús Espeja:

“Durante mucho tiempo los niños aprendíamos de memoria el catecismo que decía: “los tres enemigos del alma son demonio, mundo y carne”. Pero ahora en el Vaticano II la misma Iglesia destaca otra dimensión: este mundo está bendecido y acompañado por Dios. Por "mundo" el concilio entiende *la entera familia humana con todas las realidades en las que vive*. El Creador está continuamente creando y sosteniendo a esa familia humana y a su entorno. Mira siempre a todos y a todo con los ojos del corazón. El mundo está siendo bendecido y acompañado por Dios. Es verdad que todavía sufre la sombra del pecado, pero avanza ya por el camino de salvación abierto en Jesucristo. Bien podemos decir que fuera de este mundo no hay salvación.

Esta forma de mirar al mundo que nos ofreció el Concilio, aunque no niega lo que tenía de válida, *choca sin remedio con otra visión negativa del mundo* que durante mucho tiempo prevaleció en la tradición de la Iglesia Latina. En la cumbre de la Edad Media Inocencio III escribió un libro titulado “El desprecio del mundo”, mientras “La imitación de Cristo”, cuyo autor fue Tomás de Kempis (1380-1471) donde acercarse al mundo incluye alejamiento de Dios, ha sido referencia muy frecuentada en siglos de Contrarreforma.

Los religiosos destacaban mucho la “huida del mundo”, y los seglares con frecuencia pensaban que su perfección consistía en imitar a los religiosos. Pero la novedad del Concilio que responde a la fe cristiana en la encarnación, nos permite interpretar y practicar la “huida del mundo” con mayor lucidez evangélica. No se trata de alejarnos de la familia humana y de todos sus problemas; gozos y esperanzas; logros y fracasos de la humanidad son también de la Iglesia que corre su misma aventura. Se trata de entrar en el corazón del mundo sin arrodillarnos ante los ídolos o falsos absolutos que lo desfiguran”

LA CONSTITUCIÓN PASTORAL “GAUDIUM ET SPES”

De acuerdo a esta perspectiva, las dos grandes Constituciones que constituyen el eje vertebrador del Concilio Vaticano II son la Constitución sobre la Iglesia (LG, *Lumen gentium*) y la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual (GS, *Gaudium et spes*). Esta última afirma explícitamente (GS 11) que:

- ✓ “El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios”
- ✓ “El Concilio se propone, ante todo, juzgar bajo esta luz los valores que hoy disfrutaban la máxima consideración y enlazarlos de nuevo con su fuente divina. Estos valores, por proceder de la inteligencia que Dios ha dado al hombre, poseen una bondad extraordinaria; pero, a causa de la corrupción del corazón humano, sufren con frecuencia desviaciones contrarias a su debida ordenación. Por ello necesitan purificación”
- ✓ La doctrina conciliar **“hará ver con claridad que el Pueblo de Dios y la humanidad, de la que aquél forma parte, se prestan mutuo servicio, lo cual demuestra que la misión de la Iglesia es religiosa y, por lo mismo, plenamente humana”.**

Para ello, la *Gaudium et spes* dedica todo un capítulo (GS 40-45) a analizar la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo, comenzando por analizar sus relaciones mútua: (GS 40):

- La Iglesia “existe en este mundo y vive y actúa con él”
- Es una "entidad social visible y comunidad espiritual", que “avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios”.
- “Al buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no sólo comunica la vida divina al hombre, sino que además difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de su luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profundos”.

- Así, la Iglesia católica, lo mismo que otras Iglesias y comunidades cristianas, “puede ofrecer gran ayuda para dar un sentido más humano al hombre y a su historia” a la vez que “Tiene asimismo la firme persuasión de que el mundo, a través de las personas individuales y de toda la sociedad humana, con sus cualidades y actividades, puede ayudarla mucho y de múltiples maneras en la preparación del Evangelio”

AYUDA QUE LA IGLESIA PROCURA PRESTAR A CADA HOMBRE

El Concilio (GS 41) la resume en los tres puntos siguientes:

- Ayuda para descubrir el sentido de la vida: En un texto que recuerda el “Nos hiciste Señor para Ti...” de S. Agustín, GS afirma que *“Como a la Iglesia se ha confiado la manifestación del misterio de Dios, que es el fin último del hombre, la Iglesia descubre con ello al hombre el sentido de la propia existencia, es decir, la verdad más profunda acerca del ser humano. Bien sabe la Iglesia que sólo Dios, al que ella sirve, responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, el cual nunca se sacia plenamente con solos los alimentos terrenos”. Por eso, “Siempre deseará el hombre saber, al menos confusamente, el sentido de su vida, de su acción y de su muerte. La presencia misma de la Iglesia le recuerda al hombre tales problemas; pero es sólo Dios, quien creó al hombre a su imagen y lo redimió del pecado, el que puede dar respuesta cabal a estas preguntas, y ello por medio de la Revelación en su Hijo, que se hizo hombre”.*
- Ayuda para descubrir y consolidar la dignidad humana y la libertad de las personas : *“la Iglesia puede rescatar la dignidad humana del incesante cambio de opiniones que, por ejemplo, deprimen excesivamente o exaltan sin moderación alguna el cuerpo humano. No hay ley humana que pueda garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre con la seguridad que comunica el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia. El Evangelio anuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios, rechaza todas las esclavitudes, que derivan, en última instancia, del pecado; respeta santamente la dignidad de la conciencia y su libre decisión; advierte sin cesar que todo talento humano debe redundar en servicio de Dios y bien de la humanidad; encomienda, finalmente, a todos a la caridad de todos”.*

- Ayuda para defender los derechos humanos : *“La Iglesia, pues, en virtud del Evangelio que se le ha confiado, proclama los derechos del hombre y reconoce y estima en mucho el dinamismo de la época actual, que está promoviendo por todas partes tales derechos. Debe, sin embargo, lograrse que este movimiento quede imbuido del espíritu evangélico y garantizado frente a cualquier apariencia de falsa autonomía. Acecha, en efecto, la tentación de juzgar que nuestros derechos personales solamente son salvados en su plenitud cuando nos vemos libres de toda norma divina. Por ese camino, la dignidad humano no se salva; por el contrario, perece”.*

AYUDA QUE LA IGLESIA PROCURA DAR A LA SOCIEDAD HUMANA

El n. 42 de la GS podría interpretarse hoy como un canto a la *verdadera globalización*, que fortalece la unión de la familia humana a todos los niveles, y a la que la Iglesia-comunión puede contribuir en grado sumo:

“La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina. Más aún, donde sea necesario, según las circunstancias de tiempo y de lugar, la misión de la Iglesia puede crear, mejor dicho, debe crear, obras al servicio de todos, particularmente de los necesitados, como son, por ejemplo, las obras de misericordia u otras semejantes”.

“La Iglesia reconoce, además, cuanto de bueno se halla en el actual dinamismo social: sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización civil y económica. La promoción de la unidad concuerda con la misión íntima de la Iglesia, ya que ella es "en Cristo como sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano". Enseña así al mundo que la genuina unión social exterior procede de la unión de los espíritus y de los corazones, esto es, de la fe y de la caridad, que constituyen el fundamento indisoluble de su unidad en el Espíritu Santo. Las energías que la Iglesia puede comunicar a la actual sociedad humana radican en esa fe y en esa caridad aplicadas a la vida práctica. No radican en el mero dominio exterior ejercido con medios puramente humanos”.

AYUDA QUE LA IGLESIA, A TRAVÉS DE SUS HIJOS, PROCURA PRESTAR AL DINAMISMO HUMANO

GS 43 es un riquísimo texto que subraya la necesidad de una espiritualidad encarnada que se vive en el compromiso temporal, aclara la complementariedad de todas las vocaciones y señala el campo propio de la vocación laical, y reconoce abierta y humildemente que toda la Iglesia (Obispos incluidos) tiene que aprender a dialogar con el mundo. Son principios conciliares de plena actualidad, que por desgracia no están todavía suficientemente presentes en la doctrina y la vida de la Iglesia, y que por eso vale la pena meditar:

▪ *“El Concilio exhorta a los cristianos, ciudadanos de la ciudad temporal y de la ciudad eterna, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno. Pero no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época. Ya en el Antiguo Testamento los profetas reprendían con vehemencia semejante escándalo. Y en el Nuevo Testamento sobre todo, Jesucristo personalmente conminaba graves penas contra él. No se creen, por consiguiente, oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa por otra. El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación. Siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrense los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios”.*

▪ *“Competen a los laicos propiamente, aunque no exclusivamente, las tareas y el dinamismo seculares. Cuando actúan, individual o colectivamente, como ciudadanos del mundo, no solamente deben cumplir las leyes propias de cada disciplina, sino que deben esforzarse por adquirir verdadera competencia en todos los campos. Gustosos colaboren con quienes buscan idénticos fines. Conscientes*

de las exigencias de la fe y vigorizados con sus energías, acometan sin vacilar, cuando sea necesario, nuevas iniciativas y llévenlas a buen término. A la conciencia bien formada del seglar toca lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena. De los sacerdotes, los laicos pueden esperar orientación e impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan. No es ésta su misión. Cumplen más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del Magisterio". (Y los laicos pueden libremente asumir opciones diversas, sin pretender imponerlas como las únicas posibles desde el Evangelio)

- *"Recuerden todos los pastores, además, que son ellos los que con su trato y su trabajo pastoral diario exponen al mundo el rostro de la Iglesia, que es el que sirve a los hombres para juzgar la verdadera eficacia del mensaje cristiano. Con su vida y con sus palabras, ayudados por los religiosos y por sus fieles, demuestren que la Iglesia, aun por su sola presencia, portadora de todos sus dones, es fuente inagotable de las virtudes de que tan necesitado anda el mundo de hoy. Capacítense con insistente afán para participar en el diálogo que hay que entablar con el mundo y con los hombres de cualquier opinión".*
- *"(La Iglesia) sabe, sin embargo, muy bien que no siempre, a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al espíritu de Dios. Sabe también la Iglesia que aún hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el Evangelio. Dejando a un lado el juicio de la historia sobre estas deficiencias, debemos, sin embargo, tener conciencia de ellas y combatirlas con máxima energía para que no dañen a la difusión del Evangelio. De igual manera comprende la Iglesia cuánto le queda aún por madurar, por su experiencia de siglos, en la relación que debe mantener con el mundo. Dirigida por el Espíritu Santo, la Iglesia, como madre, no cesa de "exhortar a sus hijos a la purificación y a la renovación para que brille con mayor claridad la señal de Cristo en el rostro de la Iglesia".*

AYUDA QUE LA IGLESIA RECIBE DEL MUNDO MODERNO

GS 44 reconoce lo mucho que la Iglesia tiene que agradecer al género humano a lo largo de la historia. Especialmente a las diversas culturas, al progreso científico, a los expertos en las diversas materias y a todos cuanto promueven el dinamismo de la sociedad (sean o no creyentes) e incluso a quienes se oponen a ella:

- *“La experiencia del pasado, el progreso científico, los tesoros escondidos en las diversas culturas, permiten conocer más a fondo la naturaleza humana, abren nuevos caminos para la verdad y aprovechan también a la Iglesia. Esta, desde el comienzo de su historia, aprendió a expresar el mensaje cristiano con los conceptos y en la lengua de cada pueblo y procuró ilustrarlo además con el saber filosófico. Procedió así a fin de adaptar el Evangelio a nivel del saber popular y a las exigencias de los sabios en cuanto era posible. Esta adaptación de la predicación de la palabra revelada debe mantenerse como ley de toda la evangelización. Porque así en todos los pueblos se hace posible expresar el mensaje cristiano de modo apropiado a cada uno de ellos y al mismo tiempo se fomenta un vivo intercambio entre la Iglesia y las diversas culturas”.*
- *“La Iglesia necesita de modo muy peculiar la ayuda de quienes por vivir en el mundo, sean o no sean creyentes, conocen a fondo las diversas instituciones y disciplinas y comprenden con claridad la razón íntima de todas ellas. Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada”.*
- *“La Iglesia reconoce agradecida que tanto en el conjunto de su comunidad como en cada uno de sus hijos recibe ayuda variada de parte de los hombres de toda clase o condición. Porque todo el que promueve la comunidad humana en el orden de la familia, de la cultura, de la vida económico-social, de la vida política, así nacional como internacional, proporciona no pequeña ayuda, según el plan divino, también a la comunidad eclesial, ya que ésta depende asimismo de las realidades externas. Más aún, la Iglesia confiesa que le han sido de mucho provecho y le pueden ser todavía de provecho la oposición y aun la persecución de sus contrarios”.*

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

GS 45 concluye que *“La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es “sacramento universal de salvación”, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre.....: “Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra” (Eph 1,10)”*.

No sería muy difícil relacionar esta doctrina conciliar con la Idea de la *Iglesia peregrina* y las *relaciones entre la Ciudad de Dios y la ciudad terrena* que San Agustín expone en su *De Civitate Dei*.

Pero para terminar, podemos pensar o dialogar sobre los siguientes puntos:

- 1. Con frecuencia pensamos y hablamos muy negativamente del mundo, de la gente, de la sociedad, de la cultura actual, de los políticos, de los jóvenes....: ¿está nuestra mentalidad de acuerdo con la del Concilio Vaticano II o somos una Iglesia cerrada, no dialogante, más juez que madre?**
- 2. Leer GS 41: nuestras comunidades y nuestra acción pastoral, ¿ayudan realmente así a las personas? ¿En qué sí o en qué no, y por qué?**
- 3. Leer GS 42: ¿qué pensamos de la globalización? ¿qué podríamos y deberíamos aportar como cristianos, religiosos, agustinos, a la actual situación de crisis?**
- 4. Leer GS 43: ¿tenemos una teología del laicado acorde con el Vaticano II? ¿Pensamos en los laicos como constructores de una sociedad nueva y les animamos a serlo, o nos conformamos con tener monaguillos y catequistas?**
- 5. A la luz de GS 44, ¿cómo entender la nueva evangelización? ¿qué cosas positivas nos aporta la cultura actual?**

NOTA: se puede elegir alguno de los puntos de reflexión y diálogo, o hablar en general de la Misión de la Iglesia peregrina en el mundo...



TEMA 7:

LA VERDAD SOBRE EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA: SU CARÁCTER SAGRADO.

(CFR. GS 46. 47 – 52).

Los padres conciliares ya veían el tema del matrimonio y familia como un desafío tanto para la reflexión teológica pastoral como para la intervención pastoral, y ponían el tema como el primero de una lista sobre algunos problemas más urgentes (GS 46).

Es que poner como objeto de nuestra contemplación al matrimonio y la familia es poner en nuestro foco la fuente de la vida, el espacio primigenio del que todos venimos. Por eso el Concilio pedía explícitamente que sobre el matrimonio y la familia: “Sobre cada una de ellas debe resplandecer la luz de los principios que brota de Cristo, para guiar a los cristianos e iluminar a todos los hombres en la búsqueda de solución a tantos y tan complejos problemas.”

Desde los primeros capítulos de la Sagrada Escritura, Dios se nos revela en la pareja humana. Y al final del Apocalipsis se nos habla de la nueva Jerusalén que baja desde el cielo como “una novia que se apresta a entregarse a su novio”. El matrimonio es una transversalidad en la revelación.

Podríamos comenzar nuestra reflexión invitando a cada uno a pensar en sus padres y en su familia. Y tratar de proyectar sobre ellos el Amor de la Trinidad, ellos así como son, así como han sido, tienen un carácter sagrado, esto es, en ellos *está Dios, portan a Dios*, lo sepan o no. Hagámoslo hoy, nosotros conscientes.

Se puede abordar este tema considerando al matrimonio:

I. Como Vocación

II. La finalidad del matrimonio en el Plan de Dios

Se deja a libertad del predicador trabajar el tema fecundidad en otra charla o momento. La reflexión sobre los hijos necesita un espacio casi tan amplio como el matrimonio en sí. Por lo que será bueno que el predicador lo trabaje con lluvia de ideas, o en trabajo en grupo.

I.- EL MATRIMONIO COMO VOCACIÓN

1.1. Introducción:

Se trata de un tema fundamental, en el sentido más estricto del término: sirve de fundamento a toda una concepción del matrimonio, a todo un estilo de vida matrimonial. Se trata del matrimonio como vocación: el matrimonio es una vocación y sólo se lo puede vivir bien cuando se lo vive como tal.

Evidentemente no todos entienden de igual manera al matrimonio, ni lo viven con el mismo estilo. Podríamos reducir la gran diversidad de conceptos a dos: los que consideran al matrimonio como una vocación, y se esfuerzan por vivirlo así, y... los otros.

1.2 ¿Cómo se vive el matrimonio como una vocación?

Decir que el matrimonio es una vocación implica apreciarlo como una LLAMADA DE DIOS. Para otros será una simple LEY DE LA VIDA, de esas a las que uno se somete porque no hay más remedio, como quien se resigna a que no se pueda ser siempre un niño... o que alguna vez pasen los años despreocupados de la infancia...

O bien será una especie de accidente, producto de juegos complicados de los mecanismos inconscientes cuando no hormonales...

1.2.1. a. Que el matrimonio es una llamada de Dios es una verdad de experiencia: si recordáramos o pensásemos simplemente en la forma como se conocieron nuestros padres o algunos matrimonios cercanos y conocidos nuestros. Si ahora nos pusiéramos a contar la historia del nacimiento de esas parejas, veríamos que para que las sendas se cruzaran

tuvieron que darse tantas coincidencias, que habría que ser muy crédulos para creer que todo es casualidad. Basta un poco de fe, Un mínimo no más, para aceptar que allí estuvo la mano providente del Señor. ¿Acaso no dijo el mismo Jesús que ni un cabello cae de nuestras cabezas sin que el Padre Celestial lo consienta...? Cuánto menos algo tan trascendente para toda la vida de las personas!

1.2.1. b. Se trata de una vocación sagrada. No es correcto restringir el sentido de "vocación" al llamado a la vida sacerdotal o religiosa. Es un mismo Dios quien llama, por caminos distintos, pero todos ellos santos, sagrados... y exigentes. ¡Cómo choca la falta de entrega de un sacerdote o religiosa! ¿Cómo escandaliza su infidelidad! Pues un mismo altar, un mismo Dios fue testigo de sus votos y de la promesa y el compromiso matrimonial...

1.2.1. c. Pero, si el recuerdo del origen divino del llamado debe mover a tomarlo bien en serio, también debe hacer surgir en una profunda esperanza: si Dios es quien los puso en "esto", no hay derecho a no esperar su ayuda! Él es el más interesado en que "lo nuestro"- de cada pareja-, que es "suyo", marche bien...

1.2.1. d. Es verdad que no siempre se descubre el llamado antes de empezar a responderlo. Generalmente se ha recorrido ya un tramo del camino cuando se toma conciencia de toda la dimensión de esa maravillosa aventura. Por eso, no se trata de averiguar si los esposos tienen o no vocación matrimonial. Si han procedido con sencillez y honestidad podemos afirmar que el Señor los unió, los puso en este camino... sólo debieran preguntarse, si están respondiendo como se espera de ellos.

1.2.2. Quien vive el matrimonio como una vocación lo considera el llamado fundamental, prioritario, entre los múltiples llamados que una persona recibe. Es la primera forma de responder a ese llamado al ser que recibió en la creación, y al ser cristiano, que se selló en el bautismo. Para otros el matrimonio es algo más entre muchas cosas, cosas que

generalmente pasan a ocupar un lugar más importante en la escala práctica de valores mientras que el matrimonio y la familia pasan a segundo, tercero o cuarto término...

1.2.2. a. Es común que escuchemos afirmar que: "para mí, la familia es primordial". Pero el orden de los valores no se establece por lo que se dice, sino por el empeño, la creatividad, la dedicación que pone en la práctica. Para saber lo que de veras importa más, hay que ver lo que alegra o preocupa más, lo que eleva o deprime más... lo que es capaz de anular otras alegrías cuando eso no marcha bien, o compensar otras penas cuando va como corresponde.

1.2.2. b. También aquí la historia de varias parejas ofrece un asidero para esta afirmación: en los últimos tramos del noviazgo se apuró el paso para lograr esa profesión, ese empleo, ese negocio que permitiera encontrar la base económica necesaria para lograr la meta ansiada: ¡casarse! Todo lo demás era medio... ¿Qué ocurre que, con el correr del tiempo, el medio se convierte en fin, y el fin, la meta, pasa a ser medio... y el hogar es un lugar de descanso entre dos jornadas de trabajo, o la obsesión por el orden y la prolijidad de la casa lleva a descuidar la calidez del hogar?

1.2.2. c. Hay muchas cosas que hacen difícil mantener la prioridad del matrimonio y la familia. Se puede decir que es como nadar contra corriente. Otras cosas tienen formas más fuertes de exigir la atención.

1.3 Don y tarea.

1. 3.1. Vivir el matrimonio como vocación significa asumirlo como una tarea. Es un don que debe ser conquistado, o el don de poder conquistar, con el esfuerzo de cada uno de la pareja y juntos, la meta anhelada. No es una "lotería" que se compra, a ver si tiene suerte.

1.3.1. a. Dios ofrece oportunidades. La felicidad no existe, sólo existen hombres y mujeres capaces de luchar para alcanzarla. Es muy difícil que se den situaciones en las que sea

imposible construir una vida feliz, un matrimonio feliz, un hogar feliz. Oportunidades seguro que hay: habrá que ver si son aprovechadas.

1.3.1. b. Entre los elementos fundamentales que hacen a la construcción del vínculo conyugal está el diálogo. Por más que "obras son amores", un amor mudo es espantosamente pobre y peligrosamente débil. Las parejas están juntas porque hablaron. Si no se hubieran hablado, todo no habría pasado de suspiros silenciosos, y por vehemente que pudiera haber sido el sentimiento, no habrían llegado a unirse. Hablando se arreglaron, hablando se dieron cuenta de sus coincidencias, y ante el altar de Dios fueron las palabras las que entrelazaron sus vidas.

1.4. Un punto muy importante: una vocación se vive como un ideal que entusiasma, no como un conjunto de deberes. ¡Hay demasiada gente resignada a estar casada! Los deberes conyugales son un punto de partida, no una meta. Quien sólo se preocupa por cumplir el reglamento, no llega a realizar el plan de Dios, ni a construir un matrimonio feliz. ¿Qué responder a quien se pregunte cuánto tiempo debe conversar con su cónyuge para cumplir con la obligación del diálogo? Quien encare así las cosas nunca llegará a nada. Es como comparar al chico que estudia guitarra por vocación con quien estudia por obligación impuesta por mamá: los dos van a clase, hacen tarea, pero... ¡qué diferencia!

1.5. Quizás la característica más práctica para distinguir a quien vive su matrimonio como vocación es el ansia de superación y crecimiento. Otros apenas apuntan a durar. ¡Cuántas parejas creen haber hecho mucho porque nos queremos "como el primer día"! En ningún otro orden de la vida las personas nos contentamos con lo logrado, si podemos más. En la profesión, en los negocios, en el deporte... Si en el matrimonio no se aspira a crecer, terminará por perder lo que tiene y ha logrado. Y hasta es probable que se crea que todo marcha bien porque cada vez se van contentando con menos, rebajando sus ideales en vez de luchar para elevar su realidad.

El divorcio espiritual y sus síntomas:

¿Qué ocurre cuando no se vive el matrimonio como una vocación? ¡Se fracasa! Pero conste que el divorcio abierto y legal no es la única forma de fracaso matrimonial. También está el divorcio espiritual, callado, oculto, pero no menos frustrante ni estéril. Es el matrimonio aburrido, chato, gris, rutinario... sin gracia ni Gracia.

El divorcio espiritual es una verdadera epidemia. Imposible dar números estadísticos, pero todo hace pensar que son demasiadas sus víctimas. Conviene conocer sus síntomas:

1. Mal humor constante
2. Tristeza habitual.
3. Frialdad en el trato y falta de delicadezas.
4. Desinterés por las cosas del otro.
5. Falta de alegría en la unión física
6. Falta de diálogo y comunicación profunda
7. Clima de insinceridad y desconfianza.
8. Más confianza en terceras personas que en el otro
9. Infidelidad.
10. Agresividad mutua.
11. Vida superficial y de evasiones.
12. Vida espiritual individualista
13. Etc.

Desde la perspectiva vocacional podemos hablar de la trascendencia religiosa del matrimonio porque: Recordemos que el primer culto que se debe rendir a Dios es la vivencia entusiasta, fiel y alegre de la propia vocación, por lo tanto los matrimonios creyentes y practicantes que así lo viven, “adoran a Dios en espíritu y verdad”. Recordamos, además, que Dios es amor y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Lo conoce, aunque no lo re-conozca.

II. LA FINALIDAD DEL MATRIMONIO EN EL PLAN DE DIOS

En este apartado es conveniente que nos preguntemos por qué Dios llama a la vida matrimonial, qué se propuso al establecer el matrimonio para que llama a esta vida "de a dos".

1. El plan del Creador.

1.1 ¿Qué finalidad, o propósito para llamar a la vocación matrimonial? Para responder a este interrogante vamos a acudir a la misma palabra de Dios, a la Biblia. En las primeras páginas de la Biblia se habla de la creación. No para dilucidar cuestiones científicas, como sabemos, sino para orientar al hombre respecto a su ser íntimo, su destino supremo y su papel en el conjunto de la creación. Como en el libro del Génesis se recopilaban diversas tradiciones transmitidas oralmente durante siglos, encontramos dos narraciones. *Ya es digno de notar que en ambos casos, para hablar de la creación del hombre se hable de la pareja humana, del hombre y de la mujer, unidos y enviados juntos al dominio de la naturaleza.* Evidentemente el matrimonio desempeña un papel muy importante en el Plan del Creador. Y también queda muy claro que resulta prácticamente imposible encontrarle sentido al hombre solo, aislado, incomunicado. Que vivir es convivir, y sólo vivirá, en serio, humanamente, quien se abra a la convivencia y no una convivencia cualquiera, de mera coexistencia o "buena vecindad", si no a una convivencia íntima y profunda, como se ha de dar en el matrimonio. Porque vivir es "convivir amando".

1. 2. Génesis 1, 26ss. : La imagen de Dios está en la pareja humana. Para cada uno habrá distintas cosas (inmensidad del cosmos, una noche estrellada, infinitud del mar, una montaña nevada, la vida de los animales, etc.), o acontecimientos que más le ayudan a pensar en Dios, para acercarse a él. Pero el mismo Dios nos dice que, en su acto creador, su imagen más clara, su huella más nítida, está en la unión del varón y la mujer.

1. 3. Génesis 2, 18ss. : Con un lenguaje muy especial, poético pero exacto, se pone aún más de manifiesto el plan de Dios sobre el matrimonio. "No es bueno que el hombre esté solo". Para que tener vida por dentro de Dios, soplo del Espíritu insuflado en el corazón mismo de la persona, sino se tiene con quién compartir esta riqueza. Aquí cabe recordar que estar o no solo depende más de mi actitud hacia los otros que de la actitud de los demás hacia mí. Si las cosas no llenan el corazón del hombre, tampoco pueden llenarlo las personas tratadas como cosas, usadas con egoísmo.

1. 4. "Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne". Qué hermosa expresión la de Adán frente a Eva, el don de Dios. No es algo o alguien exterior, por más cercano que fuere, sino parte íntima de mi propio ser, cuyo dolor me duele como el mío y cuya alegría me eleva. Es aquello que los Hechos de los Apóstoles dicen de toda la comunidad cristiana primitiva: "Tenían un solo corazón y una sola alma". Por eso el Concilio Vaticano II llama al matrimonio "comunidad íntima de vida y amor" (G.S.). "Íntimo" quiere decir hasta lo más profundo y desde lo más profundo. Es todo lo contrario de epidérmico, superficial. La imagen del matrimonio no puede ser dos círculos que se cruzan, sino dos círculos concéntricos sin zonas vedadas, sin compartir. De ahí es conveniente y necesario hacerse y hacer a los matrimonios cristianos algunas preguntas: ¿Hasta qué punto están casados? ¿Qué están compartiendo? ¿Qué les falta compartir? ¿Han "casado" sus ideales, sus anhelos, su fe? Hay matrimonios, de un modo especial entre los agentes de evangelización de nuestras comunidades, que comparten poco y reparten mucho...

1. 5. Podemos decir que en el plan de Dios, el matrimonio llega a ser un **"NOSOTROS"** real, perenne. Ya no hay "ni vencedores ni vencidos". Ninguno de los dos puede ganar solo, menos aún contra el otro. "Yo quería ir a Mar del Plata de vacaciones, y mi mujer quería ir a Córdoba, conversamos y decidimos ir a Córdoba". Se presta a risa, pero bien mirado es el hombre que no se resigna a lo inevitable, sino que asume como propio lo que ha sido el fruto del diálogo de los dos, aunque originariamente no haya sido su propio proyecto. Es quien muere al individualismo -al "yo"- pero no para aniquilar su personalidad sino para reencontrarla, enriquecida, ampliada, en el NOSOTROS del que se siente realmente parte. Su matrimonio no es una "cinchada" a ver quién puede más... No

lleva cuenta a ver quién ha cedido más veces (¿cómo puedo saber las veces que mi cónyuge ha cedido con tanta ternura que ni se nota!). Así vive el amor matrimonial quien encuentra una profunda alegría al verse capaz de ceder, en las cosas que no hacen a principios fundamentales de conciencia. Y en las otras tiene una paciencia exquisita para hacer ver, para vencer-con, convenciendo.

Todo esto es difícil, por eso es valioso. Como el ejercicio físico, que cuanto más le exige al cuerpo, tanto mayor bien le hace. 30 cuadras de caminata son un buen ejercicio. Una o dos ni se notan. Si todo amor hace crecer, el amor conyugal como ninguno porque es precisamente el más exigente, el que no deja área sin compartir, ni momento que sea sólo mío... Un amor así, bien asumido, libera de la posibilidad de recaer el "yo" estrecho. Es como el quemar los barcos, para no tener más remedio que ser fuertes y marchar a la conquista de tesoros escondidos...

1.6. Es fundamental que notemos, y hagamos notar a las parejas de novios y esposos, sobre la prioridad del vínculo conyugal por sobre el mismo vínculo de la sangre. Dios manda "honrar al padre ya la madre". Y aquí manda dejarlos. No renegar de ellos, pero dejarlos. El nuevo vínculo que surge de la libre elección de los esposo es semejante al de la sangre. No depende de la afectividad, más bien exige que traten de acomodar su afectividad al vínculo. Porque este vínculo matrimonial es mayor que el que los liga a quienes los engendraron. Jesús llegó a decir (Mt. 19), que es Dios, mismo quien une a quienes se unen en matrimonio.

1.7. Esto vale en todo matrimonio. Es el plan del Creador de nuestra naturaleza. Un plan que se quebró por el pecado, cuando el hombre desoyó las indicaciones de Dios y quiso destruir su felicidad siguiendo su propio antojo. Y el matrimonio fue una de las primeras víctimas del pecado. La que había sido recibida con tanta alegría fue objeto de un reproche de Adán a Dios: "La mujer que me diste..."

2. Jesucristo en Caná. El matrimonio en el plan redentor

2.1. Dios no se da por vencido. No pierde sus esperanzas respecto al matrimonio. Cuando "planta su tienda entre nosotros", Jesús reafirma y completa el plan de Dios sobre el matrimonio.

Lamentablemente, todavía hoy, muchos asocian a Dios con lo fúnebre, lo triste, lo penoso. Exclusivamente. Les resulta difícil asociarlo a lo alegre y gozoso. Hay quien piensa que sólo podemos "ofrecer" las penas, no las alegrías. Hasta se nota a veces un cierto sentimiento de culpa ante la felicidad terrena ("Perdón, Dios mío, por ser tan feliz en este valle de lágrimas", dice un personaje en una novela...). A veces la felicidad plena, o prolongada, inspira un cierto temor... "¿qué me estará por pasar que todo marcha tan bien?"

2.2. Jesús, el Señor, obra su primera señal en Caná. En unas bodas. Multiplicando vino para gente que ya había bebido bien. No se sentía incómodo, ni receloso, ni indiferente ante las alegrías de los convidados. A instancias de María, pone su potencia amorosa al servicio de los esposos y sus invitados. Dios se goza en el gozo del hombre, así como se duele en todo dolor humano. Se goza en el gozo realmente humano, que incluye el gozo de vencerse a sí mismo, de verse capaz de perdón, de entrega, de buscar el bien de la persona amada. El anhelo de Dios no es un mundo lleno de dolor, sino un mundo donde los hombres, amándonos como Él nos ama, procuramos hacer feliz nuestro caminar hacia Él.

2.3. La felicidad terrena, aquella que el matrimonio promete al hombre y la mujer que se unen con amor. No sólo no es contraria a los planes de Dios, sino que es una obligación buscarla. Sólo quien busca la felicidad -en la tierra- de quienes lo rodean, comenzando por los más cercanos, puede aspirar a la felicidad en el cielo. Dios quiere que el gozo del amor conyugal, profundamente vivido, sea un camino privilegiado para marchar hacia Él.

3. La cruz: camino de autenticidad del amor

3. 1. Falta ver el papel que juega la CRUZ en todo esto. La cruz con que los sacerdotes bendecimos la unión, que quizás presida el hogar. La cruz que, a pesar del desgaste de la costumbre de verla, es un recuerdo de una muerte, de un dolor. La cruz, que es un símbolo de todas las cargas de la vida: "quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz...".

Para varios todavía la cruz es una simple invitación al sufrimiento. Casi por el sufrimiento mismo. ¿Cuál será su mensaje real?

3.2. Habrá que recordar que la palabra AMOR es muy ambigua. O mejor dicho, detrás de ella pueden esconderse realidades muy distintas. Detrás de muchos "te quiero" hay un "me quiero" enorme. Es una triste verdad que muchos van al matrimonio como el goloso a la golosina, como el sediento al oasis...

No basta con preguntarse si yo quiero a mi mujer o a mi marido. ¡Hay que preguntarse hasta dónde llega mi amor! Hasta qué grado de sacrificio se está dispuesto/a a llegar por el bien y la felicidad de la persona amada. Muchas veces las personas nos limitamos a querer mientras no nos cueste ninguna renuncia. Mientras la persona "querida" nos resulte agradable o provechosa...

¿Qué tiene que ver esto con la cruz? ¡Mucho! Todo pecado es una negativa a amar. Una negativa disimulada. Quizás, detrás de un amor menguado, mezquino, encogido, pero negativa al fin. Y la redención se obra cuando un hombre -Jesús, Hombre y Dios- acepta ser fiel hasta las últimas consecuencias a ese Dios que es Amor, a ese Amor que emana de Dios. Él abre una brecha en la barrera erigida por el pecado, para que la sigamos con su gracia.

Por eso el crucificado nos está diciendo ¡AMA! No te quedes corto. Como yo sortee todos los obstáculos que se me pusieron al amor: traición, abandono...

3.3. Aquí viene bien aludir al texto de Efesios 5.22ss. Suele provocar risas o resistencias. Amar como Cristo amó a la Iglesia, a nosotros... hasta dar su propia vida para que podamos vivir, para que podamos crecer.

Amar es saberse responsable del otro. Pablo, desde su perspectiva cultural, exhortaba a los maridos a amar así. Hoy, desde la perspectiva de la promoción de la mujer, también a ella se le ha de proponer el mismo modelo de amor.

3. 4. Tras la cruz, viene la resurrección. La plenitud. Si algunos esposos buscan una vida conyugal sin cruces ni crisis, que despierten de su sueño. Si están camino del cansancio a causa de las crisis o cruces, que no desesperen. Si está dispuesto a morir al egoísmo... si los dos lo están... la vida en común puede ser un anticipo del cielo...

Un breve apartado para mencionar el tema FECUNDIDAD: 5. Ser bendecidos con hijos es un fuerte motivo para amarse más. Una razón para superarse, personalmente y como matrimonio. Todos los padres hacen grandes esfuerzos por sus hijos, se sacrifican por brindarles lo mejor, un estudio, un nivel de vida, etc. Pero también deben poner el mismo esfuerzo en crecer en unidad, en armonía, en comprensión entre los dos, porque sus hijos merecen lo mejor, **LOS MERECEAN MEJORES, LOS NECESITAN MEJORES**. No pueden ser buenos padres si no procuramos ser excelentes esposos: excelentes, no mediocres.

4. El matrimonio sacramento

4.1. Por todo esto, el matrimonio es un sacramento. Hablar del matrimonio como sacramento no es hablar de un aspecto, sino de un punto de vista. Desde ese punto de vista se ve todo, pero con nuevas perspectivas, luces, matices. Es toda la vida matrimonial, en todos sus aspectos, en todas sus alternativas, prósperas o adversas, sublimes o prosaicas, lo que constituye un sacramento. Ya lo decía San Roberto Belarmino, en el Siglo XVI: "El sacramento del matrimonio puede considerarse bajo dos aspectos: el 1º, cuando se realiza, el 2º, mientras dura después de realizado. Es, en efecto, un sacramento semejante a la

Eucaristía, que no sólo es sacramento en el momento en que se realiza, sino también durante el tiempo que permanece; pues, mientras viven los esposos, su sociedad ("societas" = comunidad, convivencia...) es siempre el sacramento de Cristo- y de la Iglesia.

4.2. Es bueno recordar aquí todo lo que evoca la palabra "Sacramento": canal de Gracia, signo eficaz de la presencia de Dios en nuestras vidas, realidad sagrada, participación en la Pascua de Jesús... y después volver a repetir: cada matrimonio, toda vida matrimonial, vivida a fondo: ¡es todo eso!

4.3. Hay más aún. Todo Sacramento tiene un Ministro. Alguien que sirve de instrumento al obrar de Dios. Generalmente es el sacerdote. Pero en el matrimonio son los mismos esposos. ¡Qué bueno pensar: al darme yo a ti, con la dádiva de mí mismo, también te doy a Dios...! ¡Y lo recibo! Todo gesto de auténtica entrega, en el matrimonio, tiene así un cierto carácter sacerdotal... de culto agradable a Dios.

5. Conclusión

5.1 Donde quiera que dos se unen en matrimonio, y viven en el amor, allí está Dios en medio de ellos. ¡Qué lástima que muchos ignoren esa presencia de Dios! ¡Cuánto puede enriquecerse la fe y vida matrimonial, la idea de Dios y la voluntad de amar, si se a Jesucristo escondido, como en un Sagrario, en la unión como ¡Marido y Mujer!

5. 2. Retomemos las preguntas iniciales: ¿Cómo quiere Dios que sea cada matrimonio? "Realmente uno... como el Padre y yo somos uno..." No le basta con que no se ataquen, con que no se engañen... ¡Los quiere UNO! ¿Para qué llamó el Señor al matrimonio?... para que se amen y se alegren de santificarse mutuamente, ayudándose a crecer...

NB: El tema fecundidad, los hijos, amerita una reflexión, un tema aparte. Se puede hacer una lluvia de ideas sobre este tema. Posterior a un trabajo en equipo por parte de los participantes.

Se recomienda además la lectura personal del artículo que se entrega aparte de modo personal sobre “La alianza conyugal en la Biblia”. De la Revista Mensaje de Santiago de Chile, de noviembre de 2012. N° 614.

“LA ALIANZA CONYUGAL EN LA BIBLIA”

Marc Rastoin, S.J.

En la Biblia la realidad conyugal está presente en todas partes, tanto en sus aspectos luminosos como en sus ambigüedades y pruebas. Leída a la luz de la fe, ante los ojos nos pone poco a poco relatos maravillosos y diversas historias dramáticas de lo que constituye la pareja unida ante las pruebas que la amenazan, fundada en la palabra, abierta a la vida y capaz de fidelidad a imagen de un Dios fiel.

PERSONAS PARECIDAS A NOSOTROS

La Biblia nos habla de parejas que se aman, pero también nos relata la historia de las que se separan. No nos ahorra adulterios y estupros, celos y violencias. Nos introduce en un mundo que no es distinto al nuestro. Y eso está bien, porque nos cuenta la historia de seres humanos que son similares a nosotros en sus aspiraciones y en sus fragilidades, y que todavía pueden decirnos algo en el siglo XXI. Creemos que la Biblia de verdad nos instruye, no solo cuando habla de Dios sino también cuando habla del ser humano de lo que es y de lo que espera. Enseña no siempre contando historias edificantes, sino desnudando la realidad del corazón del ser humano, que es frágil y, sin embargo, creado a imagen de Dios: “A imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó” (Gn 1, 27). Los hombres de la Biblia son similares a nosotros, y eso es porque comparten nuestras alegrías profundas (amar con pasión, esperar un hijo, recibir afecto) y nuestras penas sufrir por una traición, perder un hijo, ser humillado). El biblista Paul Beaucham escribe: “La Escritura nos habla

de un modo elocuente no menos de los pecadores que de los santos, y esto es insustituible”²⁰.

EN PRINCIPIO LA PALABRA

La primera realidad que funda la pareja es la palabra: la palabra intercambiada en las promesas y la palabra alimenta la alabanza y la comunión. Se trata de una palabra verdadera, exigente, a veces fatigosa, donde, como en oración, se puede decir todo. Una mujer que sufre por no tener hijos puede gritar: "Dame hijos, o si no, me muero" (Gn 30, 2). Mientras, otra puede cantar la belleza de su amado: "¡Qué hermoso eres, amado mío, qué delicioso!" (Ct 1, 16). Así como muere una planta si no se riega, así una pareja muere si no se habla. Dios ha creado todo con la palabra y con ella los seres humanos se comprometen uno al otro y pueden ser fieles. Esta confianza fundamental en el valor de la palabra atraviesa toda la Biblia y se encuentra también en el corazón de la visión cristiana de la pareja. Una pareja nace a partir de una palabra libre: esto es verdad en el primer "sí", como en todas las comunicaciones que seguirán desde ese momento en adelante en la vida de esta pareja. El tiempo del noviazgo es, sobre todo, aquel en que se alcanza una alianza libre. El profeta Jeremías canta felizmente a este tiempo fundacional: "Así dice el Señor: de ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo, aquel seguirme tú por el desierto" (Jer 2, 2). Ante un amor que se ha enfriado, el Señor se compara con un marido fiel que evoca con pasión un nuevo viaje de bodas con su esposa: "Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón. [...] y ella responderá ahí como en los días de su juventud" (Os 2,16-17). Hablar, responder: el diálogo está en el corazón de la pareja como está en el corazón de la fe. El intercambio de palabras es como la unión de los cuerpos. Así Jacob encontró a Raquel junto al pozo y "Jacob estaba enamorado de Raquel" (Gn 29.18). La Escritura nos dice que, para poder casarse con ella, "sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años, que se le antojaron como unos cuantos días, de tanto que la amaba" (Gn 29, 20). El amor verdadero y constante le da un valor distinto al tiempo.

* © La Civiltà Cattolica 201211 463'471 quaderno 3887, junio 2012. La versión original de este artículo, en francés, fue publicada en *Feres et Saisons*, 2010, "Hors-Serie", PP.6-15.

²⁰ P. Beauchamp, *Leggere la Sacra Scrittura oggi*, Milán, Massimo. 1990, p. 103.

LA BONDAD DE LO CREADO

En el origen Dios, al crear al ser humano como un ser sexuado, exclamó que "cuanto había hecho estaba muy bien" (Gn 1, 31). Si nuestra cultura cristiana está marcada a veces por una visión todavía negativa del cuerpo, heredada de una cierta filosofía griega y transmitida en nuestros países por una corriente muy moralizadora²¹, debemos repetir con fuerza que la sexualidad pertenece a la bondad de la creación divina. Y, justamente porque el cuerpo es noble, es necesario cuidarlo. Lo que hacemos con nuestro cuerpo contempla las raíces de nuestro ser, pues formamos un ser que no se puede cortar en dos. San Pablo lo dice con fuerza a los Corintios: "¿No saben que sus cuerpos son miembros de Cristo? [...] ¿No saben que su cuerpo es santuario del Espíritu Santo ... ?" (1 Cor 6,15.19). Jesús, cuando habla del matrimonio, vuelve a las primeras líneas del libro del Génesis para decir que la unión del hombre y la mujer es algo bueno que se debe respetar: "El Creador desde el comienzo los hizo varón y hembra y dijo: 'Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y los dos se harán una sola carne'. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre" (Mt 19,4-6). La unión estable del hombre y la mujer pertenece al designio primigenio de Dios.

UN TEXTO FUNDACIONAL

Un texto del Génesis (Gn 2, 24) es fundamental para comprender la visión bíblica de la pareja. En una sociedad patriarcal, donde un matrimonio a menudo sellaba la unión de dos familias, dice que el hombre debe unirse antes que nada a su mujer. La primera lealtad y el afecto del marido deben ir a su mujer. "Unirse" es un verbo muy fuerte, que es usado también en la relación con Dios mismo (cf., Deut 10,20) Y que implica un compromiso afectivo y, a la vez, concreto. Así la institución del matrimonio está fundada en la voluntad misma de Dios creador. Unión no significa fusión: cada uno sigue siendo lo que es con su historia y sus fragilidades, pero los dos son ahora una nueva realidad y darán vida a un nuevo ser,

²¹ Es la corriente teológica y espiritual, importante a partir del siglo XVII, llamada "jansenismo".

el hijo, el cual es como el signo visible y concreto, del amor conyugal. El libro del Génesis relata en extenso cómo el hombre debe realmente separarse de sus padres y cómo la mujer debe de verdad reconocer el rol del marido en ese milagro renovado que es el nacimiento. De hecho, después de haber mostrado la bondad de la primera pareja, la Biblia evoca cómo el mal se introduce claramente en esa relación:

Adán quiere imponer su dominio sin respetar a su mujer, mientras Eva recurre a su maternidad para apartar a su esposo. Así, después de haber dado a luz a Caín, grita: "He adquirido un varón, con el favor del Señor" (Gn 4, 1), poniendo así en segundo plano el rol de su marido. Sí, todo hijo viene de Dios, pero en el plano humano viene de una pareja y le toca a la mujer, a la maternidad visible, atribuir su rol al padre, cuya paternidad invisible es también decisiva²². No debemos sacar ninguna conclusión del hecho de que en el relato la mujer es creada como segunda, ya que esto fue escrito para radicar el origen común del hombre y de la mujer en Dios. San Pablo más tarde dirá: "Por lo demás, ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer, en el Señor. Porque si la mujer procede del hombre, el hombre, a su vez, nace mediante la mujer; y ambos vienen de Dios" (1 Cor 11, 11-12).

ABRAHÁM Y SARA

El Génesis cuenta la historia de diversos hermanos, pero en el relato están presentes también varias parejas: Adán y Eva, sin duda, pero sobre todo Abraham y Sara. Abraham es el primero de los creyentes y su trayectoria es necesariamente ejemplar. Aunque entonces la poligamia era tolerada, Dios lo llama a una unión radical con su única verdadera esposa. El primer deseo de Abraham es tener hijos. Ciertamente, es la primera bendición para toda comunidad humana. Acoger un niño en el mundo ya es hacer un acto de fe, esa fe elemental en que la vida vale la pena vivirla. En un mundo marcado por la violencia y la enfermedad, los personajes de la Biblia saben que la primera bendición es la vida. Por eso se entiende que la esterilidad sea la primera prueba para la pareja. En efecto, para afirmar que todo nacimiento es un pequeño milagro, las mujeres-clave de la Biblia a

²² Respecto a estos capítulos, se pueden leer con provecho los diversos libros y artículos del biblista André Wénin sobre el Génesis.

menudo son estériles²³. Así para el esposo es grande la tentación de buscar por otra parte; luego Dios le hace comprender que tendrá un hijo con su esposa Sara -y solo con ella- y no con esclavas o con otras esposas. El único hijo legítimo es aquel nacido de la esposa, Isaac. Para ayudar a Abraham a considerar a su esposa como una pareja a título pleno, Dios restablece su primer nombre, Sara, quitando el sufijo posesivo que Abraham usaba, "Saray" ("mi princesa"): "A Saray tu mujer, no la llamarás más Saray, sino que su nombre será Sara. Yo la bendeciré y de ella también te daré un hijo" (Gn 17, 15). La historia de Abraham y de Sara es de un modo admirable la historia de la constitución de una pareja. Abraham aprende a superar su egoísmo, que a veces lo hace usar la belleza de Sara para protegerse de sus miedos (cf., Gn 12, 10-20). Sara aprende a no engañar por su deseo de tener un hijo a cualquier costo (cf., Gn 16). Abraham y Sara son una pareja que aprende a separarse de la familia de origen, a respetar al otro y a ponerlo en primer plano, y aprende que la fecundidad se puede vivir solo a través de una decisión común.

LAS PALABRAS DE LA SABIDURÍA

Después de que en los primeros capítulos de la Biblia se presenta el marco fundamental de la pareja humana, los sabios de Israel reflexionan sobre lo que constituye la armonía de una pareja. Entonces se unen a la antigua sabiduría de la humanidad. Creyentes y no creyentes se comparten el terreno donde la experiencia tiene la primera palabra. En efecto, no se puede no estar de acuerdo con aquel Jesús hijo de Sirá, cuando dice: "Con tres cosas me adorno, y me presento bella ante el Señor y ante los hombres: concordia entre hermanos, amistad entre prójimos, y marido y mujer bien avenidos" (Sir 25, 1). La sabiduría enseña a no basarse excesivamente en la belleza, sino a valorizar también el buen sentido y la inteligencia. Entonces el sabio quiere exaltar a la mujer llena de inteligencia y de inventiva: "Una mujer completa, ¿quién la encontrará? Es mucho más valiosa que las perlas. En ella confía el corazón de marido" (Pro 31, 10-11). Invita al ser humano a no dejarse engañar por la fantasía y a creer que la hierba del vecino sea más verde. Invita al hombre casado a redescubrir a su mujer: "Bebe el agua de tu cisterna" (cf., Pro 5, 15). La

²³ La esterilidad era entonces sistemáticamente atribuida a la mujer, pero el razonamiento vale obviamente en los dos sentidos.

mujer, por su parte, es invitada a estimar al marido por su fe y rectitud. Así la sabia Abigail reconoce más que Nabal el valor de David: "No vendrá mal sobre ti en toda tu vida" (cf., 1 Sam 25, 28). La estima recíproca y los valores comunes son un cimiento importante para toda pareja.

EL DESEO DE UN "SIEMPRE"

La vida de una pareja está diseminada de pruebas. ¿Quién no lo sabe? A menudo para el hombre provisto de poder y de riqueza es grande la tentación de abandonar a la mujer de su juventud y tomar una joven belleza para ilusionarse y así negar su mortalidad. Esta antigua tentación fue el gran pecado de David convertido en rey, pecado que lo induce a tomar a la esposa de su fiel servidor Urías, el hitita, e hija de Eliam, otro de sus valiosos guerreros (cf., 2 Sam 11). Poco a poco los profetas van hablando cada vez más severamente contra tales prácticas. Es cierto que a veces -aún cuando entonces sucedía más raramente- era la mujer la que dejaba a su marido. En este ámbito se debe comprender el movimiento que llevará a ver el divorcio como una práctica detestable. No se trataba en primer lugar de condenar separaciones que, entonces como hoy, pueden ser necesarias cuando las debilidades y las fragilidades de una persona hacen pesar sobre la otra una carga demasiado grande de sufrimiento y ponen en peligro la salud física y a veces mental... El último de los profetas, Malaquías, exclama entonces: "Porque el Señor es testigo entre tú y la esposa de tu juventud, a la que tú traicionaste, siendo así que ella era tu compañera y la mujer de tu alianza. ¿No ha hecho él un solo ser que tiene carne y espíritu? Y este uno, ¿qué busca? ¡Una posteridad dada por Dios! No traiciones pues, a la esposa de tu juventud" (Mal14-15). Jesús se referirá a tal tradición profética. Esto lo llevará a pronunciarse de modo inequívoco sobre el divorcio: "Él les dijo: 'quien repudie a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra aquella y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio'" (Mc 10,11-12). Estas palabras suscitaron un gran estupor entre los discípulos y grandes discusiones entre los cristianos, entonces como hoy. Incluso antes de la escritura de los Evangelios, Pablo transmitirá a los corintios la misma enseñanza: "En cuanto a los casados, les ordeno, no yo sino el Señor: que la mujer no se separe del marido. Pero si se ha separado que no vuelva a casarse o que se reconcilie con su marido, y que el

marido no despidas a su mujer" (1 Cor 7,10-11). Sabemos todos cómo, en el actual contexto cultural, estas palabras sean difíciles de comprender, pero ¿quién puede negar la cantidad de sufrimientos provocados por tantos divorcios? Todo corazón humano lleva en sí un deseo de amar que no se pone límites de tiempo y tiende a un "siempre".

LA PALABRA DE LA CRUZ Y EL PERDÓN

El compromiso cristiano en el matrimonio no es una garantía que Dios ofrece a una pareja para evitarle la fatiga del amor en lo cotidiano o en las pruebas. El sacramento consiste en decir "sí" con la confianza que Jesús ha tenido en el Padre, con quien "no fue 'sí' y 'no', en él no hubo más que 'sí'" (2 Cor 1, 19). No es un acto "mágico", una garantía impresa una vez por todas, sino la voluntad de vivir la fatiga del amor, que es la fatiga de la fe en el curso de los días. Significa que, como cristianos, vivimos de la fidelidad de Cristo. En el sacramento se da a cada uno aceptar la palabra del otro y de tener fe en ella, en eso que la sobrepasa y que es el hecho que Dios aprueba y anima este deseo de fidelidad absoluta hasta el fin. Creemos que la lógica misma del amor humano, y de la alegría que lo acompaña, nos empuja a esta palabra, a este don radical de sí y del propio avenir. Ahora, queriendo darse hasta el final, no se puede evitar la noche, la prueba, la ausencia de sentimiento. El nombre de estas pruebas radicales es la Cruz, que ninguno puede evitar. Dice Jesús: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt 16, 24). ¿Cómo avanzar en este camino? No hay otro camino que el de la humildad y del perdón. Así dice san Pablo: "Revístanse, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándose unos a otros y perdonándose mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor los perdonó, perdónense también ustedes" (Col 3,12-13). El camino del amor pasa a través de la prueba de la Cruz, pero la confianza dada y el perdón intercambiado hacen crecer la alegría de la fidelidad.

UNA ALIANZA RECÍPROCA

En la Biblia se encuentra el Cantar de los Cantares. Este texto sorprendente canta el amor cuasi eterno de dos jóvenes que se aman. El hombre y la mujer toman la palabra alternadamente, para cantar la belleza de su amado. El deseo de la posesión amorosa es enunciada con una fórmula concisa: "Mi amado es para mí y yo soy para mi amado" (Ct 2, 16), que puede hacer eco a la expresión clásica con la que se indica la alianza entre Dios y su pueblo: "Y así sean mi pueblo y yo sea su Dios" (Ez 11, 20). La fórmula es enunciada de modo simétrico, para que sea bien subrayada la reciprocidad de este amor: "Yo soy para mi amado y mi amado es para mí" (Ct 6, 3). También en el Nuevo Testamento la pareja unida en la fe es considerada la mejor imagen del amor de Cristo por su Iglesia: "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es este: lo digo respecto a Cristo y la Iglesia" (Ef 5, 31-32). Pablo escribe: "Que el marido dé a su mujer lo que debe; y la mujer de igual modo a su marido. No dispone la mujer de su cuerpo sino el marido. Igualmente el marido no dispone de su cuerpo, sino la mujer. No se nieguen el uno al otro" (1 Cor 7, 3-5a). Pablo insiste en esta reciprocidad en la entrega mutua. Igualmente el vidente del Apocalipsis hace hablar así a Cristo: "Si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo" (Ap 3, 20). En este eco bíblico final se devela la visión de una pareja muy unida y, al mismo tiempo, recíprocamente respetuosa. En efecto, así se expresaba la amada del Cantar, que esperaba pacientemente la venida de su amado: "Yo dormía, pero mi corazón velaba. ¡La voz de mi amado que llama! ¡Ábreme!" (Ct 5, 2). El juego del dominio generado por el pecado, del que hablaba el Génesis -"Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará" (Gn 3,16)- es sanado por un amor que se ofrece por completo y no retiene nada: "Yo soy para mi amado y hacia mí tiende su deseo" (Ct 7, 11). La recíproca pertenencia y el deseo se pueden vivir sin dominar y sin manipular, en la alegría de la entrega.

AMAR HASTA EL EXTREMO

La Biblia ofrece así tesoros de sabiduría para quien sabe buscar palabras de vida para la pareja. Las palabras exigentes de Cristo, radicadas en la tradición profética, expresan el ideal y su fidelidad en Getsemaní al amor que tenía por Aquel al que llamaba "Abba, Padre". Nos dice que el ser humano es capaz de tal amor. Ha sido creado libre a imagen de un Dios libre. Sobre todo, ha sido creado capaz de amar "hasta el extremo", a imagen de Dios, que nos ha amado hasta el final: "Sabendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1). El creyente sabe que las pruebas no faltarán, pero sabe también que con el Espíritu de Cristo todo es posible. Una pareja unida por la vida en un amor que crece en una comunión más estrecha puede parecer una utopía. Pero nosotros sabemos que este es el camino de la alegría, y también Jesús nos dice: "Todo es posible para quien cree" (Mc 9, 23).

TEMA 8:

LA SITUACIÓN DE LA CULTURA EN EL MUNDO ACTUAL:

RELACIÓN ENTRE LA BUENA NUEVA DE CRISTO Y LA CULTURA ACTUAL

(CFR. GS 46. 53 – 62).

Ser signos en medio de nuestras culturas

La posibilidad de pensar, en este ámbito de Ejercicios Espirituales, sobre la *cultura*, tal y como la *Gaudium et Spes* nos ha enseñado con sus consideraciones, desde hace cincuenta años, nos abre la ocasión de meditar sobre nuestra mirada y aporte a la cultura en que vivimos. Es importante destacar la definición de *Cultura* que hacía el Concilio, para comprender la importancia del tópico en cuestión: *Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano.*²⁴

La tensión que acusa más abajo el Concilio, esto es, de los aspectos históricos y sociales que llevan consigo la *cultura*,²⁵ genera una cantidad de fenómenos entre los que la Iglesia camina y da testimonio, muchas veces con fatiga, y que supone un desafío constante para traducir en conceptos asequibles para todos la Buena Noticia de Jesucristo. La presente reflexión nace de la constatación de esa realidad, que si bien presenta algunas diferencias

²⁴ GS 53.

²⁵ Cf. *Ib.*

significativas del tiempo de la Constitución *Gaudium et Spes*, hay otras realidades que no han perdido vigencia y que siguen haciendo del documento un faro para comprender la relación del Evangelio con la cultura. Hacemos esta reflexión durante la celebración de un tiempo de gracia para toda la Iglesia, como es el *Año de la Fe*, tiempo que nos concedemos como discípulos de Cristo para *una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo. Dios, en el misterio de su muerte y resurrección, ha revelado en plenitud el Amor que salva y llama a los hombres a la conversión de vida mediante la remisión de los pecados (cf. Hch 5, 31).*²⁶ Una ocasión de gracia si pensamos en muchos factores que, en nuestra cultura actual, parecen poner en jaque a nuestra fe y sugiere a muchos cristianos que la fe no sirve para nada en la vida cotidiana, o que constituye un obstáculo para el auténtico progreso del hombre o, simplemente, que tener fe es algo de que avergonzarse. No pocas veces, a la luz de estas constataciones, se opta -incluso de parte de religiosos y sacerdotes- por una forma atenuada de vida cristiana, o una vida de cuño más *moderno*, donde Dios no tiene un gran rol que cumplir en la existencia porque la fe es vista como una amenaza para la libertad y la igualdad. Frente a esto, dice el Papa Benedicto XVI, urge una adecuada *evangelización de la cultura (...) en nuestro tiempo, cuando la “dictadura del relativismo” amenaza con oscurecer la verdad inmutable sobre la naturaleza del hombre, sobre su destino y su bien último.*²⁷ Esta evangelización no es otra cosa, a nuestro modo de entender las cosas, que proclamar ante nuestro mundo la belleza de la fe y su valor de sentido que ofrece a todo hombre y a toda mujer de cualquier época, raza, cultura y pueblo; por cuanto nuestra fe no tiene otro nombre que la persona de Jesucristo. Conviene, por esto, hacer el camino de renovar nuestra fe con los ojos fijos en Quien es el autor y consumidor de la misma.

Un signo elocuente

¿Cómo entrar, nosotros, en la dinámica del anuncio de Jesucristo desde nuestra propia vida, sin que el anuncio suponga una suerte de “esquizofrenia”, en que sólo nos sintamos comprometidos en nuestras palabras y predicaciones, y no en todo lo que somos? Hace más de cincuenta años, el teólogo alemán Karl Rahner declaraba un pensamiento que ha

26 BENEDICTO XVI, Carta Apostólica *Porta Fidei*, 6.

27 BENEDICTO XVI, *Homilía en Bellahouston Park, Glasgow, Inglaterra, 16 de septiembre de 2010.*

sido citado con profusión luego del Concilio: *El cristiano del futuro o será un místico, es decir, una persona que habrá experimentado algo, o no será cristiano.*

Los cambios sociales que hemos experimentado en los últimos años nos ofrecen un adecuado horizonte para situar esta frase: estaremos de acuerdo en señalar que el Cristianismo está situándose en la periferia de la cultura *oficial*, marcada fuertemente por el mito del progreso y por la economía -el progreso recién citado se entiende mayormente como un progreso económico, sin dejar de lado otras dimensiones importantes de éste, como el progreso científico o tecnológico-, en que los valores del Evangelio no conforman necesariamente el entramado de las relaciones sociales y la moral individual. No deseamos con este análisis acusar una “nostalgia” de un tiempo en que los vientos favorecieron a la fe, sino que deseamos simplemente tomar constancia de las dificultades que hoy encontramos en el anuncio y vivencia del Evangelio en nuestro mundo actual. Por otra parte, vemos que, a lo largo de la historia, el corazón del hombre sigue siendo el mismo de siempre: el esfuerzo del progreso y del crecimiento, constata la *Gaudium et Spes*, genera en el ser humano preguntas cada vez más complejas sobre el sentido y el valor de tal actividad, su uso y su fin.²⁸ Podemos darnos cuenta, en fin, que el ser humano está en constante búsqueda de sentido, y que aun el más avanzado progreso en las ciencias y el bienestar económico que le proporcionan sus conquistas no podrán satisfacer esa búsqueda.

En el contexto que hemos recién esbozado, decíamos, vale la pena engarzar la cita de Rahner: frente al hombre de hoy en permanente búsqueda de sentido, constituirán realidades cuestionantes aquellas realidades individuales o comunitarias que den cuenta de un sentido trascendente, que muestren con la existencia entera aquella belleza del encuentro con la persona de Jesucristo y la transformación que deriva de aquel encuentro. Así -sólo así, en el espíritu de la reflexión de Rahner- la vida completa de cristiano-místico asume un valor testimonial. En la constante reflexión sobre la actualidad de la Vida Consagrada en nuestro mundo, la dimensión de ser un *signo* ante toda la Iglesia y el mundo es un tópico de primera línea. Ya para todos los cristianos está dirigido el llamado

28 Cf. GS 3; 33.

a ser *sal y luz del mundo*,²⁹ pero este llamado del Señor cobra una validez mayor si está dirigido al estado religioso, que por otra parte, en el mismo seno de la Iglesia, *aparece como un símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana. Y como el Pueblo de Dios no tiene aquí ciudad permanente, sino que busca la futura, el estado religioso, por librar mejor a sus seguidores de las preocupaciones terrenas, cumple también mejor, sea la función de manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo, sea la de testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo, sea la de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial. El mismo estado imita más de cerca y representa perennemente en la Iglesia el género de vida que el Hijo de Dios tomó cuando vino a este mundo para cumplir la voluntad del Padre, y que propuso a los discípulos que le seguían. Finalmente, proclama de modo especial la elevación del reino de Dios sobre todo lo terreno y sus exigencias supremas; muestra también ante todos los hombres la soberana grandeza del poder de Cristo glorioso y la potencia infinita del Espíritu Santo, que obra maravillas en la Iglesia.*³⁰

Toda esta explicación no hace otra cosa que dar cuenta de la belleza de nuestra vocación, que asume un auténtico valor de servicio eclesial cuando se vive en plenitud. La invitación de vivirla constituye, en sí, el núcleo de la invitación cursada por el mismo Señor Jesucristo a nuestras vidas, cuando comenzó a atraernos a esta vocación y, después de pocos o muchos años, nos encontramos en el hoy de la fidelidad, llamados a continuar diciendo nuestro sí cotidiano al seguimiento del Maestro que, como ayer, nos sigue llamando. En palabras de nuestro Padre Agustín, *sirven a Cristo los que no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo. Esto es lo que quiere decir “sígueme”: camina por mis caminos, no por los tuyos.*³¹

Dejemos a este punto, sin embargo, una cosa bien clara: frente a nuestro mundo lleno de preguntas y tan sediento de signos elocuentes, no nos consideremos como la panacea ni

29 Cf. Mt 5,13-16.

30 LG 44.

31 SAN AGUSTÍN, *In Ioh.* 51, 12.

como quienes estamos llamados a ofrecer todas las respuestas a las preguntas sobre el sentido de la vida.

En la Iglesia se produce el mismo fenómeno: elementos humanos se añaden y llevan o a la presunción, al así llamado triunfalismo que se gloria de sí mismo en vez de alabar a Dios, o a la atadura, que es preciso quitar, romper y destruir. ¿Qué debemos hacer? ¿Qué debemos decir? Creo que nos encontramos precisamente en esta fase, en la que sólo vemos en la Iglesia lo que hemos hecho nosotros mismos, y perdemos la alegría de la fe; una fase en la que ya no creemos ni nos atrevemos a decir: él nos ha indicado quién es la verdad, qué es la verdad; nos ha mostrado qué es el hombre; nos ha donado la justicia de la vida recta. Sólo nos preocupamos de alabarnos a nosotros mismos, y tememos vernos atados por reglamentos que constituyen un obstáculo para la libertad y la novedad de la vida.

Si leemos hoy, por ejemplo, en la Carta de Santiago: «Sois generosos por medio de una palabra de verdad», ¿quién de nosotros se atrevería a alegrarse de la verdad que nos ha sido donada? Nos surge inmediatamente la pregunta: ¿cómo se puede tener la verdad? ¡Esto es intolerancia! Los conceptos de verdad y de intolerancia hoy están casi completamente fundidas entre sí; por eso ya no nos atrevemos a creer en la verdad o a hablar de la verdad. Parece lejana, algo a lo que es mejor no recurrir. Nadie puede decir «tengo la verdad» —esta es la objeción que se plantea— y, efectivamente, nadie puede tener la verdad. Es la verdad la que nos posee, es algo vivo. Nosotros no la poseemos, sino que somos aferrados por ella. Sólo permanecemos en ella si nos dejamos guiar y mover por ella; sólo está en nosotros y para nosotros si somos, con ella y en ella, peregrinos de la verdad.

Creo que debemos aprender de nuevo que «no tenemos la verdad». Del mismo modo que nadie puede decir «tengo hijos», pues no son una posesión nuestra, sino que son un don, y nos han sido dados por Dios para una misión, así no podemos decir «tengo la verdad», sino que la verdad ha venido hacia nosotros y nos impulsa. Debemos aprender a dejarnos llevar por ella, a dejarnos conducir por ella. Entonces brillará de nuevo: si ella misma nos conduce y nos penetra.³²

32 BENEDICTO XVI, Homilía durante la Misa con sus ex-alumnos. Castelgandolfo, 2 de septiembre de 2012.

Recordemos una verdad pregonada con vehemencia por nuestro Padre San Agustín: somos peregrinos, y eso nos hace ser iguales a todos los hombres. En la medida que, en la sencillez de nuestra vida, orante y comprometida con la encarnación del mandamiento principal del amor a Dios y a nuestro prójimo en nosotros, como nos lo manda nuestro Padre en la introducción de la *Regla*, esta vivencia podremos ofrecerla como novedad y compartir este don que Dios puso en nuestras manos.

“Nostalgia” de lo agustiniano

Nuestro Padre San Agustín asumió un modo de vida en que la comunidad se transforma en la razón de ser de la vida consagrada, a la luz de la experiencia de los primeros discípulos. ¿Qué valor tiene, pues, hoy, nuestro carisma, como signo *ad intra* y *ad extra* de la Iglesia? ¿Constituye, en sí, un *signo* elocuente y significativo para quienes nos rodean?

Para esbozar una respuesta al tema, bastaría poner oídos a las personas que viven su fe junto a nosotros en nuestras obras. ¿Qué ven? ¿Se presenta ante los demás la vida en común que nos esforzamos por vivir?

Considerar estas preguntas no es un mero ejercicio de conciencia. A todas luces se observa que en nuestra sociedad hay una necesidad de experimentar *la dinámica del encuentro como lugar de humanización entre seres humanos*, con todo el peso específico de las palabras que conforman esta frase: *encuentro*, como posibilidad de vivir la interacción más allá de la prisa con que nos movemos diariamente; *lugar de humanización*, ya que en presencia del otro - reconociendo al *otro* en cuanto tal- se ofrece la dinámica del diálogo como espacio de enriquecimiento mutuo; y finalmente, entre *seres humanos*, recordando la dignidad que cada persona tiene, más allá de ser sujeto de consumo, una cifra para las encuestas o un mero *recurso humano* susceptible de ser reemplazado si no cumple con su función de engranaje en la maquinaria productiva.

Ejemplos de esta necesidad los hallamos por todos lados... no es poco recurrente -en realidad, es más que frecuente- que en nuestra práctica pastoral hallemos personas que, en busca de la reconciliación sacramental con Dios, buscan desahogarse y ser escuchadas por

nosotros. La necesidad *ad intra* de la Iglesia la constataba ya en 1974 el Capítulo General Intermedio de la Orden en Dublín:

Semejante necesidad la encontramos dentro de la Iglesia. La gente siente que ésta debería ser una comunidad en la que los cristianos «vivan» su relación con Dios y el prójimo. El contacto humano y la comunión dentro de la Iglesia deberían proveer las condiciones y el clima por los cuales la fe crecería hasta alcanzar plena madurez, conociendo los cristianos la voluntad de Dios al escuchar tanto su Palabra revelada, como la palabra del prójimo en recíproco diálogo. Los cristianos de hoy sienten fuertemente la necesidad de vivir su fe, no en aglomeraciones anónimas, sino en grupos en que son conocidos como individuos y apreciados como personas.³³

Es un dato que se une a experiencias a nivel global, en que se percibe una insatisfacción de la vida tal cual como hoy se propone. Reflexionaba sobre este mismo punto el Capítulo Intermedio de 1998:

Algunos signos de los tiempos que definen nuestra época nos permiten hablar de un cierto rumor agustiniano. Por contraste, quizá, con la sucesión ininterrumpida de conflictos nacionales e internacionales, se escucha en todas las esquinas del mundo el grito de la paz. La insatisfacción de unas relaciones humanas convencionales y distantes, la profunda brecha entre ricos y pobres, promovida por un sistema injusto, revalorizan la amistad y la comunidad. El problema del sentido de la vida ocupa, igualmente, un lugar central en el pensamiento contemporáneo. El imperativo participativo y democrático, la cooperación concertada y la colaboración de múltiples interlocutores, desembocan en el convencimiento de que el mundo es cada vez más uno y más responsabilidad de todos. La mundialización o la mirada al mundo como aldea planetaria, favorece los vínculos asociativos, las respuestas globales, los intercambios, son los nuevos rostros de la solidaridad, el deseo compartido de una mayor plenitud de vida, que asume aspectos y sensibilidades muy diferentes en cada uno de los países.³⁴

33 DOCUMENTO DE DUBLÍN, Capítulo General Intermedio 1974, 36.

34 *Agustinos en la Iglesia para el Mundo de Hoy*, Documento del Capítulo General Intermedio 1998, 1.

Conservando una bandera

No podemos, desde estas páginas, dejar de mencionar un agudo examen social que ya en el siglo XIX hiciera el escritor ruso Fedor Dostoievski, quien en su obra *Los Hermanos Karamazov* pone en boca de uno de sus personajes –el anciano *starets* Zósima– el resultado de sus conversaciones con los monjes del monasterio de Optina, pulmón espiritual de la Rusia de aquel entonces. Las palabras del sabio anciano parecen escritas hoy:

¿A qué aislamiento se refiere?», le pregunto. «Al que ahora, sobre todo en nuestro siglo, reina en todas partes, mas no se ha terminado aún ni le ha llegado el plazo final. Pues ahora cada individuo se esfuerza por destacar su rostro en todo lo posible, quiere experimentar en sí mismo la plenitud de la vida, aunque lo único que alcanza con todos sus esfuerzos, en vez de su plenitud, es un suicidio, porque cae en un aislamiento absoluto en lugar de procurarse la total definición de su ser. En nuestro siglo todo se ha dividido en unidades, cada individuo se aísla en su madriguera, cada uno se aleja de los otros, se esconde, oculta lo que tiene, y termina apartándose de los hombres y apartando a los demás de su lado. Acumula riquezas solitario, y piensa: cuán fuerte soy ahora y cuán cubierto estoy de las necesidades, y no ve, insensato, que cuanto más acumula, tanto más se hunde en la suicida impotencia. Pues se acostumbra a confiar únicamente en sí mismo, a separarse del todo como unidad, acostumbra su alma a no creer en la ayuda humana, en los hombres ni en la humanidad, y no hace sino temblar pensando que puede perder su dinero y los derechos que con él ha adquirido. Por todas partes ahora la mente del hombre empieza a perder de vista, de modo ridículo, que la única seguridad del individuo no radica en su esfuerzo personal aislado, sino en la integridad global de los esfuerzos humanos. Pero no hay duda alguna de que a ese espantoso aislamiento también le llegará el fin, y todos comprenderán a la vez, de qué manera tan artificiosa se habían separado unos de los otros. Tal será el espíritu de la época y se sorprenderán de haber permanecido tanto tiempo en las tinieblas y no haber visto la luz. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en los cielos... Pero hasta entonces es necesario, de todos modos, conservar la bandera; no hay quien lo haga, pero de pronto un hombre, aunque sea él solo, ha de dar ejemplo, y sacando el alma de la sociedad ha de realizar el acto heroico de la comunicación fraterna, aunque haya de pasar por un simple. Eso, para que no muera la gran idea...»³⁵

35 DOSTOIEVSKI, F., *Los Hermanos Karamazov*, 476-477; II 6 ii.

Puede ser que, a la luz del espíritu de aquella época, cuando el hombre comprenderá que se ha aislado de sus iguales, será necesario *conservar la bandera* y dar el ejemplo, realizando el acto heroico de la comunicación fraterna... ¿No tenemos acaso nosotros, llamados a vivir el Evangelio a la luz del carisma agustino, una hermosa bandera que podemos izar para que muchos descubran la belleza de la fe? ¿Cómo no recordar a este punto la intuición del Siervo de Dios Pablo VI, quien en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, de 1975, reflexionó ampliamente sobre este tema?

Posiblemente, podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la Gaudium et Spes, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios.³⁶

Aparece, pues, el Evangelio, vivido en clave agustiniana, como una fuerza vital capaz de humanizar al hombre y a la mujer de nuestro tiempo. El llamado que realiza el *Documento de Dublín* no puede ser más perentorio, y a la vez, apasionante:

Construir la comunidad agustiniana no es cosa de importancia secundaria. Por el contrario, es el apostolado que, antes de cualquier otro, tiene que interesarnos a los agustinos, sin excepción alguna. En otras palabras, la comunidad en sí misma es un apostolado de primer orden, nuestro primer apostolado.³⁷

Volviendo a lo medular de nuestra reflexión, quizás sea el momento de plantearnos, ¿cómo enarbolar la *bandera de la comunión fraterna* que habla Dostoievski? Hemos realizado muchas reflexiones al respecto, en Capítulos tanto circunscriptivos como generales, en el Proyecto *Hipona Corazón Nuevo*, tanto en su primera etapa como en el nuevo tiempo que comenzamos a vivir... pero, la llamada a la conversión personal será siempre el paso

36 PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 20.

37 *La comunidad agustiniana y el apostolado*, en *Libres bajo la gracia*, 1979, p. 152.

necesario para emprender la conversión comunitaria, entendida como un segundo paso que requiere un compromiso individual, de todos nosotros, de abrirnos al hermano, de liberarnos de los prejuicios que nos ciegan tal vez por tanto tiempo, fruto del conocimiento prolongado que tengo de tal o cual hermano. En una frase, la conversión es un acto que engendra el amor, porque la conversión es un acto de fe. Ya lo decía el Apóstol San Pablo, en su Carta a los Gálatas: *en Cristo Jesús, ya no cuenta la circuncisión ni la incircuncisión, sino la fe que obra por medio del amor*.³⁸ El auténtico fruto de la fe viva es el amor. Y al respecto de la conversión, decíamos que genera, al ser un acto de fe, un mayor amor: Conversión personal que genera en mí un amor mayor hacia el Señor, que me muestra su misericordia infinita en el perdón y en la acogida con todo lo que soy, con mi gracia y mi pecado; y conversión comunitaria que me hace amar y seguir aprendiendo a amar a mis hermanos, perdonándolos y acogiéndolos tal y como son.

Si pudiéramos vivir la realidad de la comunión fraterna desde estas coordenadas, descubriríamos que la comunión fraterna conforma la comunidad de los reconciliados, que se reconocen pecadores pero por sobre todo en camino, y desde la propia constatación de la propia debilidad, observan con misericordia a su prójimo. Estaremos de acuerdo que este camino no es fácil, y que nos gastaremos una vida tratando de realizar este ideal en nuestra vida y en nuestra comunidad, y que cuando hayamos conseguido una convivencia satisfactoria, tendremos que comenzar de nuevo muchas veces. Pero tampoco esto es accidental: somos peregrinos, sin patria más que el lugar que el Señor nos prometió en el Reino eterno, y mientras tanto hemos de vivir, queramos o no, como huéspedes en nuestra propia casa.³⁹ De este modo, mientras realicemos el esfuerzo de construir la comunidad, otros verán nuestro quehacer y de alguna manera intuirán la raíz del empeño: la persona de nuestro Señor Jesucristo, autor de nuestra fe, Maestro de nuestra vida sencilla y quien día a día nos enseña a amar como Él amó.

38 Ga 5,6.

39 Cf. SAN AGUSTÍN, *Serm.* 111,2.

TEMA 9:

LA VIDA ECONÓMICO-SOCIAL:

LA ACTIVIDAD ECONÓMICO-SOCIAL Y EL REINO DE DIOS

La Gaudium et Spes en el capítulo III, números 63-73 trata de la actividad económica. La idea central es que tal actividad debe estar orientada para mejorar la vida de todos los seres humanos. La “centralidad” de la economía debe ser, por tanto, la vida humana. “El ser humano, efectivamente, es el autor, centro y fin de toda la actividad económico-social”.

Cuando una vida económica entendida en la perspectiva evangélica podría permitir la reducción de las desigualdades sociales, lo que se ve de hecho actualmente, es el aumento de la pobreza, fruto de la injusticia. Mientras algunas personas, grupos o pueblos viven en la opulencia, otros permanecen en situaciones indignas de la persona humana. “El lujo y la miseria existen simultáneamente”.

Después del Concilio, los obispos latino-americanos, en Medellín, al analizar la situación del Continente, afirmaron que la pobreza existe porque existe la injusticia. Misión de la Iglesia es trabajar para mudar esta realidad, lo que implica un compromiso también político.

No basta la buena voluntad para mudar esta situación. El Concilio afirma que es necesario una reforma estructural y un cambio de mentalidad y una mudanza en los hábitos de vida. Actualmente crece la conciencia ecológica. Una visión capitalista de la economía genera desigualdad, pobreza y destrucción del medio ambiente.

SECCIÓN I:

EL DESARROLLO ECONÓMICO

El fin último del desarrollo económico, sea en la agricultura, en la industria, en la técnica o en la ciencia, es el servicio al ser humano en todas las dimensiones: intelectual, moral, espiritual. Solo así cumplirá el Plano de Dios.

Es fundamental que la economía de un país no esté apenas en las manos de algunas personas especialistas en el tema, o en manos de pequeños grupos poderosos, o en la responsabilidad solamente de los políticos profesionales. Todos los ciudadanos deben interesarse y participar. Es fundamental la participación popular para que lo que es público no se torne privado, como sucede frecuentemente cuando no hay control del Estado por parte de la sociedad organizada.

En el número 66 la GS afirma “que para suprimir lo más de prisa posible las enormes desigualdades económico-sociales, hay que tener en cuenta dos principios: la justicia y la equidad”.

SECCIÓN II:

ALGUNOS PRINCIPIOS REGULADORES

DE LA VIDA ECONOMICO-SOCIAL

Un aspecto importante en esta sección es el modo como entiende el trabajo humano. Afirma que por el trabajo el ser humano “se asocia a la propia obra redentora de Jesucristo”. Una sociedad económicamente justa debe garantizar el trabajo para todos y por su trabajo las personas tienen que recibir un salario que posibilite una vida digna en todos los aspectos: material, social y cultural.

El trabajo no puede perjudicar la vida de los trabajadores, de ahí que debe haber condiciones dignas de trabajo. No se puede aceptar, en ninguna hipótesis, el trabajo esclavo.

Es importante llevar en cuenta el tiempo libre para que los trabajadores puedan dedicarse a la vida familiar, a las actividades religiosas o al descanso. El proceso de producción debe estar al servicio de las personas y no las personas al servicio del proceso de producción.

Como derecho fundamental de la persona humana el documento enumera “ el derecho de los trabajadores a fundar asociaciones libres que puedan representarlos eficazmente y que contribuyan para la organización de una vida económica recta y justa”.

Aspecto fundamental de la economía es el que tiene relación con el destino de los “bienes terrenos”. La riqueza producida por el trabajo “debe servir a todos, bajo las reglas de la justicia, inseparable de la caridad”. Afirma aún: “la persona que posee legítimamente los bienes materiales, no los debe tener como propios, sino también como comunes, en el sentido de que puedan servir también a otras personas”. El papa Juan Pablo II, diría años más tarde “que sobre toda riqueza pesa una hipoteca social”.

La GS al comentar el derecho de cada persona a tener lo necesario para sí y su familia, cita la Tradición de la Iglesia y los Santos Padres. Allí se habla de los derechos de los pobres de forma clara y contundente. “Los pobres deben ser socorridos. Aquel que se encuentra en necesidad extrema tiene el derecho de buscar lo necesario para si en la riqueza de los otros”. Y concluye, recordando la sentencia: “alimenta a quien está muriendo de hambre, porque si no lo alimentas, lo matas”.

En el número 71 la GS trata del acceso a la propiedad y el problema de los latifundios. La propiedad, dice el Concilio, contribuye para el desarrollo de la persona. Por eso hay que favorecer el acceso de todos a la propiedad privada, lo cual no está en oposición con las varias formas de propiedad pública. La propiedad privada cuando olvida su destino social fomenta la codicia y la avaricia. En nuestros países existen grandes propiedades de tierra mantenidas en reserva por motivos de especulación, mientras que existen miles de

trabajadores sin tierra. No es raro tampoco el caso de trabajadores que cultivan los latifundios y reciben un salario indigno o no tienen sus derechos garantizados. En estas circunstancias es necesario imponer el aumento de salarios, el mejoramiento de las condiciones de trabajo, y deben promoverse aquellas reformas dirigidas a distribuir las propiedades mal cultivadas.

El último número del capítulo III habla de la actividad económico-social y el Reino de Cristo. Muestra que es importante el cristiano participar activamente del modelo de desarrollo económico-social, y al mismo tiempo, luchar por la justicia y la caridad, individual y colectivamente. Los cristianos que trabajan en el sector económico-social pueden contribuir eficazmente para el bien estar de la humanidad, y de esa forma para la construcción de una sociedad de paz. Para que esto sea así es necesario que adquieran las competencias necesarias y sepan observar siempre el orden recto de las cosas, permaneciendo fieles a Cristo y penetrándose del espíritu de las bienaventuranzas, y muy particularmente de la pobreza.

LA PASTORAL SOCIAL

A PARTIR DEL DOCUMENTO DE APARECIDA

Hasta aquí hemos resumido el documento conciliar. Vale la pena conocer las ideas más importantes del documento de Aparecida sobre este tema.

La parábola del buen samaritano es una luz y al mismo tiempo una advertencia para reflexionar sobre la economía y la pastoral social en nuestro Continente. Hay muchos heridos y asaltados a lo largo de nuestra historia. Y no cayeron por accidente, son víctimas de un sistema económico y político que privilegia una minoría y excluye las mayorías.

Aparecida trató el tema de la economía en el capítulo VIII, titulado: Reino de Dios y promoción de la dignidad humana”. Números 380-430.

El documento de Aparecida retoma algunos temas de Medellín y Puebla, como la opción por los pobres y “los rostros sufridos” y da orientaciones concretas.

Una contribución de Aparecida es volver al método ver-juzgar-actuar. Hay que hacer una lectura crítica de la realidad. En el número 382 se dice “que Jesús continua a llamarnos como discípulos y misioneros y nos desafía a orientar nuestra vida a partir de la realidad transformadora del Reino de Dios, que se hace presente en Jesús”.

La Iglesia no vive para sí misma, existe para ser mediación del Reino de Dios y esto tiene consecuencias en la vida real: en la económica, en la política y en lo social.

El tema de la opción por los pobres es retomado en Aparecida. El número 396 dice: “Nos comprometemos a trabajar para que la Iglesia Latinoamericana y Caribeña continúe siendo compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio”.

Para Aparecida evangelización, liberación y promoción humana están íntimamente unidas. El documento insiste, citando Benedicto XVI, “que la globalización económica trae el riesgo de los grandes monopolios y convierte el lucro en valor supremo”. La globalización sigue la dinámica de concentrar el poder y la riqueza en manos de pocos. No solo concentra los recursos económicos, concentra también la información, lo que genera más exclusión y pobreza.

Frente a esta globalización, los cristianos debemos promover una globalización diferente, marcada por la solidaridad, la justicia y la defensa de los derechos humanos y de los derechos de la madre tierra.

Aparecida insiste en que hay que vincular la economía con la ética. Hay un clamor universal para regular la economía y colocarla al servicio del bien común. Ese marco regulatorio solo puede inspirarse en criterios humanistas y en una ética cristiana. En el número 406 se propone “una justa reglamentación de la economía, las finanzas y el comercio mundial”. Sugiere como tarea “formar en la ética cristiana a los laicos, lo que

implica buscar el bien común, crear oportunidades para todos, luchar contra la corrupción y defender los derechos de los trabajadores”.

El primer paso es denunciar las estructuras injustas. “Es urgente crear estructuras que consoliden un orden social, económica y política en la que no haya iniquidad y donde haya posibilidades para todos igualmente, se necesitan nuevas estructuras que promuevan una autentica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y que faciliten el dialogo constructivo para los necesarios entendimientos sociales”.

Las personas que ahora son asaltadas y heridas en los caminos de nuestro Continente son víctimas de estructuras económicas injustas que producen pobreza, marginación y muerte.

Como resumen o síntesis, Aparecida destaca las características generales de una pastoral capaz de responder a las necesidades más urgentes de tantos “heridos” por la economía en nuestros países: “Las Conferencias Episcopales y las Iglesias locales tienen la misión de promover un renovado esfuerzo para crear una pastoral estructurada, orgánica e integral, que con asistencia y promoción humana, se haga presente en las nuevas realidades de marginación, donde viven los grupos más vulnerables y donde la vida está más amenazada”.

ALGUNAS PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EN GRUPO

- A nivel personal: vives una vida económicamente austera o te dejas fascinar por la sociedad de consumo? Entiendes el voto de pobreza como compromiso con los empobrecidos? Socialmente, estás situado entre los pobres, en la periferia o en realidades donde no se oyen los gritos de los empobrecidos? Ideológicamente, estás comprometido con la transformación de la realidad o tu trabajo ayuda a mantener las estructuras injustas de nuestra sociedad?

-

- A nivel comunitario: Tu Provincia o Vicariato asume en sus obras, colegios, parroquias, misiones, un trabajo con los pobres o está lejos de sus realidad? Que se puede hacer, de forma concreta y creativa, para colocar lo que somos y tenemos a servicio de la mayoría excluida de nuestros pueblos?



TEMA 10:

LA VIDA EN LA COMUNIDAD POLÍTICA: RESPONSABILIDAD Y COLABORACIÓN DEL CRISTIANO EN LA VIDA PÚBLICA (CFR. GS 46. 73-76).

Este tema puede ser reflexionado a manera de taller grupal, leyendo en conjunto esta reflexión, antes de trabajar las preguntas.

LECTURA DE LA REFLEXIÓN:

El documento de la *Gaudium et Spes* en este capítulo comienza tratando el tema de la vida pública en la actualidad. Constata que han ocurrido tiempos de profundas transformaciones en la estructura y en las instituciones de los pueblos (nº 73). Transformaciones que han ejercido una fuerte influencia en la vida de la comunidad política, principalmente en lo que respecta al respeto de los derechos y deberes de todos los ciudadanos.

En el documento existe la percepción de que hay una nueva conciencia, la que se manifiesta en la necesidad de vivir cada quien en libertad civil y en la autonomía para trabajar en la promoción del Bien Común. Por esto se defienden los derechos de reunirse libremente, de asociarse, de expresar las propias opiniones y de profesar la religión, ya sea en forma particular o pública.

El texto también comenta acerca de la necesidad de defender los derechos de las minorías en el interior de una nación. Como también dice que todos deben gozar de los derechos de la persona, y no solamente los privilegiados (Cfr. nº 73, & 3).

Hay una convicción de que para instaurar una vida política verdaderamente humana, se necesita desarrollar el sentido de justicia, de benevolencia y de servicio que favorezcan el Bien Común (Cfr. n° 73, & 5).

El Bien Común es comprendido como el conjunto de condiciones en la vida social que permite a los seres humanos, a las familias y a las sociedades conseguir la propia perfección (Cfr. n° 74, & 1).

El ejercicio de la autoridad política debe ser ejercido dentro de los límites del orden moral, para precisamente procurar el Bien Común. De ahí la importancia de la responsabilidad y de la dignidad en el compromiso de la misión de los que gobiernan. A cada uno de los ciudadanos le cabe, a su vez, defender sus derechos y los de sus conciudadanos contra el abuso de la autoridad.

La comunidad política debe servir en la abnegada tarea de formar un ser humano culto, pacífico y generoso con todos.

Es importante encontrar estructuras jurídico-políticas que favorezcan la posibilidad efectiva de los ciudadanos de participar libre y activamente tanto en el establecimiento de los fundamentos jurídicos de la comunidad política, como en la gestión de los negocios públicos; en la determinación del campo de acción y de los fines de las múltiples instituciones; así como en la elección de los gobernantes.

En la línea de la defensa de los derechos la *Gaudium et Spes* está determinada en defender que se reconozca, se conserve y se promuevan los derechos de todas las personas, familias y grupos. Y afirma el Documento: “Mas donde el ejercicio de los derechos fue restringido por cierto tiempo, en vista del Bien Común, cambiadas las circunstancias, restitúyase cuanto antes la libertad. En todo caso, es deshumano que la autoridad política incurra en formas totalitarias o dictatoriales que lesionen los derechos de la persona o de los grupos sociales.” (n° 75, & 3).

Es importante querer el bien de toda la humanidad; que abarca razas, pueblos y naciones.

También el Documento comenta sobre el papel de los cristianos en la comunidad política: “Los cristianos todos deben tener conciencia de la vocación particular y propia que tienen en la comunidad política; en virtud de esta vocación están obligados a dar ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al Bien Común; así demostrarán también con los hechos como pueden armonizarse la autoridad y la libertad, la iniciativa personal y la necesaria solidaridad del cuerpo social, las ventajas de la unidad combinada con la provechosa diversidad. El cristiano debe reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales discrepantes y debe respetar a los ciudadanos que, aun agrupados defienden lealmente su manera de ver.” (nº 75, & 5).

La *Gaudium et Spes* exhorta a los cristianos que van a ejercer una actividad en la esfera de la comunidad política con estas palabras: “Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer ese arte tan difícil y tan noble que es la política, prepárense para ella y procuren ejercitarla con olvido del propio interés y de toda ganancia venal. Luchen con integridad moral y con prudencia contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo de un solo hombre o de un solo partido político; conságrense con sinceridad y rectitud, más aún, con caridad y fortaleza política, al servicio de todos.” (nº 75, & 6).

La *Gaudium et Spes* dice a la Iglesia, y a la misma Sociedad, con respecto a la Comunidad Política: “La Iglesia no se confunde en modo alguno con la Comunidad Política ni está ligada a sistema político alguno”, aún más: “La Comunidad Política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno. Ambas, sin embargo, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre.” (nº 76, & 3). También afirma que la Iglesia predica la Verdad Evangélica e ilumina a los diferentes sectores de la actividad humana por su doctrina, por el testimonio de sus fieles cristianos; y promueve la libertad política y la responsabilidad de los ciudadanos.

La Iglesia pide a los que se dedican al ministerio de la Palabra de Dios que busquen auxilio en el evangelio y que se diferencien en muchos puntos de la ciudad terrestre.

Por último, en fidelidad al Evangelio por el compromiso misionero en el mundo, la Iglesia tiene que fomentar y elevar todo aquello que es verdadero, bueno y bello en la Comunidad Humana (Cfr. nº 76, & 6).

PREGUNTAS PARA SER REFLEXIONADAS

A MANERA DE TALLER GRUPAL:

- 1) ¿Cómo los agustinianos podremos vivir un compromiso en la realidad Latinoamericana defendiendo los derechos de las minorías y los derechos fundamentales de la familia y de la sociedad?
- 2) ¿Qué es lo que significa vivir y desarrollar un sentido de justicia, de benevolencia y de servicio para la construcción del Bien Común en nuestra realidad?
- 3) ¿Cuál debe ser nuestra posición, como Iglesia, delante de la Comunidad Política?
- 4) ¿Qué significa, en concreto, fomentar lo que es verdadero, bello y bueno en el lugar donde estamos viviendo y trabajando?
- 5) ¿Cómo apoyar y promover entre los fieles y/o ciudadanos una conciencia crítica y una libertad para organizarse y movilizarse ante las cuestiones sociales y políticas?

TEMA 11:

EL FOMENTO DE LA PAZ Y LA PROMOCIÓN DE LA COMUNIDAD DE LOS PUEBLOS (CFR. GS 46. 77-93).

FOMENTO DE LA PAZ Y LA PROMOCIÓN DE LA COMUNIDAD DE LOS PUEBLOS

Introducción y contexto.- La Iglesia venía de una época de cerrado y sacristía; desde la Ilustración vivió de espaldas a la ciencia y al desarrollo social. El mundo era el reino del mal, el campo del demonio. J.J. Rousseau dice en su Contrato Social que la Iglesia ofrece dos legislaciones, dos jefes, dos patrias. De una somos devotos, de la otra, ciudadanos. Como ciudadanos deberíamos estar metidos de lleno en el mundo, en la política. Como devotos creyentes, solo puesta la mirada en el más allá. Esta dicotomía nos la recuerdan frases como estas: “Mi Reino no es de este mundo” “No pueden servir a dos señores” “Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”.

Cuando Juan XXIII convoca un Concilio pastoral piensa en romper esa mirada confusa: había que poner al mundo moderno en contacto con las energías vivificantes del Evangelio, por tanto, a la Iglesia le obliga una doble mirada: hacia el interior para contemplar desde sí el mundo, y al revés, desde fuera, mirar su propio mundo interior. Quedaba claro que la Iglesia no está para mirarse el ombligo. Ni para graficar la crítica de Feuerbach, de vivir trasladando el amor del hombre con todas sus fuerzas vivas al más allá. No. La Iglesia es para el mundo. *Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para juzgar al mundo sino para que el mundo se salve por Él.* (Jn 3,17 y 1Tim 2,4).

La GS es un documento que estudia de cerca la Doctrina Social de la Iglesia. Tiene dos partes: En la primera trata asuntos del mundo moderno, como el ateísmo, la familia, la dignidad humana... En la segunda toca temas sociales como la vida familiar, la cultura, la

economía, la política y la promoción de la paz. Aunque no lo parezca, ambas están íntimamente relacionadas. En la primera parte se ilumina la situación humana, el hombre y su dignidad, que es la base para poner claridad, después, en la segunda, sobre la terrible situación social que vive el mundo.

En esta Constitución la Iglesia dialoga con los hombres de nuestro tiempo. Se hace solidaria del género humano, de su historia. Y nunca como hoy, en una época de tanto progreso, ha sido tan necesaria la llamada a la conciencia moral del hombre. Pero en vez de fustigar la cultura contemporánea con presagios funestos, propone remedios alentadores y mensajes de esperanza, reconoce sus valores y mira al mundo con simpatía. Es lo que hacía falta, porque los avances científicos de la modernidad tampoco fueron panacea y solución para los problemas humanos, por tanto, seguían abiertas las grandes preguntas sobre el sentido.

Corría el año 65 del siglo veinte, aun cercanas las consecuencias de la II Guerra mundial; en auge la amenaza latente de la guerra fría, el creciente armamentismo, la descolonización y nacimiento de nuevos países, pobrísimos, con toda su secuela de males; el aumento de la población, el crecimiento de las ciudades a costa del campo, la incipiente o presagiada globalización y un orden económico que ahondaba la brecha norte-sur; la esperanza en un nuevo orden mundial a partir de la ONU, las utopías sociales y políticas en su punto más alto. En este contexto nace la GS teniendo como base toda la amplia tradición de la Doctrina Social de la Iglesia.

Desde luego, el mejor homenaje que podemos hacer a esta gran Constitución Pastoral al acercarse el 50 aniversario de su publicación, es volver a leerla pausadamente, reflexionarla personal y comunitariamente y tratar de hacerla vida en nuestras comunidades, en la pastoral aplicada allí donde traba-jamos como misioneros de la viña del Señor y en el propio estilo de vida personal.

El último capítulo de la GS está dedicado al **fomento de la paz y la promoción de la comunidad de los pueblos** y a él dedicaremos esta reflexión. Ubica primero su naturaleza, de dónde procede la verdadera paz, para después denunciar y atacar sin

ambages la guerra y la carrera de armamentos. Ahonda en las causas y remedios de las discordias humanas, aboga por una institución fuerte inter-nacional, y socaba las bases de las desigualdades promoviendo un nuevo orden económico mundial, a partir de cooperación y la participación, especialmente de los cristianos.

EL FOMENTO DE LA PAZ Y LA PROMOCIÓN DE LOS PUEBLOS

El Concilio parte de lo obvio: La paz es frágil. Es imposible construir un mundo más humano para todos los hombres sin que todos se conviertan con espíritu renovado a la verdad de la paz. Si bien se dirige a todos, el tema atañe más a los cristianos: el Evangelio llama bienaventurados a los constructores de la paz y les declara hijos de Dios (Mt 5,9). Condena la guerra y hace un llamado a todos los cristianos a cimentar la paz sobre sus bases naturales: la justicia y el amor.

La paz no es ausencia de guerra, no se reduce al equilibrio armado de fuerzas adversas, ni proviene de la imposición del más fuerte, sino es, más bien, obra de la justicia (Is 32,7). También fruto del orden. La paz en la tierra, nace del amor al prójimo, es imagen y efecto de la paz de Cristo, el mismo que ha reconciliado con Dios a todos los hombres por medio de la cruz, al dar muerte al odio, reuniendo en un solo pueblo, en un solo cuerpo, a todo el género humano. Sobre esta base se hace un llamado a todos cristianos para que viviendo en la caridad se unan a los pacíficos para construir la verdadera paz.

No obstante, en la medida en que el hombre es pecador, la paz siempre se verá amenaza por el egoísmo humano, siempre precaria e inacabada, siempre en perpetuo quehacer hasta el retorno de Xto. Pero en la medida en que los hombres unidos por la caridad, triunfen del pecado, pueden también reportar la victoria sobre la violencia hasta ver cristalizada la palabra profética: *de las espadas forjarán arados, de las lanzas podaderas, no alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Is. 2,4ss.*

Es este último capítulo el Concilio respira por la herida. Tenía demasiado reciente la gran guerra con sus horrores inimaginables de barbarie y muerte, abyección y destrucción, pero anota que hoy se prolongan guerras disfrazadas con nuevos métodos insidiosos y se

admite, como un método más, el terrorismo. El Concilio recuerda el derecho natural de gentes y sus principios universales: todo lo que se opone a estos principios son actos criminales y sugiere la desobediencia a órdenes que impliquen, por ejemplo, el genocidio; condena estos crímenes como algo horrendo y encomia la valentía de los que desobedecen o se oponen a los que ordenan tales cosas. Aboga por la vigencia de tratados para que las guerras sean menos inhumanas, como el que trata de los prisioneros o el respeto a los objetores de conciencia, etc., pero hasta que se pueda contar con una autoridad internacional competente y eficaz, no niega el derecho a la legítima defensa. A los soldados les dice que son instrumentos de seguridad y libertad de sus pueblos.

Ve que el horror y la maldad crecen con las armas científicas por destrucciones enormes e indiscriminadas que sobrepasan la legítima defensa y declara que toda acción bélica que tienda a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes es un crimen contra Dios y la humanidad que hay que condenar y tendrán que pagar por ello. Observa que los arsenales de guerra se presentan como un medio de disuasión, pero esta opción no es un camino seguro para conservar la paz porque no elimina las causas del conflicto sino que las agrava, dado que se priorizan gastos inmensos en nuevas armas, impidiendo su dedicación a remediar las miserias del mundo.

El Concilio propone transitar nuevas rutas, renovar la mentalidad para eliminar este escandaloso gasto, lo llama -la plaga más grave de la humanidad-, porque hace intolerable la vida de los pobres, y poder restablecer la verdadera paz buscando caminos diferentes para la solución de los conflictos humanos. Anhela la prohibición de la guerra, de toda guerra, de cualquier guerra, por parte de una autoridad pública universalmente reconocida que garantice la seguridad, la justicia y el respeto a los derechos humanos. Pero hasta que eso llegue hay que empezar a reducir armamentos en todos los países por acuerdo mutuo y hacer tratados; habrá que trabajar temas de paz y educar para la paz a las nuevas generaciones, pero nada se conseguirá mientras los sentimientos de hostilidad y desconfianza, los odios raciales y las ideologías obstinadas dividan a los hombres y los enfrenten entre sí. Tenemos todos que cambiar nuestros corazones. Para edificar la paz se requiere desarraigar las causas de discordia que alimentan las guerras. La primera de todas, las injusticias provenientes de las desigualdades económicas,

otras del deseo de dominio y desprecio por las personas, que brotan de la envidia, la soberbia y otros egoísmos. La solución va por la cooperación y la creación de organismos internacionales que promuevan la paz lo que implica fomentar el desarrollo en los países pobres evitando la triste situación de emigrantes y refugiados. Esto exige una mayor cooperación económica internacional, pues a pesar de la interdependencia de los países distan mucho de la igualdad y la prosperidad. La ayuda debe darse con la mayor generosidad, sin ansias de dominación, a fin de establecer un auténtico orden económico uni-versal, acabando con el lucro excesivo, las ambiciones nacionalistas, y los cálculos ideológicos de dominación, un sano comercio mundial, diálogo, etc.

Los pueblos en vías de desarrollo deben buscar la perfección humana de sus ciudadanos, dado que el progreso viene del trabajo, la preparación y el liderazgo propio. Los países desarrollados tienen la obligación de ayudarles a cumplir esos objetivos por lo que deben someterse a las reformas que lleven a crear esta cooperación internacional. Exhorta a la búsqueda de relaciones comerciales más justas, a la fundación de instituciones que ordenen el comercio internacional con las naciones menos desarrolladas para compensar los desequilibrios propios de las desigualdades existentes y urge a la revisión de estructuras económicas y sociales, sin olvidar el progreso espiritual, pues *no solo de pan vive el hombre...* (Mt 4, 4).

Es necesaria la cooperación dado el ahogo que sienten aquellos pueblos que además de las dificultades que tienen se ven agobiados por el aumento de su población. Urge la cooperación de los países ricos especialmente para fomentar la educación y el sustento, que pasen de métodos agrícolas arcaicos al empleo de técnicas modernas previa distribución de las tierras. Los gobiernos tienen obligaciones en lo que toca a la propia población: legislación social y familiar, emigración a la ciudad, información, etc. Teniendo en cuenta que muchos afirman que el crecimiento poblacional debe frenarse de cualquier modo, el Concilio exhorta a que se busquen medios no reñidos con la moral porque es un derecho inalienable del hombre el matrimonio y la procreación; la decisión del número de hijos depende de la pareja y no de la autoridad pública. La solución va por la cultura, la formación y la mejora de las condiciones sociales.

Insta a los cristianos a la cooperación para edificar el orden internacional con la observancia de las legítimas libertades y la amistosa fraternidad con todos. Es el propio Cristo quien en los pobres levanta su voz para despertar la caridad de sus discípulos. Ya es un escándalo que los países más opulentos sean cristianos y se tolere que los países más pobres se vean privados de lo necesario para la vida. El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo. Alaba la obra de los voluntarios y dice a los obispos que deben socorrer las miserias de nuestro tiempo no solo con bienes superfluos sino incluso con los necesarios. Aboga porque se imponga a nivel diocesano, nacional y mundial, la acción de los católicos con otros para la acción social caritativa, e insta a quienes se forman para trabajar con los pobres, se preparen de manera adecuada.

La Iglesia, cuando predica el Evangelio, contribuye a la consolidación de la paz y la convivencia entre los hombres y los pueblos. La presencia de la Iglesia ayuda a fomentar la cooperación de todos con el deseo de servir. Se espera de los cristianos voluntad de cooperar con la comunidad internacional y añade que se debe prestar especial cuidado a la formación de los jóvenes. Además de la colaboración particular de cada uno con las instituciones internacionales existentes, es deseable el incremento de las asociaciones católicas. Deseable también la colaboración con los hermanos separados y con todos los que tienen sed de auténtica paz. El Concilio considera oportuna la creación de un organismo universal de la Iglesia que tenga como función estimular a los católicos a promover el desarrollo de los países pobres y la justicia social (1).

Aunque todo lo hasta aquí expuesto es ya doctrina común de la Iglesia, esta doctrina deberá ser continuada y ampliada porque afecta realidades sujetas a continua evolución. Por este motivo es general y debe adaptarse a cada realidad y lugar. La Iglesia es signo de fraternidad. Es necesario promover en su seno la estima, el respeto y el diálogo, observando la libertad en las cosas dudosas y la caridad en todo, según el decir de San Agustín. Se dirige también a los hermanos separados y exhorta a todos a la colaboración fraterna. Incluso a los ateos. El diálogo no excluye a nadie ni siquiera a aquellos que se oponen a la Iglesia y la persiguen.

Adhiriéndose al Evangelio y en unión con todos aquellos que aman la justicia, los cristianos han tomado sobre sí una tarea inmensa y de ella deberán responder ante Dios. El Padre quiere que amemos a Cristo en nuestros hermanos. Obrando así, suscitaremos en los hombres la esperanza, don del Espíritu Santo a fin de que todos sean recibidos en la paz y en la felicidad de la patria celestial. Hasta aquí el texto resumido de la GS en su último capítulo.

COMPROMETIDOS CON LA JUSTICIA Y LA PAZ

El tema de la paz es un anhelo de todo hombre. Pero no es nada fácil. El corazón de la paz es la paz del corazón, pero nuestros corazones no siempre están en esa onda. De sobra sabemos que los disparos contra los demás provienen del corazón amurallado, egoísta, centrado sobre sí mismo, intolerante y obtuso, siempre con la metralleta apuntando hacia el otro... No es nada fácil. Nos ofuscamos ante la menor contradicción. Si no hay amor, simpatía, amistad... cualquier palabra o gesto es susceptible de una mala interpretación y ya estamos en guerra contra el otro. Porque la realidad no es como es sino como la interpretamos. En conclusión, muchos muros y pocos puentes.

La palabra hebrea shalom, designa la paz en el AT; un término que expresa totalidad, armonía, plenitud de vida y de relación fraterna entre todos los hombres y la naturaleza, entre todos los hombres y Dios. ¡Cuán distantes estamos de ese concepto! Hoy se habla de paz solo pensando en evitar la guerra. La paz que cabe exigir tiene un marco claro: la no violencia. Sin embargo solo llegaremos a la paz eliminando la pobreza, y la injusticia que la engendra, distribuyendo equitativamente los recursos económicos y el acceso al poder... Hoy como ayer, ante la brecha abierta entre los ricos y los pobres, Agustín pone el dedo en la llaga: “¿en qué consiste el peso de la pobreza? En no tener. ¿Y el peso de las riquezas? En tener más de lo necesario. Uno y otro están cargados. Ayúdale tú en el no tener, y te ayudarás a ti mismo en el tener más de lo necesario, para que disminuyan las cargas de ambos”. Serm. 164,9.

Sobre la paz Agustín reflexiona: *La paz del cuerpo y del alma es la ordenación saludable de la vida. La paz entre el hombre y Dios es la ordenación de la obediencia del hombre a la verdad de Dios. La paz de los hombres en sociedad, es su ordenado consenso. La paz de la casa es el ordenado entendimiento entre los que mandan y obedecen bajo un mismo techo. La paz de la ciudad terrena,*

es el consenso ordenado entre sus ciudadanos. La paz de la ciudad eterna, es la ordenadísima y agradabilísima convivencia entre sus ciudadanos, para gozar de Dios en sí mismo y unos de otros en El. La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden. (De civ. Dei 19,13,1)

Comenta también bellamente el famoso texto de Isaías: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se abrazaron”. *Cumple la justicia y tendrás la paz, a fin de que se besen entre sí la justicia y la paz. Si no amas la justicia, no tendrás la paz, pues ambas se aman y se abrazan. Quien realiza la justicia encuentra la paz, ésta se abraza a la justicia. Son amigas. Acaso tú quieres una y no practicas la otra, pues no hay nadie que no quiera la paz, pero no todos quieren actuar la justicia. Si preguntas a todos y a cada uno de los hombres ¿quieres la paz? Unánimemente te responderá todo el género humano. La deseo, la anhelo, la quiero, la amo. Entonces ama también la justicia, porque son amigas y se abrazan entre sí. Si no amas a la amiga de la paz, esta misma no te amará ni vendrá a ti. ¿Acaso es algo grande desear la paz? Cualquiera hombre perverso la desea. Buena cosa es, pues, la paz, pero cumple la justicia, porque la justicia y la paz se abrazan entre sí y no litigan*”. (Coment a los salmos M.L.37,1078).

Por su parte, Medellín 2.14 nos habla de tres notas características de la paz:

a. La paz es ante todo **obra de la justicia**. Supone la instauración de un orden justo, un orden en el que los hombres no sean objetos sino agentes de su propia historia. Allí donde existen injustas desigualdades entre hombres y naciones se atenta contra la paz. La paz por tanto no es la simple ausencia de violencia y sangre. La opresión ejercida por los grupos de poder puede dar la impresión de mantener la paz y el orden, pero en realidad no es sino el “*germen continuo de rebeliones y guerras*”. La paz solo se obtiene creando un orden nuevo que “comporta una justicia más perfecta entre los hombres”. En este sentido el desarrollo integral del hombre, el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas, es el nombre nuevo de la paz.

b. La paz, en segundo lugar, es **un quehacer permanente**. Implica transformación de estructuras, cambio de actitudes, conversión de corazones. La “tranquilidad del orden” agustiniana, no significa pasividad. No es tampoco algo que se adquiriera una vez por todas; es el resultado de un continuo esfuerzo de adaptación a las nuevas circunstancias, a las exigencias y desafíos de una historia cambiante. Una paz estática y aparente puede

obtenerse con el empleo de la fuerza; una paz auténtica implica lucha, capacidad inventiva, conquista permanente. La paz no se encuentra, se construye. El cristiano es un artesano de la paz.

c. La paz es, finalmente, **fruto del amor**. Expresión real de una real fraternidad entre los hombres: fraternidad aportada por Cristo, Príncipe de la paz, al reconciliar a todos los hombres con el Padre. La solidaridad humana no puede realizarse verdaderamente sino en Cristo quien da la paz que el mundo no puede dar. El amor es el alma de la justicia. El cristiano que trabaja por la justicia social debe cultivar siempre la paz y el amor en su corazón. La paz con Dios es el fundamento último de la paz interior y de la paz social. Por lo mismo, allí donde dicha paz social no existe, allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo.

Sigue diciendo el Doc. Medellín^{1,3} que la Iglesia latinoamericana tiene un mensaje para todos los hombres que tienen “hambre y sed de justicia”. El mismo Dios crea al hombre a su imagen y crea la tierra y todo lo que contiene para uso de todos los pueblos. Es el mismo Dios que envía a su Hijo para liberar a todos los hombres de sus esclavitudes, a los que tiene sujetos el pecado, la ignorancia, la miseria y la opresión, es decir, la injusticia y el odio que tiene su origen en el egoísmo humano. Por eso, para nuestra verdadera liberación, necesitamos de una profunda conversión a fin de que llegue a nosotros el “*Reino de justicia, de amor y de paz*”. El origen de toda injusticia debe ser buscado en el desequilibrio interior de la libertad humana, que necesitará siempre una permanente rectificación. La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego este cambio. No habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables.

Esto lo corrobora también Santo Domingo. Todos sabemos cuál es la etiología de la ausencia de paz: el hombre caído, debilitado, con tendencia al mal. El hombre, al pecar, ha quedado enemistado con Dios; dividido en sí mismo, ha roto la solidaridad con el prójimo y destruido la armonía de la naturaleza. De ahí provienen los males individuales y colectivos: las guerras, el terrorismo, la droga, la miseria, las opresiones e injusticias, la

mentira institucionalizada, la marginación de grupos, la corrupción, el ataque a la familia, el abandono de niños y ancianos, las campañas contra la vida, el aborto, la instrumentalización de la mujer, la depredación del medio ambiente, en fin, todo lo que caracteriza una cultura de muerte (SD, 9).

¿Quién nos librará de estas fuerzas de muerte? (Rom 7,24). Solo la gracia de Jesucristo, ofrecida una vez más a los hombres y mujeres como llamada a la conversión del corazón. El y solo Él es nuestra salvación, nuestra justicia, nuestra paz y reconciliación (SD, 6). Él derriba todo muro que separa a los hombres y a los pueblos (Ef 2,14). Y lógicamente también nuestro propio esfuerzo: *Hagan todo lo posible para vivir en paz con todos. No tengan deuda alguna con nadie, fuera del amor mutuo que se deben...* (Rom 12, 18 y 13,8).

La Iglesia tiene como misión central: evangelizar (Mt 28,19) pero evangelizar no es sacar al hombre de su realidad, es abrirlo a Dios, más con los pies en la tierra, por eso entre evangelización y promoción humana existen lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede dissociar el plan de la creación del plan de la redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia a la que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden evangélico como es el de la caridad; en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero crecimiento del hombre? (EN, 31). Eso sin olvidar que la verdadera promoción humana “debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre” (DA, 399).

Por otra parte, la globalización hoy hace emerger en nuestros pueblos nuevos rostros de pobres... fijemos nuestra mirada en los rostros de los nuevos excluidos: migrantes, víctimas de la violencia, desplazados y refugiados, víctimas del tráfico de personas y secuestrados, desaparecidos, sidosos, tóxico dependientes, adultos mayores, niños y niñas víctimas de la prostitución, pornografía, violencia o trabajo infantil, mujeres maltratadas, víctimas de la exclusión y del tráfico para la explotación sexual, personas con capacidades diferentes, desempleados, excluidos por analfabetismo, tecnológico, personas que viven en

la calle de las grandes urbes, indígenas, afroamericanos, campesinos sin tierra y mineros. La iglesia debe con su pastoral social acogerles y acompañarles (DA 402).

El Santo Padre nos ha recordado que la Iglesia está convocada a ser abogada de la justicia y defensora de los pobres (DA, 395)...que siga siendo compañera de camino de nuestros hermanos más pobres (Id., 396). Que ser discípulos y misioneros de Jesucristo, nos debe llevar a asumir evangélicamente, y desde la perspectiva del Reino, las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano...

Y como agustinos, ¿cómo dejamos traslucir en nuestro ámbito de trabajo que estamos con los pobres? No seríamos buenos discípulos de Agustín si viviéramos al margen de esta exigencia evangélica, eclesial y agustiniana. El fue no solo el padre de los pobres, sino también todo un activista político(2) en pro de la justicia y la paz. Por el hecho de ser agustinos, por el hecho de poner los bienes en común, de vivir desprendidos de lo material, ya somos justicia y paz. San Agustín, al mandarnos que no consideremos nada como propio, pretende renovar el ideal de la comunidad de bienes vigente entre los primeros cristianos (Hch 4,32), donde nadie pasaba necesidad. Esta comunidad de bienes confiere la nota distintiva de nuestra pobreza que imita la pobreza evangélica siguiendo las huellas de Cristo pobre. Si queremos ser testimonio hoy en medio del mundo tenemos que dar signos claros de con quién estamos. Nuestra pobreza no puede reducirse a una mera renuncia de los bienes temporales, sino que además ha de huir de todo lo que huele a soberbia, vanagloria, honores y cosas semejantes. De donde se deduce que si la pobreza no va unida a la humildad de mente y de corazón de poco sirve (Const. 64).

La pobreza no solo requiere la comunión de bienes sino que exige además tener los corazones libres del deseo de cosas materiales. Por eso la Regla nos recomienda la sencillez de vida, porque *es mejor necesitar menos que tener más*. Esta sencillez nos predispone adecuadamente para erradicar las injusticias sociales (Id. 65). Y puesto que las excesivas desigualdades económicas producen escándalo, el compromiso de pobreza evangélica nos urge, con una obligación más apremiante, a ser ante el mundo el signo de Cristo pobre contra la ambición desenfrenada de riquezas, y a observar fielmente las obligaciones de la pobreza (Id. 69). Y concreta algo más: que los hermanos y las casas eviten toda apariencias

de lujo y lucro inmoderado y promuevan actividades entre los pobres, de modo que reconozcamos en los necesitados a Cristo pobre y nos afanemos en servirle. (Id.71).

Nuestras Constituciones hablan de opción preferencial por los pobres (Const. 73). No puede ser una frase para la galería. Pero ¿se puede hablar de opción preferencial por los pobres cuando frecuente-mente vivimos en barrios y casas que la gente identifica como de ricos? Quizá hayamos renunciado a la posesión propia de bienes materiales, pero si no damos signos inequívocos de compromiso con ellos nuestro testimonio será en el mejor de los casos irrelevante. San Agustín confiesa conmoverse en gran manera por la lectura de Mt 25, 31-46 por lo que afirma que damos a Cristo lo que damos a los pobres y que lo que negamos a los pobres a Cristo se lo negamos. Siguiendo el ejemplo de Agustín, tenemos que dar un testimonio coherente y profético de esta opción imitando a Cristo con total empeño (1Co 11,1) solidarizándonos con los que sufren la pobreza material y se ven obligados a vivir al margen de la sociedad. Nos exige también examinar nuestro estilo de vida y tomar decisiones prácticas sobre los bienes de que disponemos. No podemos ignorar su existencia, de otro modo seremos semejantes al rico de la parábola que fingía ignorar al pobre Lázaro, quien yacía todos los días a la puerta de su casa (Lc 16,19-31).

Debemos examinarnos también sobre la comunión. Aparecida denuncia el creciente individualismo de nuestra época que se refleja a veces en las propias comunidades. Suele suceder que defendemos demasiado nuestros espacios de privacidad y disfrute, y nos dejamos contagiar fácilmente por el consumismo individualista. Por eso, nuestra opción por los pobres corre el riesgo de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones. Es necesaria una actitud permanente que se manifieste en opciones y gestos concretos, y evite toda actitud paternalista. Se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida... buscando desde ellos la transformación de su situación. El mismo Jesús lo propuso: cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos... (DA, 397).

Todos sabemos que la vida religiosa lee la historia como una realidad en tensión: el pulso marcado entre la utopía del Reino y el mundo embarcado, en buena parte, en la injusticia y la opresión. La vida religiosa está enmarcada en la realidad profética y por lo tanto subversiva, que hace memoria del anuncio del Reino y pretende ser presencia viva de su realidad radical frente a los poderes de la sociedad. Su opción por Cristo le ha llevado a imitar su vida, donde ya no importa el bienestar económico ni profesional, o el ser bien visto, sino que sus preferencias están por el lado del Reino y la cristalización del sermón de la montaña. Pero hay que estar alerta porque la sociedad de consumo entra en nuestras casas religiosas y terminamos por vivir según el modelo de la clase con la que trabajamos, con los cual, y como sin querer, vamos ascendiendo poco a poco de nivel social y desligándonos de lo que antaño vivimos y profesamos.

Para hacer justicia hay que pasar más allá de la ley y mirar el corazón del hombre que busca, en el fondo, dignidad y amistad. Todo hombre tiene derecho a ser amado y comprendido. En todo el A.T. asistimos a intervenciones de Dios para dar a entender al pueblo que el culto está ligado a la vida. Los profetas ponen un acento singular en la justicia, pero los hombres pasan al lado de la miseria sin verla. Se encuentran demasiado bien para comprenderla. Si no tengo sensibilidad para descubrir en el hombre al hermano, si no tengo para él un poco de amor, no seré capaz de restituirle.

Nosotros hemos hecho una opción por Cristo. Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo: cuanto hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños conmigo lo hicieron” (Mt 25,40. DA, 394). No lo olvidemos.

En conclusión, debemos contribuir a crear un orden social justo sin el cual la paz es ilusoria, y denunciar, como agustinos, todo aquello que por ir contra la justicia destruye la paz, porque “el mundo necesita personas que luchen por la vida y por la paz al menos con una misma intensidad que otros luchan por la destrucción y la muerte” (Ghandi). Hoy como ayer, millones de hombres y mujeres siguen siendo asaltados y despojados de sus derechos en los caminos de la vida que bajan desde Jerusalén a Jericó. Ojalá encuentren en nosotros siempre al buen samaritano. Así sea.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Te sientes promotor de justicia y paz en tu vida y en tu acción apostólica? ¿En qué medida?
2. Personalmente, ¿dejamos traslucir en nuestro ámbito pastoral (gestos, lenguajes, actitudes, hechos) una especial sensibilidad por los pobres y excluidos?
3. ¿Qué obras concretas de tu comunidad son plausibles de ser consideradas una identificación con el Cristo pobre? ¿Cómo se vive el espíritu de pobreza en tu comunidad?
4. ¿Hay un programa de Justicia y Paz diseñado por todos en la circunscripción? ¿Cómo se está llevando adelante? En caso negativo, ¿no sería este un buen momento para plantear fechas y hacerlo?

Nota 1. Justicia y Paz fue creada por Pablo VI en el año 67 como un fruto maduro de la GS. Su finalidad es la defensa y promoción de los derechos humanos, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Sus niveles de trabajo son el estudio, la sensibilización y la acción.

Nota 2. Agustín, “padre del activismo político cristiano”. Secretariado de Justicia y Paz. Curia Generalizia Agostiniana. Roma 2004.



ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN DE LOS AGUSTINOS EN AMERICA LATINA

Padre Bueno, ayúdanos a convertirnos comunitariamente.
Haz de nosotros, los Agustinos de América Latina,
una sola familia al servicio de tu Pueblo.
Danos tu Espíritu de Comunión y participación
para convertirnos en hermanos entre nosotros,
y con todos los hombres y mujeres,
allí donde vivimos como discípulos
y trabajamos como misioneros.

Jesús, Hijo amado del Padre,
que viviste entre los pobres
amando y sirviendo a todos los hombres:
ayúdanos a convertirnos pastoralmente,
a renunciar a ejercer nuestro ministerio
como una instancia de Poder,
para ejercerlo con amor, como un servicio a los hermanos.

Jesús, Buen Pastor, Tú eres nuestro único modelo.
Que celebremos los sacramentos para promover la vida;
ayúdanos a consultar a todos los que trabajan
pastoralmente con nosotros,
y mediante la reflexión de tu Palabra,
a consultarte a Ti en nuestro interior, donde Tú eres el Maestro,
para que con la colaboración de todos, llegue tu Reino a la tierra,
para nuestra salvación y la del mundo entero.

Espíritu Santo, ayúdanos en nuestra conversión personal,
a ser dóciles a tus inspiraciones.
Recuérdanos siempre la Palabra de Jesús
y el Rostro amoroso del Padre;
arregla en nosotros lo que está mal;
realiza en nosotros lo que no podemos;
infunde en nosotros el celo apostólico que le diste a San Agustín;
danos la perseverancia inquebrantable que le regalaste a Mónica;
auxílianos en la tentación
y ayúdanos a liberarnos del mal en todo momento.

María, Señora de América Latina,
Madre de la Consolación y Madre del Buen Consejo,
intercede por nosotros ante Jesús
para que todos tengamos Vida y Vida en abundancia;
para que llegue a nuestras parroquias,
misiones, colegios y lugares de trabajo apostólico,
la Vida Nueva, la Vida Feliz, la Vida Plena y Eterna
que nos viene por tu Hijo Jesucristo. Amén.





